

## CAPÍTULO IV

### Poblaciones prehispánicas de los Valles Occidentales del norte de Chile: desde el Periodo Formativo al Intermedio Tardío (ca. 1.000 años a.C. a 1.400 años d.C.)

IVÁN MUÑOZ, CAROLINA AGÜERO Y DANIELA VALENZUELA

El ámbito geográfico tratado en este capítulo comprende la porción austral de la subárea Valles Occidentales del Área Centro Sur Andina\*. Esta última se caracteriza por el desarrollo de asentamientos dispersos en concordancia con la gran diversidad ecológica existente que no permitió el desarrollo de urbanismo como en los Andes Centrales, pero propició una alta movilidad, por ejemplo a través del tráfico de caravanas, entre otros mecanismos, alcanzando importantes niveles de complejidad económica y social. Abarca desde Arequipa y el lago Titicaca por el norte hasta Chañaral por el sur, y desde el Pacífico hasta Jujuy y Sucre en el interior, incluyendo las subáreas Valles Occidentales, Circumtiticaca, Altiplano Meridional, Valluna y Circumpuneña, ubicadas en parte de los actuales territorios de Perú, Bolivia, Chile y Argentina<sup>1</sup> (Figura 1).

La subárea de los Valles Occidentales se extiende por la vertiente occidental de los Andes hasta la costa, desde el río Majes (Perú) por el norte, hasta el río Loa por el sur. A la llegada de los europeos los Valles Occidentales del norte de Chile eran habitados por diversos grupos étnicos. Se estima que en los valles de Arica vivieron los grupos locales *Yungas* junto con poblaciones vinculadas a las comunidades Pacajes, Lupacas y Carangas, además de otros grupos de Tarapacá, Tacna e Ilo<sup>2</sup>. Estas explotaron las tierras agrícolas, recursos del mar y recolectaron guano de las covaderas del litoral. Antes de los incas este territorio era conocido como *Colesuyu* y estaba organizado en varios curacazgos, sin que ninguno de ellos constituyera un centro de poder<sup>3</sup>. La arqueología ha demostrado que la diversidad cultural observada en el siglo XVI en los distintos valles y cuencas interandinas se remonta a antes del primer milenio anterior a Cristo, cuando estas comunidades de pescadores y horticultores asentaron sus viviendas y cementerios al lado de sus huertos. A partir de estas tempranas agrupaciones humanas comenzó gradualmente a complejizarse el poblamiento del sur de los Valles Occidentales.

La región arqueológica de Arica, altamente productiva en términos de recursos económicos, se inserta entre la costa del Pacífico y la cuenca del lago Titicaca. Comprende una serie de ríos exorreicos con escurrimiento por lo general intermitente y vertientes de aguas subterráneas producto de los deshielos cordilleranos, que fueron vitales para que las poblaciones se asentaran y produjeran un creciente desarrollo agrícola. Los restos materiales, desechos de alimentación y senderos —entre otras evidencias— indican que hubo distintos tipos de asentamientos construidos por estas poblaciones en el tiempo, así como también manifiestan los fuertes vínculos que existieron entre la costa y la puna, constituyéndose así en un espacio “bisagra” que conectó a los pastores altoandinos con los pescadores del litoral del Pacífico (Figura 2).

\* En este capítulo se utilizan fechas calendáricas expresadas en años antes o después de Cristo (a.C.-d.C.).

<sup>1</sup> Lumbreras 1981; Núñez L. 1984a.

<sup>2</sup> Hidalgo y Focacci 1986.

<sup>3</sup> Según Rostworowski (1986), el *Colesuyu* era habitado por agricultores denominados “coles” y pescadores llamados camanchacas o cavanchas, que mantenían una complementariedad económica con los grupos de la sierra. Para una opinión complementaria al modelo propuesto por Rostworowski ver Hidalgo (2004).

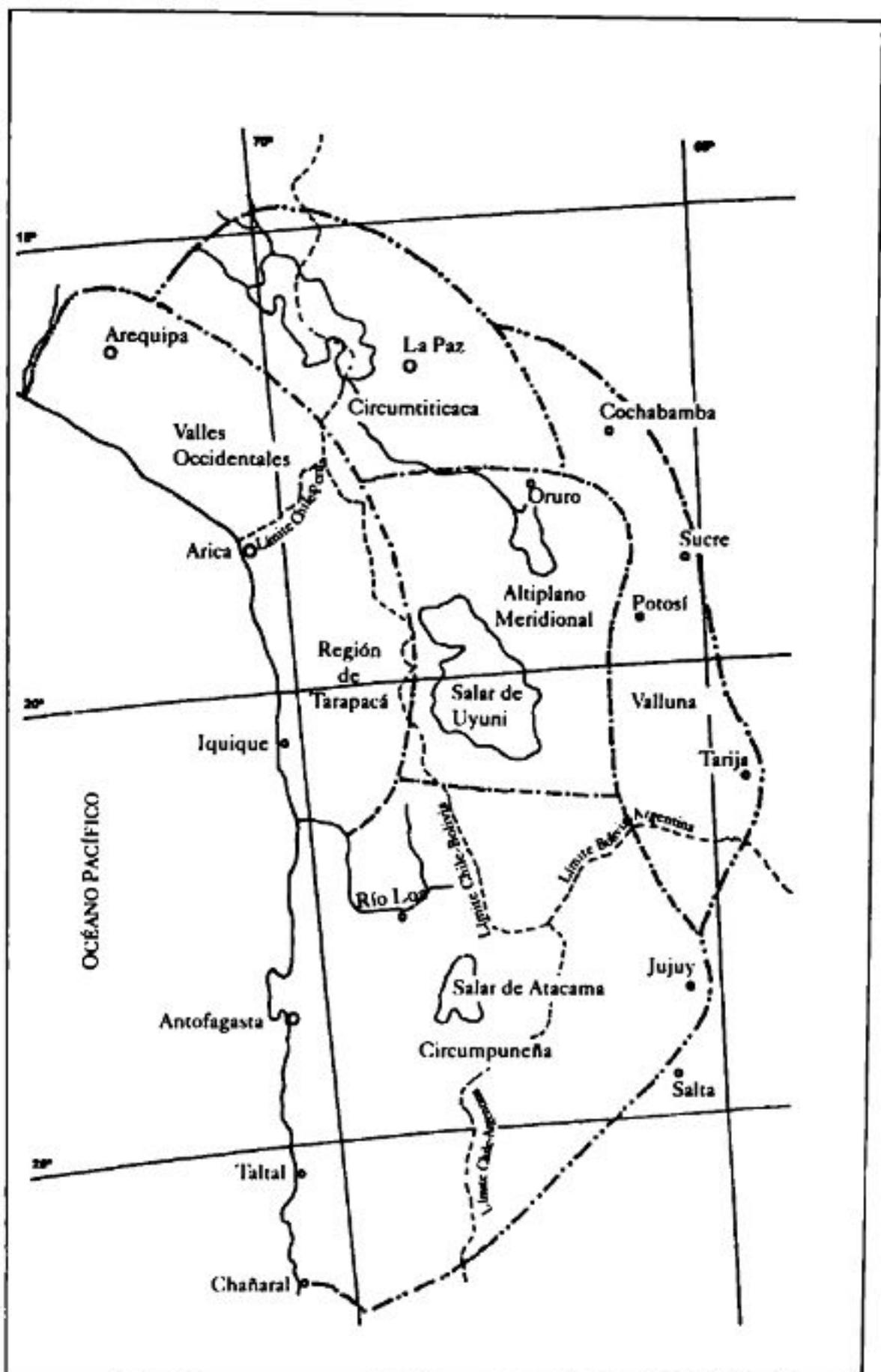


Figura 1. Mapa del Área Centro-Sur Andina, en el cual se señalan sus distintas subáreas. Al sur de la subárea de Valles Occidentales, la región cultural de Tarapacá (Adaptado de Núñez 1984a).



rones. En este escenario de ríos y quebradas los antiguos recolectores y pescadores iniciaron gradualmente el proceso de agriculturación, siempre en complementación con los recursos de caza y recolección tanto marinos como terrestres. El recurso acuífero se distribuye a lo largo de estos valles y quebradas en vertientes que afloran como consecuencia de los deshielos cordilleranos formando humedales donde se habrían realizado las primeras prácticas agrícolas de los Valles Occidentales del norte de Chile.

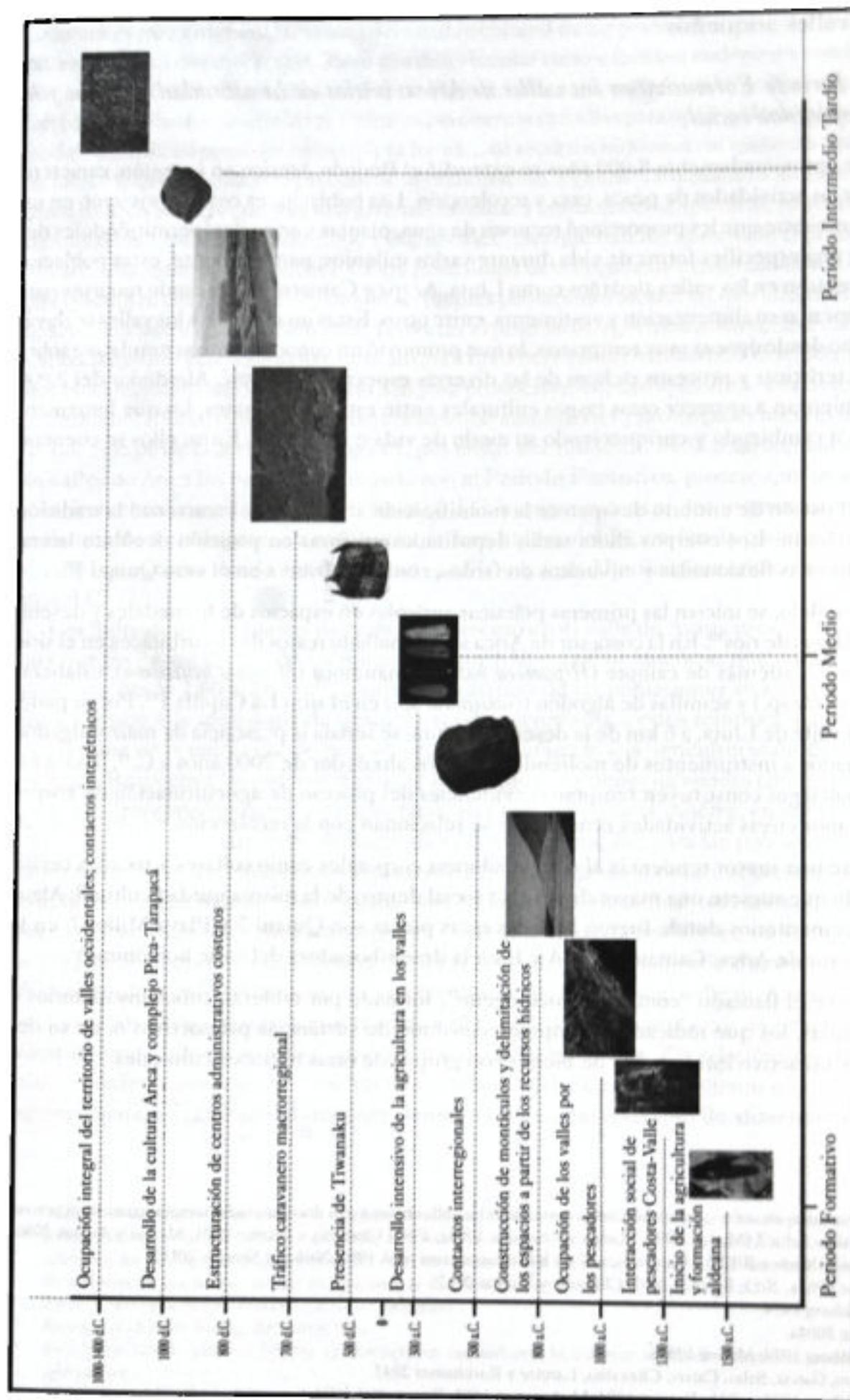
Por su parte, la región cultural de Tarapacá se inserta al sur de la subárea Valles Occidentales, siendo delimitada por dos ríos que llegan al Pacífico: Camarones por el norte y Loa por el sur. Entre ambos existen varios cursos de agua que nacen en el altiplano pero desaguan en la Pampa del Tamarugal. En efecto, al sur de Camarones se inicia un espacio diferente, con cuatro ámbitos geográficos que han determinado la naturaleza de los asentamientos humanos<sup>4</sup>. En la parte más alta, entre 2.000 y 4.000 msnm se ubica la sierra y luego el altiplano donde nacen los ríos que fluyen hacia el Pacífico. Desde la estepa altiplánica con pastos, bofedales, cuencas y salares interiores, desciende el plano inclinado atravesado por unas 23 quebradas entre los ríos Camiña y el Loa. Las condiciones ambientales son marcadamente estacionales y con fuertes fluctuaciones de temperatura entre día y noche, siendo aptas para cultivos cordilleranos como papas, quínoa y maíz, y crianza de camélidos<sup>5</sup>. Luego interrumpen su curso en la cuenca endorreica de relleno aluvial, entre 800 y 1.000 msnm, conocida como Pampa del Tamarugal por sus antiguos bosques de tamarugos y algarrobos. Allí desembocan las aguas estacionales de las quebradas de Aroma, Tarapacá, Mamiña, Guatacondo y Maní, dependientes de las precipitaciones del verano andino. La parte baja de las quebradas (1.000-2.000 msnm) presenta un gran potencial agrario para los cultivos del complejo semi-tropical<sup>6</sup>, siendo Camiña, Tarapacá y Guatacondo las más productivas, al igual que otras con flujos hídricos permanentes a consecuencia de vertientes y en las que se desarrollan oasis como Pica. La planicie se corta al occidente por un fuerte acantilado en cuya base se extienden estrechas playas, constituyendo el llamado "desierto costero", "costa de interfluvio" o arreica. Allí hay vertientes de agua dulce (p.ej., en Iquique, Bajo Molle, Punta Gruesa, Los Verdes, Patillos, Cafiño, entre otros) que fueron claves para el establecimiento de asentamientos humanos. También la neblina costera o *camanchaca* favorece el crecimiento de vegetación, la presencia de guanacos y la obtención de agua en la pendiente alta que accede a la Pampa del Tamarugal. Todo lo anterior determinó que las ocupaciones humanas se concentraran preferentemente en las desembocaduras de los ríos Camiña y Loa, así como en las zonas de vertientes, generándose una economía marítima que aportó abundantes recursos, tales como peces, mariscos, algas, mamíferos marinos, aves y guano, entre otros.

En este capítulo se intenta reconstruir los sistemas de organización social, política y económica de las poblaciones que se asentaron de esta parte de los Valles Occidentales. Esto será descrito y discutido a través de tres periodos llamados Formativo, Medio e Intermedio Tardío o Desarrollos Regionales, según corresponda (Figura 3). Los comentarios que se desprenden del análisis de cada uno de estos periodos muestra que la presencia humana ha ido configurando un mosaico de relaciones entre pueblos de la vertiente occidental y oriental andina, los que, en su conjunto, generaron el surgimiento y consolidación de una identidad propia dentro del marco que caracteriza a la cultura andina. Debido a las diferencias que existen en los desarrollos culturales de las regiones culturales de Arica y Tarapacá, estas serán tratadas en forma separada.

<sup>4</sup> Schiappacasse *et al.* 1989.

<sup>5</sup> Núñez L. 1984a.

<sup>6</sup> Núñez 1976a.



*Figura 3. Secuencia cultural y desarrollo aldeano prehistórico, norte de Chile.*

## 1. Los valles ariqueños

### 1.1. *El Periodo Formativo en los valles de Arica: inicios de la actividad agrícola y la complejidad social*

Durante aproximadamente 8.000 años se extendió el Periodo Arcaico en la región, caracterizado por las actividades de pesca, caza y recolección. Las poblaciones costeras vivieron en un medio ambiente que les proporcionó recursos de agua, plantas y animales, permitiéndoles desarrollar una específica forma de vida durante varios milenios; paralelamente, estas poblaciones ingresaron en los valles aledaños como Lluta, Azapa y Camarones buscando recursos para complementar su alimentación y vestimenta, entre otros. Estas incursiones a los valles se llevaron a cabo desde épocas muy tempranas, lo que promovió un conocimiento acumulativo sobre las características y procesos cíclicos de las diversas especies silvestres<sup>7</sup>. Alrededor del 2.000 a.C. comienzan a aparecer otros rasgos culturales entre estas poblaciones, los que lentamente van a ir cambiando y enriqueciendo su modo de vida e ideología<sup>8</sup>. Entre ellos se cuentan:

1. En el patrón de entierro desaparece la momificación artificial que caracterizó la tradición Chinchorro. Los cuerpos ahora serán depositados en fosas en posición decúbico lateral con piernas flexionadas y envueltos en fardos, como se observa en el sitio Quiani 7<sup>9</sup>.
2. En paralelo, se inician las primeras prácticas agrícolas en espacios de humedales y desembocaduras de ríos<sup>10</sup>. En la costa sur de Arica se han hallado restos de cucurbitácea en el sitio Quiani 7, además de camote (*Hipomoea batata*), mandioca (*Manihot utilissima*), calabazas (*Cucurbita* sp.) y semillas de algodón (*Gossypium* sp.) en el sitio La Capilla 1<sup>11</sup>. Por su parte, en el valle de Lluta, a 6 km de la desembocadura, se señala la presencia de maíz y algodón asociados a instrumentos de molienda, fechados alrededor de 2000 años a.C.<sup>12</sup>. Todos estos hallazgos constituyen tempranas evidencias del proceso de agriculturación de grupos humanos cuyas actividades económicas se relacionan con la recolección y cultivo inicial.
3. Existe una mayor tendencia al uso de adornos corporales como collares y tocados cefálicos, lo que sugiere una mayor diversidad social dentro de la misma unidad cultural. Algunos cementerios donde fueron halladas estas piezas son Quiani 7 y Playa Miller 7, en la costa sur de Arica; Camarones 15A y E en la desembocadura del valle homónimo<sup>13</sup>.
4. Aparece el llamado "complejo alucinógeno", formado por tabletas, tubos insuflatorios y espátulas, los que indican un temprano consumo de sustancias psicoactivas o, en su defecto, un activo intercambio de bienes con grupos de otras regiones culturales.

<sup>7</sup> Las continuas incursiones de poblaciones costeras en los valles bajos están documentadas tempranamente en la zona en el sitio Acha 2 (Muñoz 1993; Muñoz y Chacama 1993a, 1997; Chacama y Muñoz 2001; Muñoz y Arriaza 2006), Quiani 9 (Muñoz 2012a) y Camarones W a y b (Schiappacasse *et al.* 1993; Núñez y Santoro 2011).

<sup>8</sup> Muñoz 1982a, 2013; Bolaños 2007; Chacama y Muñoz 2012.

<sup>9</sup> Dauelsberg 1974.

<sup>10</sup> Muñoz 2004a.

<sup>11</sup> Dauelsberg 1974; Muñoz 1982a.

<sup>12</sup> Santoro, García, Salas, Carter, Chevalier, Latorre y Rochhammer 2011.

<sup>13</sup> Dauelsberg 1974, 1985b; Focacci 1974; Muñoz *et al.* 1991; Rivers *et al.* 1974.

Las razones para entender las causas del cambio cultural de los pescadores para adentrarse en el valle e iniciar el desarrollo agrícola se pueden vincular tanto a factores endógenos como exógenos. Los primeros se relacionan con el conocimiento milenario que tenían las poblaciones locales acerca de las plantas, lo que les permitió experimentar con ellas para optar gradualmente por un modelo agrario, así como las disputas por los escasos recursos hídricos y un aumento demográfico, lo que habría detonado el proceso de agriculturación regional<sup>14</sup>. En cuanto a los factores exógenos existen autores que dan una gran importancia a poblaciones altiplánicas, supuestamente asentadas en estos valles entre 1.000 y 500 años a.C., las que habrían impulsado el proceso agrícola con una agricultura intensiva<sup>15</sup>. Otra posibilidad es la llegada de cultígenos desde otros lugares producto del intercambio, siendo las propias poblaciones locales las que inician el proceso agrícola. Un factor que también pudo favorecer el proceso de agriculturación sería el cambio climático. Registros paleoclimáticos indican que a fines del Periodo Arcaico (2.000-1.500 a.C.) cambios en el régimen hidrológico del río San José provocaron una disrupción en el estable sistema de desembocaduras, dando paso a incursiones más sistemáticas y prolongadas hacia el interior<sup>16</sup>.

Los inicios de la actividad agrícola y, por ende, del comienzo de la complejidad social en los valles de Arica los hemos relacionado con el Periodo Formativo, proceso que se sitúa cronológicamente entre 1.000 a.C. y 200 años d.C. y que caracteriza dos momentos claves en la historia de los tempranos agricultores: la fase Faldas del Morro (en la costa) o Azapa (en el valle) que abarca desde 1.000 a 500 años a.C., y la fase Alto Ramírez entre 500 a.C. a 200 años d.C.

Los individuos que fueron parte de este proceso en el valle de Azapa presentan una estatura que oscila, en el caso de las mujeres, entre 1,50 y 1,60 m, mientras que en los hombres alcanzaba desde 1,60 a 1,66 m<sup>17</sup>, similar a la estatura de las poblaciones arcaicas de la costa. Esto, sumado a la tecnología de pesca y caza que acompaña a estos tempranos agricultores, sugiere que es la población de pescadores la que dio inicio a la agriculturación de los valles de Arica. Respecto a las enfermedades, se ha podido determinar un cuadro clínico con enfermedades broncopulmonares y gastrointestinales que causaron la muerte, en especial de los recién nacidos. Esta situación demostraría lo complejo que fue para las poblaciones locales cambiar los hábitos alimenticios o asentarse en nuevos lugares como consecuencia del trabajo agrícola, lo que habría traído consigo una serie de enfermedades contagiosas provocadas por parásitos, insectos y roedores, agentes nocivos propios de ambientes de valle, tal como se evidencia en el cementerio Morro 2/2 de la costa de Arica, en el sitio Camarones 15 de la desembocadura del río Camarones y en túmulos de Azapa 67, en el valle de Azapa<sup>18</sup>. Por otro lado, el traslado de comidas entre la costa y el valle habría sido un factor de riesgo para provocar enfermedades y muertes causadas por su descomposición. En relación con las patologías dentarias, estas sugieren que las comunidades del Formativo tuvieron una dieta mixta agromarítima, a juzgar por el desgaste dental producto del consumo de alimentos abrasivos

<sup>14</sup> Standen *et al.* (2007), proponen que eventos de violencia pudieron tener sus causas en las disputas por espacios productivos agrícolas del valle. Sutter (2006) en cambio, con base en estudios dentales, señala bajos niveles de flujo génico en las poblaciones prehispánicas del valle de Azapa, lo que sugiere que habrían sido las poblaciones costeras de tradición arcaica las que inician el poblamiento de los valles bajos.

<sup>15</sup> Rivera (2002) define este proceso como "andinización".

<sup>16</sup> Ramírez *et al.* 2001; Muñoz 2004a:109-155.

<sup>17</sup> Soto-Heim (1974, 1987) y Muñoz (1980) señalan indicadores de estatura de estas tempranas poblaciones de agricultores.

<sup>18</sup> Allison 1989; Silva-Pinto 2012.

como moluscos y crustáceos y del aumento en la frecuencia de las caries como consecuencia del consumo de carbohidratos como el maíz<sup>19</sup>. Watson y colaboradores indican que las poblaciones costeras, como las de Playa Miller 7 y Morro 2/2, tienen mayor frecuencia de desgaste dental indicando una dieta dura rica en proteínas; en cambio, poblaciones del valle de Azapa, como Azapa 70, presentan caries indicando una dieta blanda rica en carbohidratos.

En lo que se refiere al ordenamiento territorial, las comunidades agrícolas tempranas tuvieron una percepción de los valles a partir de los recursos hídricos disponibles en estos. En el valle de Azapa, por sus características geográficas, los asentamientos humanos estuvieron jalados y distantes unos de otros, cada uno de ellos con su propia estructura organizacional y con sus respectivos espacios ceremoniales (cementeros) y túmulos. Este orden se estructuraría con lugares de mayor jerarquía respecto a otros menores, tales como los túmulos de Azapa 70, Azapa 17, Azapa 80 y Azapa 122 y en menor escala Azapa 67 y Azapa 147. Estos puntos son coincidentes con los espacios de mayor proliferación de vertientes, por lo tanto, fue a partir de estos núcleos donde se gestó el ordenamiento territorial que continuó en el valle siglos después<sup>20</sup>.

El inicio del trabajo agrícola implicó el desplazamiento de los pescadores al valle, quienes ocuparon los faldeos de cerros y terrazas de gran visibilidad. Para construir sus viviendas utilizaron arbustos leñosos (Asteráceas) que se emplearon como soportes de las techumbres, sobre un armazón de forma semicónica, cubierto por totora y junquillos. El espacio doméstico se planificó a partir de un lugar abierto donde se realizaban manufacturas, combinado con un espacio cerrado donde se habrían alimentado y cobijado. El campamento Azapa 115 es un claro ejemplo de estas construcciones pues muestra claras evidencias de haber sido ocupado por tempranos agricultores distinguiéndose una sucesión de pisos habitacionales<sup>21</sup>. Una de las actividades tecnológicas que mejor se ha podido visualizar corresponde al trabajo en piedra, que muestra diferentes etapas en la confección de artefactos así como el retocado de estos instrumentos<sup>22</sup>. En la medida en que se fue consolidando la actividad agrícola hacia 500 años a.C., y tal vez como consecuencia de una mayor población, se comenzó a construir asentamientos más estables o aldeas, con la idea de albergar a especialistas, como agricultores y artesanos. Quizás en los asentamientos Atajo en el valle de Caplina (Tacna), el Cañón en la costa norte de Tacna, y Azapa 83 en el valle de Azapa, hayan vivido grupos de alfareros, por la cantidad de recintos que presentan y la variedad de restos cerámicos hallados, cuyo trabajo debió ser paralelo a la labor de los agricultores.

Cerca del emplazamiento habitacional enterraron a sus difuntos, lo que da cuenta de la planificación del asentamiento. Las evidencias funerarias más tempranas vinculadas a este proceso de cambio las hallamos en los cementeros Azapa 71 y Azapa 14 en el valle de Azapa. Algunas de sus características son: a) cuerpos sentados con las piernas flexionadas, envueltos en mantas de fibra de camélido y esteras de fibra vegetal; b) cráneos ceñidos por turbantes de fibra de camélido de colores artificiales; c) pintura facial o corporal de color ocre y rojo; d) cestos planos y con forma de *puco*s con motivos geométricos de color negro (en el caso de la cestería de Camarones 15A se les incorporó diseños de figuras zoomorfas y geométricas de color rojo); e) calabazas con grabados lineales; f) implementos vinculados a prácticas alucinógenas como tubos, brochitas de fibra vegetal y tabletas de concha; g) tejidos confeccionados en técnica de

<sup>19</sup> Watson *et al.* 2010.

<sup>20</sup> Muñoz y Zalaquett 2011; Muñoz y Chacama 2012; Muñoz *et al.* 2014.

<sup>21</sup> Muñoz 2004a.

<sup>22</sup> Muñoz 2004a.

torzal; h) finalmente, la presencia de anzuelos de espinas de cactus, arpones con barba de hueso y punta de piedra, cuchillos de dientes de tiburón, sedales de fibra vegetal, son indicadores de que estos grupos siguieron explotando los recursos del mar<sup>23</sup>.

Junto con los entierros en fosas, estos tempranos agricultores y pescadores comenzaron a construir montículos ceremoniales conformados por capas alternadas de tierra y fibra vegetal, donde depositaron cuerpos y osamentas humanas en la mayoría de los casos<sup>24</sup>. Los cuerpos puestos en estos montículos se hallan en posición decúbito lateral con las piernas flexionadas, entre las capas de sedimentos, señalizados por un poste de madera ubicado a la altura de la cabeza<sup>25</sup>. Los cráneos presentan distintos tipos de deformación cefálica, a saber: anular, tabular erecta y oblicua. Los materiales constructivos se obtuvieron de las zonas húmedas del valle y de las canteras que se ubicaban en el entorno.

Desde una perspectiva territorial la irrupción de montículos funerarios ubicados en lugares de amplia visibilidad implicó una transformación del paisaje<sup>26</sup>. Estos pudieron ser vistos como monumentos semejantes a las figura de cerros distribuidos a lo largo del valle, a modo de emblemas de la apropiación de los recursos naturales que cada grupo humano mantenía en el valle de Azapa<sup>27</sup>. El surgimiento de esta tradición funeraria en la que los antepasados se habrían convertido en argumentos de derecho para regular el acceso y uso de recursos naturales, implicó el surgimiento de una sociedad en que el agua tuvo una enorme importancia para sus miembros, quienes centraban sus esfuerzos en el mantenimiento de una economía agrícola<sup>28</sup>. La construcción de túmulos demandó de una gran organización de la fuerza de trabajo, pues por su tamaño debió existir una planificación que involucró toma de decisiones como determinar los espacios donde se construyeron, contar con encargados para preparar las capas de fibra vegetal, movilizar gente para trasladar los materiales, planificar las ceremonias fúnebres y organizar las ceremonias o celebraciones que giraron en torno a depositar, mover y/o reenterrar a los ancestros. En ellos se enterró una serie de objetos muy elaborados, de prestigio o estatus, entre los que sobresalen fajas confeccionadas en tapicería de variados colores con rostros radiados o con la representación de la cabeza de trofeo, y gorros con motivos escalonados de diversos colores. Toda la inversión laboral que significó construir un túmulo, sumado al hallazgo de este tipo de objetos, sugiere el surgimiento de grupos familiares conducidos por líderes comunitarios que manejaban las áreas productivas del valle a partir del control de los recursos hídricos<sup>29</sup>. De acuerdo con ello, un túmulo sería un espacio en el que habrían participado los distintos miembros de la comunidad, cada uno cumpliendo funciones de acuerdo con su edad (niños, jóvenes, adultos y ancianos), apoyados por familiares y otros grupos asentados en el valle.

<sup>23</sup> Santoro 1980a.

<sup>24</sup> Muñoz y Gutiérrez 2011.

<sup>25</sup> Muñoz 1987a, 2004a; Muñoz *et al.* 2012

<sup>26</sup> Romero *et al.* 2004.

<sup>27</sup> Estas construcciones fueron ofrendadas hasta el Período Indígena Colonial y están relacionadas con la tradición del culto a los ancestros. Por otro lado, la idea de construir montículos quizás tenga relación con lo que plantea Laurie (1983) cuando señala que la psicología estética humana tiende a admirar e intenta copiar los espectáculos naturales que la tierra nos ofrece; en cuanto a los túmulos su arquitectura tendió a homogeneizarse con el entorno, en este caso los cerros, mediante una forma natural y utilizando materiales de la zona.

<sup>28</sup> Este control territorial que comienza a manifestarse por medio de las construcciones de montículos puede ser enfocado mediante la legitimación de una localidad determinada donde yacían los restos de los antepasados, lográndose con esto establecer fronteras territoriales manejadas ideológicamente (Nielsen 2006b).

<sup>29</sup> Según Muñoz (2012b) el líder o jefe comunitario habría sido un personaje elegido por la propia comunidad, y debió haber tenido un profundo conocimiento de las actividades de apropiación y producción de alimentos, como también técnicas acerca de cómo construir los túmulos.

La construcción de un túmulo o parte de él habría finalizado con ceremonias y fiestas en torno a éste y a los ancestros enterrados. Evidencias de ofrendas y restos de alimentos encontrados en la cima y en los bordes<sup>30</sup>, junto a la presencia de pequeños pisos con restos de fluidos y basuras, sugieren que posiblemente sus constructores comieron y bebieron en los momentos en que celebraban el culto a los antepasados. Estas ceremonias ligadas con la muerte hicieron que los túmulos tuvieran un fuerte significado social y fueran el centro de la vida de sus poblaciones, pasando a ser uno de los rasgos identitarios más relevantes de los agricultores tempranos de los valles de Arica. Mirado de esta manera, creemos que estos monumentos fueron indicadores de los cambios más significativos de la complejización de las sociedades aldeanas, al hacer visible una nueva concepción del espacio y del tiempo, de la vida y la muerte. Por lo mismo, es posible entender por qué los túmulos fueron ofrendados hasta momentos históricos. Sin embargo, la tradición de construir túmulos finaliza en el Periodo Medio cuando influye Tiwanaku en los valles de Arica, aunque las poblaciones de dicho periodo se enterraron cercanas a ellos y, en algunos casos, realizaron ofrendas de prendas textiles y urnas conteniendo placentas humanas, estableciendo una profunda relación simbólica con este espacio mortuario.

Una de las características de los individuos enterrados en los túmulos es su vestimenta (Figura 4). Tecnológicamente, el trabajo textil en los agricultores tempranos constituyó un legado, heredado de sus antepasados; las técnicas y formas utilizadas en la confección de prendas tuvieron una larga permanencia en el tiempo. Hacia fines del Periodo Arcaico se introdujo el telar de cintura con el que se tejieron fajas y cintillos, junto con el empleo de otras técnicas como el torzal para confeccionar mantas y esteras<sup>31</sup>. Durante el Formativo no se observan técnicas excepcionales o novedosas, a excepción de la técnica de tapicería que aparece en el Formativo Tardío, con motivos antropomorfos, zoomorfos y geométricos. La aparente similitud de algunos de estos motivos con la iconografía Pucara de la cuenca del Titicaca llevó a plantear que el desarrollo cultural de este periodo fue consecuencia de influencias altiplánicas<sup>32</sup> lo que ha sido rebatido por diversos autores. Ellos apuntan a que, independientemente de que pudieron existir flujos foráneos, la industria textil del Formativo en su conjunto no puede ser explicada por el arribo de poblaciones o piezas altiplánicas, sino que es un desarrollo local heredado de las tradiciones y conocimientos de las poblaciones costeras del Periodo Arcaico<sup>33</sup>. A ello se suma la presencia del telar, husos, *vichuñas* y torteras, junto a la fibra de camélido y de algodón (hilados y vellones), en los tempranos asentamientos y entierros del Periodo Formativo, con los que se confeccionaron mantas, túnicas, bolsas y taparrabos. A diferencia de los textiles, la cerámica muestra una industria más experimental. Se caracteriza por el uso de desgrasante vegetal y de conchuelas, una cocción deficiente, ausencia de decoración, formas de ollas y cucurbitáceas, lo que sugiere que su función desde el punto de vista doméstico habría estado orientada principalmente al almacenaje de granos y el depósito de líquidos, más que como recipiente para cocinar. Por otro lado, estas vasijas también pudieron haber sido confeccionadas para el intercambio a nivel local y regional, o para ser depositadas como parte de las ofrendas en las ceremonias fúnebres y otros rituales.

<sup>30</sup> Estas ofrendas están constituidas por bolsas tejidas con lana de camélidos con decoración listada y escalera, conteniendo en su interior restos de cultivos (poroto y papa) y entierros de animales (cuy).

<sup>31</sup> Ulloa 1982.

<sup>32</sup> Rivera 1976, 1984, 1995-96.

<sup>33</sup> Agüero 1995, 2012a; Agüero y Cases 2004; Horta 2004.



Figura 4. Tejidos y turbante del Periodo Formativo en valles y costa de Arica. a) Sitio Az-70: bolsa de lana tejida en técnica de malla, decoración con motivos geométricos; b) Sitio Playa Miller 7, Tumba 56: turbante de lana envolviendo un cráneo; c) Sitio Camarones 15, SIR: bolsa de lana tejida en técnica de malla, iconografía geométrica; d) Sitio Camarones 15A: cobertor de lana, iconografía geométrica.

Uno de los productos agrícolas más importantes fue el maíz (*Zea mays*), empleado en la preparación de bebidas y comidas y cuyas primeras evidencias en el valle de Azapa están datadas alrededor de 500 años a.C. correspondientes a la variedad *Piricincto coroico*<sup>34</sup>. Otras especies de cultígenos incluyen la yuca (*Manihot utilissima*), camote (*Hipomoea batata*), achira (*Canna edulis*), jíquima (*Pachyrhizus* sp.), poroto (*Phaseolus vulgaris*), ají (*Capsicum* sp.), pallar (*Phaseolus lunatus*), calabaza (*Lagenaria siceraria*) y tubérculos, los que gradualmente se fueron incrementando hasta alcanzar un alto rendimiento agrícola a fines de la consolidación aldeana, hacia 200 años a.C. Durante este periodo también hay registros de papa (*Solanum* sp.) posiblemente traída desde las tierras altas, donde los registros más tempranos se remontan al 800 a.C.<sup>35</sup>. Dentro de las cucurbitáceas, la calabaza constituyó un producto muy importante pues fue utilizada como alimento y recipiente, algunas de ellas decoradas con la técnica del pirograbado. Junto a la temprana economía agrícola, complementan los recursos de subsistencia

<sup>34</sup> Muñoz 2004a.

<sup>35</sup> Santoro y Chacama 1982.

los productos del mar centrados fundamentalmente en la pesca, recolección de algas, moluscos y crustáceos, y en la caza de mamíferos marinos como el lobo (*Otaria jubata*).

Las aves y animales terrestres menores constituyeron un recurso económico complementario. El uso frecuente de plumas en ceremonias fúnebres, cubriendo el rostro de los muertos y adornando las mantas que cubrían los cuerpos, demuestran su importancia en el contexto ritual de los pescadores en tránsito a la agricultura. Las pieles de cuy y de zorro también fueron utilizadas como objetos ceremoniales. Las pieles de zorros se utilizaron para adornar turbantes que formaban parte de la vestimenta con que eran enterrados algunos miembros de estos agricultores y pescadores tempranos tanto en Azapa como en la desembocadura del río Camarones<sup>36</sup>. A fines del Periodo Formativo, hacia los 200 años d.C., se observa un mayor uso de lana, cueros y restos óseos de camélidos, lo que junto a una serie de objetos y bienes suntuarios sugiere su presencia en los valles costeros como consecuencia del tráfico de caravanas. Asimismo, la presencia de capachos, perros y hondas refuerza la idea de caravanas a los valles de Arica a fines del Formativo.

Un valle domesticado desde el punto de vista agrícola y con un poblamiento aldeano estable es el escenario con que al parecer se encontraron las poblaciones altiplánicas al conectarse con los valles de Arica antes de Tiwanaku, durante la fase Alto Ramírez. Por lo tanto, su aporte no habría sido la implementación de una nueva línea productiva como la agricultura, sino que más bien habrían aprovechado la producción agrícola generada por estos valles, dentro de relaciones de intercambio. En este contexto, al parecer, es donde se habrían negociado objetos novedosos, como aquellos que muestran la clásica iconografía escalonada, representaciones antropomorfas del llamado chamán o "sacrificador" y figuras naturalistas que, en textos anteriores, habían sido adscritas a grupos altiplánicos<sup>37</sup>.

## 1.2. *El Periodo Medio en los valles de Arica: sociedades agrícolas especializadas y su relación con Tiwanaku*

Se conoce como Horizonte o Periodo Medio al lapso durante el cual se dejan sentir las influencias de la cultura Tiwanaku que, en el norte de Chile, se extiende aproximadamente desde 500 a 1.200 años d.C., traslapándose con el Periodo Intermedio Tardío. Constituye uno de los periodos más controvertidos de la prehistoria de los Valles Occidentales pues, pese a la gran cantidad de sitios excavados y colecciones estudiadas, existe todavía una serie de interrogantes no resueltas que han sido abordadas desde diversas perspectivas, a veces contrapuestas<sup>38</sup>.

Durante bastante tiempo prevaleció la idea de que en el valle de Azapa, Tiwanaku instaló colonias altiplánicas de acuerdo con el modelo de verticalidad planteado por Murra<sup>39</sup>. Según esta interpretación, una primera fase denominada Cabuza se habría caracterizado por el establecimiento de colonos altiplánicos, expresado en la cerámica homónima y en el denominado estilo Loreto Viejo<sup>40</sup>, representativo de la elite de los colonos altiplánicos; una segunda fase

<sup>36</sup> Focacci 1974; Muñoz *et al.* 1991; Muñoz 2011: Figura 6.

<sup>37</sup> Muñoz 1989a, 1996a.

<sup>38</sup> Chacama 2004.

<sup>39</sup> Berenguer 1988; Berenguer y Dauelsberg 1989.

<sup>40</sup> El término Loreto Viejo definido por Dauelsberg se empleaba para designar las piezas que presentaban semejanzas con el estilo Tiwanaku de las fases IV Clásica o V Expansiva (Focacci 1982:73). Estudios cerámicos posteriores (Espouey *et al.* 1995a; Uribe 1999a) proponen eliminar este término puesto que su definición es demasiado vaga y genérica, y además estaría incluido en el tipo Tiwanaku definido por Uribe (1995).

denominada Maytas habría correspondido a la consolidación del régimen de colonias implantado por Tiwanaku en los valles costeros, siendo una continuación de Cabuza<sup>41</sup>. Sin embargo, actualmente nuevos datos y revisiones de informaciones previas apuntan a señalar que no hay evidencias arqueológicas ni bioantropológicas de la presencia de colonias Tiwanaku en el extremo norte de Chile y que, pese a las influencias externas durante este periodo, las dinámicas sociales tienen su raíz en las tradiciones locales, tanto desde el punto de vista arquitectónico, textil y cerámico, como bioantropológico<sup>42</sup>.

Hoy se reconoce que durante este periodo coexistieron en el espacio y en el tiempo dos tradiciones culturales, las que han sido definidas principalmente a través de la cerámica y los textiles de contextos funerarios: una altiplánica, caracterizada por los estilos Cabuza, Azapa/Charcollo y Tiwanaku, y otra tradición de Valles Occidentales caracterizada por el estilo Maytas/Chiribaya y, hacia finales del periodo, por San Miguel<sup>43</sup>.

El tipo Cabuza (ca. 500-1.200 d.C.) es una cerámica de pastas compactas principalmente arenosas, de cocción oxidante, con superficies alisadas y revestidas con un grueso engobe rojo y decoración pintada fundamentalmente bicolor (negro y/o blanco sobre revestimiento rojo); este tipo imita formas (vasos, jarros, tazones, escudillas y pequeños sahumadores), decoración y patrones tecnológicos altiplánicos<sup>44</sup>. La cerámica Azapa/Charcollo (600-800 d.C.), definida originalmente por Dauelsberg y posteriormente reformulada por Espouey y colaboradores, designa una alfarería de aspecto burdo con manchas de pintura roja que, durante el Periodo Medio, aparece asociada contextualmente a la tradición altiplánica Tiwanaku y es distinta de la cerámica Charcollo del Intermedio Tardío de los valles altos, sierra de Arica y Tarapacá<sup>45</sup> (Figura 5).

La cerámica Tiwanaku (650-1.270 d.C.), en tanto, se caracteriza por su policromía (negro, blanco, rojo, violáceo y naranja), confeccionada con pastas finas y homogéneas, cocidas en ambiente oxidante bastante regular, de superficies pulidas y revestidas con un delgado engobe rojo, y una prolija decoración cuya iconografía reproduce el estilo Tiwanaku Expansivo o V del lago Titicaca, principalmente en *keros*, tazones y jarros. De acuerdo con los estudios cerámicos llevados a cabo en las últimas décadas, Cabuza es interpretado como una expresión local influenciada por Tiwanaku en Arica, puesto que copia formas y decoración dentro de un contexto de producción local y comparte ciertos atributos con otras cerámicas de los Valles Occidentales del sur peruano<sup>46</sup>. La cerámica de estilo Tiwanaku, por su parte, según algunos investigadores, habría llegado a Arica proveniente del valle de Moquegua, del sur peruano<sup>47</sup>.

Dentro de la tradición de Valles Occidentales, Maytas/Chiribaya (ca. 800-1.290 d.C.) corresponde a un tipo cerámico que, desde el punto de vista tecnológico y decorativo, se distancia de la alfarería altiplánica y, en cambio, presenta fuertes nexos con los valles del extremo sur de Perú, constituyendo la base de la posterior cerámica del Intermedio Tardío<sup>48</sup>. Se caracteriza por escudillas, jarros y cántaros de pastas arenosas a granulosas, con una estandarizada decoración de motivos en negro, blanco o crema sobre fondo de revestimiento rojo. Hacia finales del periodo se registra el tipo denominado San Miguel temprano, una manifestación

<sup>41</sup> Berenguer y Dauelsberg 1989.

<sup>42</sup> Agüero 2000a; Chacama 2004; Goldstein 1995-96; Muñoz 2004a; Sutter 2000; Uribe 1999a; Uribe y Agüero 2001.

<sup>43</sup> Espouey *et al.* 1995b; Uribe 1995, 1999a, 2000.

<sup>44</sup> Focacci 1982; Uribe 1999a.

<sup>45</sup> Dauelsberg 1972-73a; Espouey *et al.* 1995b; Uribe 1999a; Muñoz y Chacama 2006; Santoro *et al.* 2004.

<sup>46</sup> Uribe 1999a; Uribe y Agüero 2001.

<sup>47</sup> Espouey *et al.* 1995b; Uribe 1999a; Uribe y Agüero 2001.

<sup>48</sup> Muñoz y Focacci 1985; Espouey *et al.* 1995b; Uribe 1999a, 2000.

transicional que integra decoración de Maytas/Chiribaya, pero con cambios en el uso de los colores aplicados<sup>49</sup>. De alguna manera este tipo marca la génesis evolutiva de la alfarería local y un proceso netamente desconectado de Tiwanaku. Destaca, además, que durante esta segunda etapa del Periodo Medio aparecen, aunque en menor proporción, otros ejemplares foráneos como Wari, del sur de Perú, en lugares sagrados como la *Huaca* de Atoca en el valle de Azapa, que es un pequeño cementerio asociado a uno de los geoglifos más grandes del valle con la figura de una llama<sup>50</sup>.



*Figura 5. Tejidos, alfarería y tallado en madera del Periodo Medio en valles de Arica.*

- a) Sitio Az-6, tumba 70: paño inkuña de lana, decoración listada lateral y bordado; b) Sitio Az-6, tumba 194: túnica de lana con decoración listada lateral; c) Sitio Az-141: bolsa de lana con decoración listada asociada a motivos zoomorfos y antropomorfos en sobrerrelieve (detalle en recuadro); d) Sitio Az-6, tumba 165: bolsa faja de lana con decoración listada policroma; e) Sitio Az-6, tumba 15: alfarería de estilo Cabuza; f) Sitio Az-71, tumba 84: vasos keros de madera, decoración tallada sobrerrelieve con motivos zoomorfos.*

<sup>49</sup> Dausberg 1985b:281; Espouey *et al.* 1995a; Uribe 1999a.

<sup>50</sup> Muñoz y Santos 1995.

Los sitios arqueológicos conocidos del Periodo Medio en Arica provienen fundamentalmente del valle de Azapa. En el valle de Lluta, en cambio, este periodo se encuentra escasamente representado, sin embargo existen algunos cementerios ubicados en su desembocadura y curso medio, tales como Lluta 50, Lluta 51 y Chacalluta 5, los que contienen tumbas con textiles y cerámica Cabuza, Maytas/Chiribaya, Azapa/Charcollo y Tiwanaku<sup>51</sup>. En el valle de Camarones el Periodo Medio se encuentra virtualmente ausente con la posible excepción del sitio "Ex Asentamiento Manuel Rodríguez", cuyas tumbas disturbadas proporcionaron fragmentos de cerámica Cabuza y Tiwanaku fechadas por termoluminiscencia (TL) a inicios del siglo XI d.C.<sup>52</sup>.

Es importante señalar que, junto con los estudios cerámicos y textiles funerarios que han otorgado indicadores cronológico-culturales diagnósticos a la vez que han arrojado nuevas luces sobre el origen de la presencia Tiwanaku en Arica, existe otro cúmulo de información proveniente de contextos habitacionales, lo que constituye una vertiente adicional para comprender no solo la naturaleza de la influencia de Tiwanaku en Arica sino también la vida doméstica de las poblaciones locales que habitaron la zona durante este periodo<sup>53</sup>.

Los asentamientos humanos del Periodo Medio privilegiaron los mismos espacios ocupados durante el Periodo Formativo previo, es decir, las poblaciones se instalaron en las terrazas y faldeos de cerros donde fueron construidas tanto las residencias como los cementerios, siguiendo el mismo orden en cuanto a la distribución espacial, ya que los recursos de agua siguieron teniendo prioridad para definir la planificación del territorio. Las viviendas fueron de estructuras livianas tipo ramadas o chozas, construidas con material perecedero como vegetales, las que con el tiempo se erosionaron y fueron cubiertas por sedimentos. El sitio Azapa 75 muestra alineamientos dejados por los restos de postes que dan cuenta de un armazón de forma semicónica, con paredes confeccionadas en totora y junquillos<sup>54</sup>. En su interior se desarrollaron actividades relacionadas con preparación y consumo de alimentos, así como trabajos manuales. Las actividades domésticas y la manufactura de objetos de los grupos del periodo se caracterizan por fogones asociados a concentraciones bien delimitadas de desechos líticos y restos vegetales<sup>55</sup>. Junto a estas áreas de combustión se hallaron batanes, artefactos que sirvieron para moler los granos de maíz y restos vegetales, así como fragmentos de cerámica que fueron partes de vasijas utilizadas para cocinar, almacenar alimentos o líquidos, algunas con las superficies ennegrecidas con humo que avalan su uso doméstico. Asimismo aparecen restos de calabazas, las que, además de haber sido consumidas como alimento, fueron utilizadas como recipientes para guardar líquidos y comidas, y las más pequeñas se habrían empleado como cucharas, a juzgar por restos de harina hallados en su interior. En estos lugares de cocina se encontraron además fragmentos de tejidos de uso cotidiano; varios de ellos son túnicas y taparrabos confeccionados con fibra de camélido y vegetal que muestran un uso reiterado dada la gran cantidad de reparaciones. El hallazgo de implementos para tejer y coser como torteras, *vichuñas* y agujas de espinas de cactus, por otra parte, señalan que las poblaciones del Periodo Medio conocían bien el trabajo textil<sup>56</sup>.

<sup>51</sup> Agüero 2000a; Espouey 1973; Espouey *et al.* 1995b; Uribe 2000.

<sup>52</sup> Schiappacasse *et al.* 1991.

<sup>53</sup> Muñoz 2004a.

<sup>54</sup> Muñoz 2004a.

<sup>55</sup> Los estudios realizados en el sitio Azapa 143 proporcionan datos acerca de las viviendas utilizadas durante el Periodo Medio (Muñoz 2004a).

<sup>56</sup> Agüero 2000a; Uribe y Agüero 2001.

Los lugares para enterrarse también fueron similares a los del Periodo Formativo, es decir, los faldeos de cerros y terrazas. En ellos cavaron fosas de hasta 1 m de profundidad en pisos arenosos y pedregosos, las que en varios casos fueron revestidas con esteras de fibra vegetal. Una vez depositado el cuerpo en su interior se colocaron piedras alrededor con el propósito de darle estabilidad al entierro. Al igual que en el Formativo, los cuerpos fueron depositados en posición sentada con las piernas flexionadas. Por lo general, el cuerpo está envuelto por una túnica o manta, amarrado por cuerdas de fibra vegetal. Algunos cuerpos llevaban ornamentos como trenzas en las muñecas y en los tobillos, confeccionadas en fibra vegetal; otros llevaban adornos de cobre y collares con cuentas de concha, lapislázuli y malaquita<sup>57</sup>. También se han registrado casos de entierros de cráneos aislados con el rostro cubierto por una delgada capa de fibra vegetal. A los entierros de los niños se les construyó una tumba con piedras laja y cantos rodados<sup>58</sup>.

Los habitantes del valle de Azapa durante este periodo presentan una estatura, tanto en hombres como en mujeres, similar a las del Periodo Formativo. La población infantil y los recién nacidos presentan patologías broncopulmonares y gastrointestinales, como ocurre en Azapa 75<sup>59</sup>. También se han registrado casos de cardiomegalia y megaesófago, enfermedades causadas por el mal de Chagas<sup>60</sup>; su causa se relacionaría con una serie de factores de riesgo como consecuencia de los cambios ambientales y culturales generados por vivir en este ambiente de costa y valles. En relación con las prácticas culturales relacionadas con el cuerpo durante este periodo, se ha registrado un 40,5% de casos de deformación craneana del tipo tabular oblicua.<sup>61</sup> A este tipo de deformación se asocia una almohadilla de fibra vegetal que parece haber servido como deformador del cráneo de un lactante. Otro tipo de práctica realizada al individuo una vez fallecido, fue colocarle motas de algodón al interior de la cavidad bucal con el propósito de evitar la salida de fluidos corporales<sup>62</sup>.

La vestimenta de los muertos estuvo constituida por túnicas, mantas y en algunos casos por cobertores púlicos o taparrabos. Los cuerpos de los lactantes fueron envueltos en tejidos muy finos, utilizando en ciertos casos fragmentos de túnicas. Otras prendas que formaron parte del vestuario fúnebre fueron cintillos y gorros de cuatro puntas. Junto a estas prendas de vestir se ofrendó un tipo de bolsa especial antes no conocida y denominada *chuspa*, cuya función, al parecer, fue contener hojas de coca (*Erythroxylum coca*), aunque también en su interior se depositó una serie de implementos para tejer, como ovillos de hilados de fibra de camélido, *vichuñas*, hilados y pequeños telares. Las dos tradiciones culturales del periodo, Altiplánica y de Valles Occidentales, son visibles en los textiles funerarios del periodo<sup>63</sup>. Los tejidos propiamente Tiwanaku producen formas rectangulares, decoración por medio de la utilización de puntada anillada o festón anillado, uso de una trama continua y una gama de colores característica de azules, rojos, amarillos y café. Los textiles de tradición altiplánica Cabuza son los que más abundan en los cementerios y reflejan una producción local que in-

<sup>57</sup> Focacci 1990.

<sup>58</sup> En los entierros de niños es frecuente el hallazgo de ofrendas de animales como cuy, lagartijas y patas de llama depositadas sobre un cesto.

<sup>59</sup> Aufderheide *et al.* 2002.

<sup>60</sup> Allison 1989.

<sup>61</sup> Muñoz 2004a.

<sup>62</sup> Los registros de estatura, patologías y uso de motas de algodón fueron identificados en el cementerio Azapa 75 ubicado en el sector medio del valle de Azapa (Muñoz 2004a). En la región cultural de Tarapacá, en el cementerio Protonazca de Pisagua o Pisagua D (Uhle 1919, 1922), Quevedo y Agüero (1995) encontraron prácticas similares al estar los orificios nasales y bucales rellenos con fibra de camélido o algodón.

<sup>63</sup> Agüero 2000a; Uribe y Agüero 2001, 2004.

regra elementos de la textilera del Formativo junto con la de Tiwanaku: se caracterizan por formas rectangulares a trapezoidales, uso de una a cinco tramas, colores similares a los tejidos Tiwanaku. Los tejidos Maytas/Chiribaya de la tradición de Valles Occidentales se caracterizan por una tendencia a formas trapezoidales, uso de trama continua, decoración listada por urdido de la urdimbre y por urdimbres complementarias, así como gran inclusión de otras formas textiles como *chuspas*, *inkuñas* y bolsas-fajas.

En la medida que en el valle se desarrollaba la agricultura, comenzó a aumentar la producción, como se observa en el asentamiento Azapa 75, con una mayor variedad de maíces además de ají, papas *chuño*, calabazas, porotos y posiblemente coca, que son indicadores de una producción agrícola permanente, a pesar que no se abandonan las actividades extractivas del mar. Según Muñoz y Focacci, la presencia de miniaturas de canoas de totora, sumada a los desperdicios de alimentación de productos marinos y el hallazgo de artefactos para la extracción de moluscos confeccionados en huesos de lobo marino enmangados con haces de fibra vegetal, constituyen claras evidencias de actividades de pesca y recolección marina, que seguramente complementaban el aporte agrícola<sup>64</sup>. Quizás un artefacto que marca esta mayor productividad agrícola y marítima durante este periodo es el capacho, confeccionado en esta región con duras fibras vegetales e hilados de fibra de camélido, el que habría servido para trasladar los productos obtenidos. Aunque no hay registro sobre sistemas de cultivos, es posible que una vez estabilizado el proceso agrícola durante el Periodo Formativo Tardío (ca. 200 años a.C.) los agricultores azapeños hayan desarrollado un sistema de riego denominado "caracol", consistente en formar surcos en forma de "S", para una circulación expedita de las aguas<sup>65</sup>. Así, el incremento agrícola generado durante este periodo habría permitido obtener un excedente en el valle y, por lo tanto, el crecimiento de los asentamientos, alcanzando algunos de ellos características de un centro administrativo como el caso de San Lorenzo. A su vez, habría permitido contar con una cantidad extra de productos posibles de ser puestos en circulación a través de intercambio con valles aldeaños y con otras zonas ecológicas mediante el tráfico de caravanas. Es probable que en este contexto hayan llegado objetos suntuarios vinculados al ceremonialismo de Tiwanaku, tales como orejeras de plata, gorros de cuatro puntas decorados con una variedad de motivos geométricos y colores, vasijas de cerámica, cucharas de madera finamente grabadas con íconos de personajes míticos y objetos de hueso, entre otros. La presencia de alfarería Wari procedente de Perú<sup>66</sup>, junto con textiles posiblemente traídos desde Moquegua<sup>67</sup>, entre otros, son evidencias de esta amplia esfera de interacción durante esta época, e involucró por lo menos a los Valles Occidentales y el Altiplano Meridional<sup>68</sup>. Por otro lado, varias representaciones de caravanas de llamas en arte rupestre posiblemente correspondan a este periodo. Algunos implementos usados por los caravaneros para amarrar la carga y guiar el ganado, como tiras de cuero, cordeles de fibra vegetal y hondas, han sido registrados en los asentamientos y cementerios.

<sup>64</sup> Muñoz y Focacci 1985.

<sup>65</sup> Este sistema fue observado por Frezier en la costa de Arica en 1713: "[...] Habiendo crecido i en estado de trasplantarlo se colocan las plantas serpenteando a fin de que la misma disposición de los surcos que llevaban el agua para regarlos, la conduzca suavemente al pié de las plantas; entonces se echa al pie de cada ají un puñado de guano, lo que cabe en el hueco de la mano [...]" (1902 [1716]: 153-154).

<sup>66</sup> Muñoz y Santos 1995.

<sup>67</sup> Uribe y Agüero 2001, 2004.

<sup>68</sup> Chacama 2001a; Chacama y Espinoza 2000.

La dispersión en diversas regiones de objetos e iconografía que remite a aquella presente especialmente en la litoescultura del sitio de Tiahuanaco en el lago Titicaca, ha sido el indicador clave para plantear un Horizonte Medio de influencias Tiwanaku en los Andes Centro Sur. Pero las explicaciones acerca de cómo ocurrió la relación entre Tiwanaku y las poblaciones locales han sido objeto de múltiples debates, los que se han fundado en última instancia en cómo se ha concebido el carácter de la expansión de Tiwanaku. Berenguer y Dauelsberg<sup>66</sup> han expuesto detalladamente las diversas hipótesis que se han planteado respecto de la naturaleza de la expansión altiplánica: una difusión de carácter religioso<sup>70</sup>; una imposición militar<sup>71</sup>; a través de la instalación de colonias (archipiélagos verticales) para acceder a recursos de las tierras bajas<sup>72</sup>; consecuencia de intercambios comerciales<sup>73</sup>, o parte de una amplia red de complementariedad económica basada en caravanas de llamas<sup>74</sup>.

Lo cierto es que en Arica y en San Pedro de Atacama, las dos zonas del norte de Chile donde se registra la influencia de Tiwanaku, se advierte una presencia diferencial en el tipo de objetos foráneos, lo que dio la base para plantear dos formas de expansión distintas en ambas zonas<sup>75</sup>. En el caso de Arica, la presencia de cerámica y textiles, en contraste con la ausencia relativa de tabletas y tubos, fue en gran medida lo que llevó a postular el establecimiento de colonias altiplánicas como parte de los mecanismos ideológico-políticos para legitimar la expansión hacia zonas alejadas del núcleo<sup>76</sup>. Estudios recientes, sin embargo, han descartado la existencia de colonias altiplánicas en Arica, tal como fue planteado hace décadas. Las evidencias cerámicas y textiles propiamente Tiwanaku son muy escasas y, como se señaló al inicio, no se asocian a los contextos Cabuza, lo que sugiere una presencia Tiwanaku esporádica, excluyente e intermediada; la integración a Tiwanaku, que ciertamente generó un impacto estilístico en la producción local, se habría llevado a cabo a través de centros provinciales, como el asentamiento de Omo establecido en el valle de Moquegua.<sup>77</sup>

En efecto, los contextos domésticos y funerarios del valle de Azapa indican que la presencia de Tiwanaku en Arica estuvo ligada más bien a un plano ideológico que económico. Por un lado, no se advierten cambios en el patrón de asentamiento ni en los sistemas agrarios. Al contrario, el patrón de asentamiento agrícola habría sido extensivo e intensivo a lo largo del valle de Azapa, lo que indica la existencia de una organización social compleja que, hacia fines de dicho periodo, alcanzó un alto desarrollo. Cuando se dejó sentir las influencias de Tiwanaku en los valles existía una tradición agraria consolidada, de modo que los grandes cambios culturales no fueron impulsados por las culturas altiplánicas, sino que constituyeron parte de un proceso de fuerte raigambre local con raíces en el Formativo. Por otro lado, dado

<sup>66</sup> Berenguer y Dauelsberg 1989:133-146; véase también Uribe y Agüero 2001:398-399; Berenguer 1998:20.

<sup>70</sup> Menzel 1964.

<sup>71</sup> Ponce Sanjinés 1971.

<sup>72</sup> Ponce Sanjinés 1971; Berenguer y Dauelsberg 1989.

<sup>73</sup> Rivera 1976; Browman 1980; Mujica 1985; Berenguer y Dauelsberg 1989.

<sup>74</sup> Núñez y Dillehay 1979.

<sup>75</sup> Berenguer 1975, 1998; Uribe y Agüero 2001.

<sup>76</sup> Berenguer 1998; Berenguer y Dauelsberg 1989; Mujica *et al.* 1983.

<sup>77</sup> Uribe y Agüero 2001:405. Por su parte, Goldstein (1989, 2006) y Goldstein y Owen (2001) plantean que oleadas sucesivas de gente colonizaron Moquegua, dando origen a diásporas mutuamente diferenciadas y que el enclave Tiwanaku incorporó a diferentes comunidades, originarias de distintas regiones del altiplano. Esta perspectiva es apoyada por estudios de distancia biológica en restos humanos, que señalan cercanía entre poblaciones de Moquegua y del altiplano (Blom *et al.* 1998) y concuerda con las apreciaciones de una heterogeneidad interna en el propio centro de Tiwanaku (Stanish 2003; Janusek 2008).

que los hallazgos foráneos son escasos y solo aparecen en algunas tumbas, esta influencia debió ser segmentada y no extendida en toda la comunidad. Grupos con mayor afinidad o permeabilidad a las influencias externas integraron en su bagaje cultural aspectos de Tiwanaku, mientras otros no habrían sido receptivos a esta influencia.

Ciertos objetos muebles presentes tanto en contextos ceremoniales (funerarios y no funerarios), como en contextos domésticos, parecen evidenciar esta integración. En el valle de Azapa esto está sugerido por ciertas figuras decorativas emblemáticas asociadas a cultos chamánicos, además de ofrendas fúnebres, como vasos, *keros* y ciertas vestimentas decoradas, bolsas tejidas conteniendo hojas de coca. Otras evidencias están dadas por el sacrificio de animales domésticos (perros, cuyes y llamas) y ofrendas de restos de camélidos en las viviendas. Los túmulos funerarios e hitos geográficos como fuentes de agua y cerros fueron ofrendados con productos alimenticios, entierros humanos o de animales y la confección de un gran geoglifo. Instrumentos musicales de viento como *sampoñas* y *queñas* que forman parte de las ofrendas en los entierros posiblemente fueron usados en las ceremonias y fiestas. Y, tal vez, el consumo de sustancias psicoactivas también fue parte de estas actividades, como lo sugiere el hallazgo de tubos y tabletas ofrendadas en tumbas de Azapa 6 y Azapa 141<sup>78</sup>. Análisis químicos de cabellos, además, evidencian la ingesta de *Banisteriopsis* (ayahuasca) y *Erythroxylum* (coca), probablemente relacionada con fines terapéuticos y medicinales en el parto y puerperio, más que como prácticas alucinógenas<sup>79</sup>.

Una vez que fueron influenciados los grupos más receptivos del valle desde el punto de vista ideológico por parte de Tiwanaku, ellos continuaron con la explotación agrícola del sector medio del valle. Allí se hallan las mayores evidencias de cerámicas y tejidos emparentados estilísticamente con Tiwanaku<sup>80</sup>. De tal manera que, posicionados de los recursos hídricos y tierras agrícolas, debió haberse organizado un tráfico caravanero fluido con los valles circundantes y serranos trasladando en forma indirecta o directa excedentes de productos agrícolas hacia el centro altiplánico o a través de colonos instalados en Omo, en la periferia occidental. Esta estrategia, desde el punto de vista ideológico, habría incluido la presencia de personajes responsables de planificar y controlar los recursos de agua que emanaban de ciénagas y vertientes. El hallazgo de ofrendas confeccionadas en hueso, madera y cerámica depositadas en cementerios y cerros aislados, con diseños de la figura de un chamán o "sacrificador", reforzaría esta idea<sup>81</sup>.

Recapitulando, durante este periodo los grupos locales fueron determinantes en la historia agrícola en el sentido de consolidar la estructura organizativa de la vida aldeana. Sociopolíticamente, las poblaciones del Periodo Medio se habrían acercado más a un sistema segmentario, donde la organización económica estuvo muy ligada a la agricultura, con un patrón de asentamiento formado por residencias permanentes, una organización religiosa a cargo de ancianos y prácticas rituales cíclicas. Los espacios donde se construyeron los cementerios presentan una fuerte connotación simbólica, ya que aparte de estar enterrados los ancestros, en su entorno se situaban importantes hitos geográficos, como cerros y vertientes; de este modo, al parecer los cementerios fueron el punto central sobre el cual se organizó el asentamiento humano, constituyéndose en lugares identitarios vinculados al mito de origen

<sup>78</sup> Chacama 2001b; Focacci 1990.

<sup>79</sup> Cartmell *et al.* 1991, 1994; Ogalde *et al.* 2010.

<sup>80</sup> Focacci 1982.

<sup>81</sup> Focacci 1983; Muñoz 1995-96.

fundacional de los agricultores del valle de Azapa. A pesar que las poblaciones locales se enfrentaron a un desarrollo cultural como Tiwanaku, su estructura organizativa se desarrolló de acuerdo con sus propios ejes conductuales.

Al final del periodo<sup>82</sup>, paralelo a la desaparición de rasgos Tiwanaku, en los valles de Arica y sur de Perú se observa el surgimiento de nuevas formas y estilos decorativos que señalan diferencias regionales alejadas de los que caracterizaron la influencia altiplánica<sup>83</sup>. La cultura material sugiere una población que alcanzó su identidad propia, por lo cual se le ha denominado cultura Arica. Este proceso de génesis cultural tiene sus raíces en el Periodo Medio como se manifiesta en el componente Maytas/Chiribaya. Este último adquiere cierta notoriedad en los contextos tardíos del Periodo Medio, particularmente hacia 800-900 d.C.<sup>84</sup> cuando aparece el tipo San Miguel temprano, cerámica transicional que integra elementos Maytas/Chiribaya, los que coexisten en el tiempo y espacio con los componentes de la tradición altiplánica Cabuza y Tiwanaku<sup>85</sup>. Maytas/Chiribaya, como el principal exponente de la tradición de Valles Occidentales del Periodo Medio, se vincula fuertemente con tradiciones alfareras del sur de Perú y, en términos estilísticos, es posible trazar su vínculo con la alfarería San Miguel<sup>86</sup>. Es tal vez por esta razón que Maytas/Chiribaya, a diferencia de Cabuza y Tiwanaku, durante el Periodo Medio comienza a aparecer en la costa, un espacio que será ocupado intensivamente por los grupos de la cultura Arica durante el Intermedio Tardío.

### 1.3. *El Periodo Intermedio Tardío en los valles y sierra de Arica: comunidades y cacicazgos locales antes del Inca*

A partir del primer milenio de nuestra era se inicia en los valles costeros del extremo norte de Chile el Periodo Intermedio Tardío, también denominado Desarrollos Regionales en virtud de un florecimiento de las culturas locales<sup>87</sup>. Las identidades locales irrumpen con mayor fuerza, visibles en patrones de cultura material y de asentamiento altamente distintivos, al mismo tiempo que existe una fuerte interacción y movilidad en todos los Andes Centro Sur. En la zona de Arica este periodo está representado por la cultura Arica definida por su distintiva iconografía de cerámica y textiles<sup>88</sup>. Durante varios siglos (ca. 900 y 1.200 años d.C.) entre fines del Periodo Medio y el comienzo del Intermedio Tardío se traslapan los elementos característicos de cada uno, lo que sumado a la evolución de los estilos cerámicos y el comportamiento de los sitios habitacionales, demuestra el origen de la cultura Arica en la tradición de Valles Occidentales del periodo previo<sup>89</sup>.

Los estilos cerámicos que caracterizan a la cultura Arica incluyen los tipos San Miguel, Pocoma y Gentilar. El tipo San Miguel es el más temprano, mientras que Gentilar comien-

<sup>82</sup> Diversas son las hipótesis sobre el término de la cultura Tiwanaku, tales como una crisis social interna o problemas ambientales producto de eventos de aridez con la consecuente disminución de los niveles de las aguas del lago Titicaca y ausencia de lluvias, entre otros, lo que habría llevado a una descentralización en el área nuclear y periferia por parte de las poblaciones que se hallaban dentro de esta esfera cultural (Binford *et al.* 1997; Orloff y Kolata 1993).

<sup>83</sup> Dauelsberg 1972-73a; Schiappacasse *et al.* 1989.

<sup>84</sup> Espouey *et al.* 1995a.

<sup>85</sup> Dauelsberg 1985a:281; Espouey *et al.* 1995b; Uribe 1999a.

<sup>86</sup> Agüero 2000a; Espouey *et al.* 1995a, 1995b; Uribe 1995, 1999a, 2000; Focacci 1982.

<sup>87</sup> Schiappacasse *et al.* 1989:181.

<sup>88</sup> Bird 1943; Dauelsberg 1992-93.

<sup>89</sup> Espouey *et al.* 1995a, 1995b; Muñoz 1982c; Muñoz y Focacci 1985.

za a aparecer algo más tardíamente. Esto llevó a visualizar dos fases, denominadas Arica I y Arica II a partir de las excavaciones estratigráficas realizadas por Bird<sup>90</sup>, lo que es retomado por Dauelsberg como fases San Miguel y Gentilar, respectivamente<sup>91</sup>. Fechados absolutos han replanteado esta división en fases debido a que estos tipos coexisten durante varios siglos<sup>92</sup>. No obstante, es claro que estos estilos se extienden aproximadamente desde 900 hasta 1.450 años d.C., llegando incluso hasta épocas coloniales tempranas, cronología que se apoya en más de 80 dataciones de radiocarbono y termoluminiscencia<sup>93</sup>. A partir de este periodo, además, aparecen otros estilos cerámicos vinculados con las tierras altas como Chilpe, Charcollo y Taltape, entre otros<sup>94</sup>. Los tipos de la cultura Arica fueron definidos originalmente por Dauelsberg<sup>95</sup> y posteriormente han sido precisados en sus características técnicas, iconográficas y estilísticas<sup>96</sup> (Figura 6). El estilo San Miguel corresponde a una alfarería tricolor, negro y rojo sobre revestimiento blanco o crema, confeccionada con pastas arenosas y granulosas con bastantes inclusiones blancas, cocidas en ambiente oxidante regular. Las formas de jarros, cántaros, pocillos y mates son las más diagnósticas. El estilo Pocoma-Gentilar<sup>97</sup> se caracteriza por una decoración en colores negro, rojo y blanco sobre una superficie pulida sin revestimiento y de tonos anaranjados, compuesta por mates, jarros, cántaros y algunas botellas de pastas arenosas a granulosas, de cocción oxidante bastante regular que puede alcanzar una excelente calidad. El estilo Chilpe es una cerámica propia de tierras altas vinculada con la tradición Post Tiwanaku Negro sobre Rojo del altiplano. Se caracteriza por su decoración en negro sobre superficies bruñidas de color rojo, generalmente con formas de escudillas confeccionadas con una pasta muy fina. La decoración incluye espirales, líneas con triángulos, líneas onduladas, cruces y semicírculos dispuestos cerca del borde<sup>98</sup>. Finalmente, el estilo Charcollo corresponde a una cerámica de pasta gruesa y superficies alisadas, con decoración de manchas y brochazos rojos, la que se registra con mayor frecuencia en asentamientos de la precordillera o Altos de Arica<sup>99</sup>. Esta cerámica es distinta del Azapa-Charcollo del Periodo Medio y posiblemente también del Pica-Charcollo del Intermedio Tardío de Tarapacá<sup>100</sup>.

<sup>90</sup> Bird 1946.

<sup>91</sup> Dauelsberg 1972-73a, 1972-73b.

<sup>92</sup> Espouey *et al.* 1995a.

<sup>93</sup> Espouey *et al.* 1995a; Schiappacasse *et al.* 1991; Muñoz y Chacama 1988, 2006; Valenzuela 2013, entre otros.

<sup>94</sup> Una definición pormenorizada de estos tipos puede verse en Romero (2005), Santoro *et al.* (2004) y Schiappacasse *et al.* (1989).

<sup>95</sup> Dauelsberg 1972-73a, 1972-73b; Santoro, Romero y Santos 2001; Schiappacasse *et al.* 1989.

<sup>96</sup> Espouey *et al.* 1995b; Uribe 1999a, 2000.

<sup>97</sup> Pocoma, definido por Munizaga (1957a) y luego por Dauelsberg (1959, 1972-73b) como un tipo transicional entre San Miguel y Gentilar, ha sido integrado por Uribe (1999a) al tipo Gentilar denominándolo "Pocoma Gentilar" debido a que constituirían dos variantes de un mismo estilo.

<sup>98</sup> Dauelsberg 1959.

<sup>99</sup> Muñoz y Chacama 2006; Romero 2005; Santoro *et al.* 2004.

<sup>100</sup> Romero (2005) y Schiappacasse y Niemeyer (2002) han realizado una síntesis del problema de las diversas denominaciones Charcollo. Por otra parte, Ayala y Uribe (1996) y Uribe (2006a) diferencian claramente entre Azapa-Charcollo del Periodo Medio y Pica-Charcollo del Intermedio Tardío, esta última propia de la Región de Tarapacá.

### Cerámica estilo San Miguel



### Cerámica estilo Gentilar



*Figura 6. Alfarería estilos San Miguel y Gentilar, Periodo Intermedio Tardío en valles y costa de Arica. a) Sitio Az-8, tumba 37; b) Sitio Az-6, tumba 204; c) Sitio Az-76, código Masma N° 20523; d) Sitio Az-76, superficial; e) Sitio Playa Miller 3, tumba 91; f) Sector costa sur de Arica, código 24 1595 60; g) Sitio Playa Miller 4, tumba 133; h) Sitio Playa Miller 3 (Museo Regional de Arica).*

Los espacios ocupados por esta población fueron principalmente la costa, valles bajos y sierra<sup>101</sup>. En la costa y valles bajos la economía fue básicamente agromarítima. En la sierra ellos tuvieron un creciente desarrollo en la producción agrícola, lo que se ve avalado por amplias laderas de terrenos cultivados y complejos sistemas de terrazas o andenes y melgas de cultivos, además de un alto grado de especialización en los sistemas de riego, lo que fue complementado con ganadería de camélidos<sup>102</sup>. La producción agrícola estuvo centrada en maíz, ajíes, porotos, jíquimas, camotes, papas y calabazas, además de frutas como pa-

<sup>101</sup> Una opinión distinta es planteada por Santoro *et al.* (2004) y Romero (2005), para quienes la dispersión de la cultura Arica se concentra fundamentalmente en la costa y valles hasta los 2.000 msnm, mientras que en la sierra o precordillera, sobre los 2.000 msnm, se registra otra unidad cultural que ellos denominan Charcollo.

<sup>102</sup> Muñoz y Chacama 2006; Santoro *et al.* 1987; Schiappacasse *et al.* 1989.

caes (*Inga feuillei*) y pepino (*Solanum muricatum*). La población controló el uso del agua asegurando el riego para los cultivos. Los excedentes dejados por las labores agrícolas fueron almacenados en pozos comunales, los que se han registrado en diversos asentamientos habitacionales de Lluta y Azapa. En el valle de Lluta, dado que sus aguas tienen alto contenido de boro, el cultivo se restringió al maíz puesto que posee alta tolerancia a la salinidad de aguas y suelos. Otras especies vegetales, como el ají, camote, zapallo, calabaza, porotos, coca y algodón, debieron ser traídas de otros valles, posiblemente del vecino Azapa. Junto al maíz, una serie de raíces y frutos silvestres como el molle, algarrobo, junquillo y totora también formaron parte de los recursos vegetales explotados<sup>103</sup>. Pequeños rebaños pudieron haber sido mantenidos en las aldeas, a juzgar por la presencia de pequeñas concentraciones de guano<sup>104</sup>.

A diferencia del Periodo Medio, las poblaciones de la cultura Arica vuelven a asentarse en la franja costera, de modo que el impulso económico en el trabajo de la tierra fue complementado significativamente por una intensificación de la explotación de los recursos del mar, tal como se refleja en los conchales o depósitos de basura con abundantes restos de moluscos y pescados, y en las ofrendas de los cementerios con variados objetos ligados a esta actividad tales como anzuelos, arpones, poteras, entre otros. Tal intensificación posiblemente fue impulsada por el desarrollo de la navegación, documentada por la presencia de miniaturas de balsas de madera en ofrendas funerarias, lo que habría permitido extender el área de explotación del litoral e incorporar peces de mar abierto y de profundidad como el congrio, el que se convirtió en un importante producto de intercambio<sup>105</sup>. Horta, sobre la base de un estudio de colecciones funerarias y de análisis de fuentes etnohistóricas, advierte el uso masivo de la balsa de tres palos durante los periodos Intermedio Tardío y Tardío en la costa de Arica<sup>106</sup>.

En síntesis, los asentamientos de los valles de Azapa, Lluta y Camarones evidencian una subsistencia mixta basada en la agricultura, recolección de vegetales silvestres y consumo de recursos costeros. Es importante subrayar que aunque la agricultura fue una base importante de la dieta, los recursos marinos fueron siempre un aporte significativo, como lo evidencian los restos encontrados en las viviendas, tales como vértebras de pescados y restos de conchas hallados en las basuras de los sitios habitacionales, tanto en la costa como en el interior<sup>107</sup>. Además, análisis bioantropológicos y físico-químicos de restos humanos indican un alto consumo alimenticio de recursos marinos<sup>108</sup>.

Esta economía agromarítima, complementada con la ganadería, permitió que los asentamientos poblacionales de la cultura Arica fueran creciendo cada vez más, llegando a estructurarse bajo una organización comunitaria, donde la reciprocidad y la redistribución jugaron un rol importante en las relaciones socioeconómicas<sup>109</sup>. Los antecedentes arquitectónicos, arte-

<sup>103</sup> Santoro 1995; Valenzuela 2013.

<sup>104</sup> Niemeyer y Schiappacasse 1981; Santoro 1995.

<sup>105</sup> Schiappacasse *et al.* 1989.

<sup>106</sup> Horta 2010. Según la autora, la abundancia de la balsa de tres palos en el registro arqueológico durante los periodos Intermedio Tardío y Tardío (1000-1536 d.C.), contrasta con la escasez de referencias etnohistóricas tempranas a este tipo de embarcación. Por el contrario, un número ínfimo de balsas de cuero está documentado en contextos arqueológicos, mientras que sí son descritas por cronistas como Vivar, Cobo, Cieza o Garcilaso para la zona. Ella registró también algunos modelos en totora de balsa de tres palos. Adicionalmente, existe el registro en el valle de Azapa (Muñoz 2004a:264; Muñoz y Focacci 1985:22) de dos balsas de fibra vegetal recuperadas de la aldea San Lorenzo (Azapa 11) y el cementerio Azapa 75.

<sup>107</sup> Muñoz 1989b; Santoro 1995; Valenzuela 2013.

<sup>108</sup> Allison 1989; Aufderheide y Santoro 1999; Roberts *et al.* 2013.

<sup>109</sup> Muñoz 1989b.

sanales, funerarios y económicos contribuyeron a establecer una hegemonía cultural, la que junto con lograr una técnica y expresión en formas, permite inferir una ideología común que condujo a la formación de una estructura política a nivel de unidades territoriales dirigidas tal vez por un jefe, cacique o *curaca*. Esta unidad cultural se habría estructurado con base en la explotación multicológica del territorio y a las relaciones de intercambio entre los distintos grupos que conformaron la cultura Arica<sup>110</sup>. Desde un punto de vista sociopolítico, existe cierto consenso que esta cultura estuvo conformada por cacicazgos independientes<sup>111</sup>, sin embargo el grado de integración y estratificación social que mantuvieron las comunidades de la cultura Arica sigue siendo materia de debate.

Así, por un lado, se ha planteado que en estas comunidades la diferenciación social se fundaba más bien en el prestigio que en el estatus, cuyos líderes carecían de poder político centralizado y heredado, y donde la integración radicaba en la esfera ideológica y cultural más que política, basada en lazos de parentesco, reciprocidad y redistribución, lo que permitió establecer ciertos niveles de alianza y cohesión social<sup>112</sup>. Para el valle de Lluta, Santoro señala que a nivel doméstico no habría evidencias de estratificación social, ni diferencias de riqueza, dieta, estatus, control del tráfico de bienes exóticos; tampoco centralización política ni surgimiento de élites locales, puesto que las viviendas muestran una distribución y acceso homogéneo a bienes y recursos, tanto locales como foráneos<sup>113</sup>. Sin embargo esto no invalida que la producción de cerámica fina Gentilar pudo haber otorgado cierto prestigio a los señores locales facilitándoles un dinámico manejo de la reciprocidad y redistribución<sup>114</sup>. En esta misma línea y con base en antecedentes etnohistóricos, Hidalgo y Focacci propusieron que la unidad iconográfica y estilística cerámica y textil de la cultura Arica extendida por diversos valles sugería la existencia de una confederación de cacicazgos políticamente independientes<sup>115</sup>.

A diferencia de este valle, en Azapa los patrones de asentamiento indican que la organización sociopolítica habría sido más compleja, según consta por la existencia de poblados de mayor jerarquía como San Lorenzo<sup>116</sup>. En dicho poblado existe un muro divisorio que separó la aldea en dos sectores, uno central y otro periférico, lo que sugiere cierta división social entre sus pobladores. El primer sector se distingue por estar enclavado en un abrupto montículo que se ubica en la parte central de la aldea, permitiendo una posición estratégica en altura, que dominaba el área y facilitaba las comunicaciones con otros asentamientos del valle. Posiblemente este espacio fue ocupado por los individuos que controlaban el poblado, donde se enterraron ciertos dirigentes o personajes de mayor jerarquía dentro de la estructura política. Una evidencia para probar esta hipótesis sería la presencia de un entierro excepcional, depositado en una sofisticada estructura de piedra que quizás perteneció a un personaje de importancia de la aldea y al ser enterrado allí dio un significado político al lugar (cista 1-x).

<sup>110</sup> Schiappacasse *et al.* (1989) señalan que la información arqueológica en el sector medio y en la cabecera del valle de Camarones durante el Período Intermedio Tardío ha confirmado la coexistencia de una población agrícola "yanga" representada por la cultura Arica, junto a otras forjadas vinculadas al Altiplano Meridional en momentos ambivalentes de conflicto y de integración.

<sup>111</sup> Muñoz 2004a; Romero 2005; Santoro *et al.* 2004; Schiappacasse *et al.* 1989.

<sup>112</sup> Romero 2005; Santoro 1995; Santoro *et al.* 2004, 2009; Valenzuela 2013; véase también Nielsen 2006a.

<sup>113</sup> Santoro 1995.

<sup>114</sup> Romero 2002.

<sup>115</sup> Hidalgo y Focacci 1986.

<sup>116</sup> Muñoz 2004a.

Este entierro se ubicaba en la cima del cerro, en un espacio que conforma una pequeña plaza donde convergen las estructuras habitacionales. En cuanto a los sectores circundantes al muro perimetral, allí no se encontraron tumbas excepcionales, ni tampoco grandes pozos de almacenaje, siendo posible que en este sector se haya concentrado solo la población dedicada al manejo productivo, como agricultores y pescadores. Otro antecedente que sugiere la existencia de ciertos personajes con importancia social es la tumba 123 del cementerio Azapa 75, donde se enterró un individuo masculino acompañado por un rico y novedoso ajuar donde sobresalen dos figuras de madera. La figura menor exhibe un gorro de cuatro puntas, peinado de largas trenzas y el lóbulo de la oreja deformado, representando a un posible jefe u "orejón"<sup>117</sup>. La tumba, de forma rectangular con orientación este a oeste y con 8 m de largo, fue sellada por una cubierta de caña, unida por cuerdas de cuero y reforzada por una gruesa manta, de color café oscuro y blanco y una estera de junquillo. Está revestida por lajas unidas por argamasa de ceniza, barro y fibra vegetal. El piso está seccionado en dos áreas. La sección orientada hacia el este estaba tapizada con fibra vegetal.

A partir de la organización del espacio se infiere una organización dual de las poblaciones del Periodo Intermedio Tardío. El análisis de los componentes cerámicos, funerarios y arquitectónicos de mayor complejidad como San Lorenzo así lo sugieren. Esta aldea se asentó sobre dos montículos delimitados por un muro perimetral. Sin embargo esta delimitación no se asocia a un estilo determinado de cerámica ni tejido, ya que estos se distribuyen en ambos sectores. Lo que sí muestra una división sectorizada son los entierros: por un lado, tumbas con cerámica Maytas/Chiribaya y ofrendas de productos agrícolas y restos de camélidos, como patas de llamas; y por otro, entierros con cerámica San Miguel y ofrendas con elementos orientados a una especialización agrícola y explotación de recursos marinos. Esta delimitación pudo haber tenido el propósito de diferenciar socialmente a los grupos asentados, así como también referir a la división dual del espacio.

En el caso del valle de Lluta la distribución de los asentamientos en los tramos bajo y medio-alto presenta una clara diferenciación espacial distinguiéndose los poblados de caña y totora de aquellos con recintos pircados<sup>118</sup>. En el tramo bajo (hasta los 900 msnm) los poblados tienen una arquitectura de recintos de planta rectangular con muros de caña, totora y postes de madera. Aquí se distinguen dos tipos: de planificación simple y compleja. En el primero, asentamientos como Morro Negro, Rosario 1, Rosario 3, Molle Pampa Oeste y Molle Pampa Medio, se emplazan en laderas abruptas y muestran una planificación simple, oportunista y utilitaria. En los poblados de planificación compleja, sitios tales como Caquena, Rosario 2, Molle Pampa Este, Vila Vila Norte y Km 41, las estructuras se emplazan en laderas de menor pendiente, sobre plataformas artificiales reforzadas a veces por muros de contención de piedras, con un nivel de organización espacial más compleja y sectores funerarios y habitacionales claramente separados. En el tramo medio-alto (entre 950 y 1.500 msnm), los poblados fueron construidos con recintos de planta elíptica a semicircular, socavada y con divisiones internas, con muros de piedra sin argamasa, de una a dos hiladas, emplazados en terrazas altas y de suave pendiente, tales como Poblado Millune, Sora Sur, Vinto 4 y Vinto 1-2, los que muestran una compleja organización espacial, con una clara sectorización de las áreas

<sup>117</sup> Muñoz y Focacci (1985) señalan que en la sociedad incaica como en los collas quienes llevaban la oreja deformada se identificaban como personajes de categoría política y religiosa.

<sup>118</sup> Romero *et al.* 2000; Santoro *et al.* 2009.

de vivienda, funerarias y almacenaje. Mientras los poblados de los sectores bajos muestran un predominio de componentes cerámicos locales de la cultura Arica con escasos elementos foráneos, los asentamientos del sector medio exhiben una variedad de componentes locales y de tierras altas. Las fechas radiocarbónicas obtenidas para los estratos del Intermedio Tardío de estos poblados indican una ocupación entre ca. 1.300 y 1.400 años d.C., asociado a cerámica San Miguel, Gentilar, Pocomá, Chilpe, Charcollo y Pica Charcollo, mostrando vínculos con tierras altas de Arica y Tarapacá<sup>119</sup>.

En la costa sur de Arica el asentamiento La Capilla 4 se caracteriza por un denso basal (sector A) cuyas fechas más antiguas se remontan a 700 años d.C. y las tardías a cerca de 1.200 años d.C.<sup>120</sup>. Junto a este depósito se hallaron dos pisos de ocupación habitacional conformados por fogones, restos de alimentos (vértebras de pescado y conchas marinas), restos de totora trenzada y maderos dispuestos en posición vertical. De acuerdo con estas evidencias se trataría de un campamento de pescadores de la cultura Arica, los que mantendrían una estrecha relación con los agricultores del valle de Azapa. En este valle existen dos tipos de asentamientos para el periodo, los que se ubican preferentemente en las terrazas fluviales y faldeos de los cerros como es el caso de Azapa 29 (parcela Tonko Olivares), donde también se han registrado recintos con muros de caña de forma rectangular y con muros divisorios en su interior. Aquí, además, se encontraron hornos para cocer cerámica, espátulas, hilados y ovillos de lana de camélido, instrumentos para hilar y tejer, lo cual sugiere una actividad alfarera y textil bastante especializada<sup>121</sup>. Otro tipo de asentamiento, como Azapa 28 o Cerro Sombrero, se ubica en la mitad de la ladera. En esta aldea las viviendas fueron construidas sobre una terraza de piedra, cuyo propósito era nivelar el terreno abrupto<sup>122</sup>. Restos de camadas de totora y junquillos trenzados en los extremos son indicadores de techumbres. Los fogones donde prepararon y consumieron alimentos se caracterizan por capas de cenizas y restos de comida, hallándose en algunos recintos pozos de almacenaje correspondientes a surcos de aproximadamente 40 cm de profundidad, varios de los cuales contienen restos de maíz, porotos, calabazas y molle. Estos productos, al parecer, fueron destinados a formar parte de una economía dentro de los grupos suprafamiliares. Al margen de estos dos tipos de asentamientos, el complejo habitacional de San Lorenzo en el valle de Azapa construido a fines del Periodo Medio, mantuvo continuidad durante los primeros siglos del Intermedio Tardío (800-1.000 d.C.)<sup>123</sup>. De acuerdo con el análisis arquitectónico, se ha interpretado como una aldea consolidada y de estructura rígida con vías de circulación y lugares públicos muy determinados, además de poseer un muro perimetral de demarcación y separación. Las viviendas poseen un desarrollo avanzado tanto en su tecnología como en su manufactura<sup>124</sup>. Las bases de las viviendas contienen ángulos rectos, lo que permite una buena utilización del terreno (Figura 7). Su construcción sobre un cerro fue posible gracias a un elaborado tipo de aterramiento que permitió desarrollar las actividades sobre un plano

<sup>119</sup> Romero *et al.* 2000; Santoro *et al.* 2004, 2009; Valenzuela 2013.

<sup>120</sup> Muñoz 1982b.

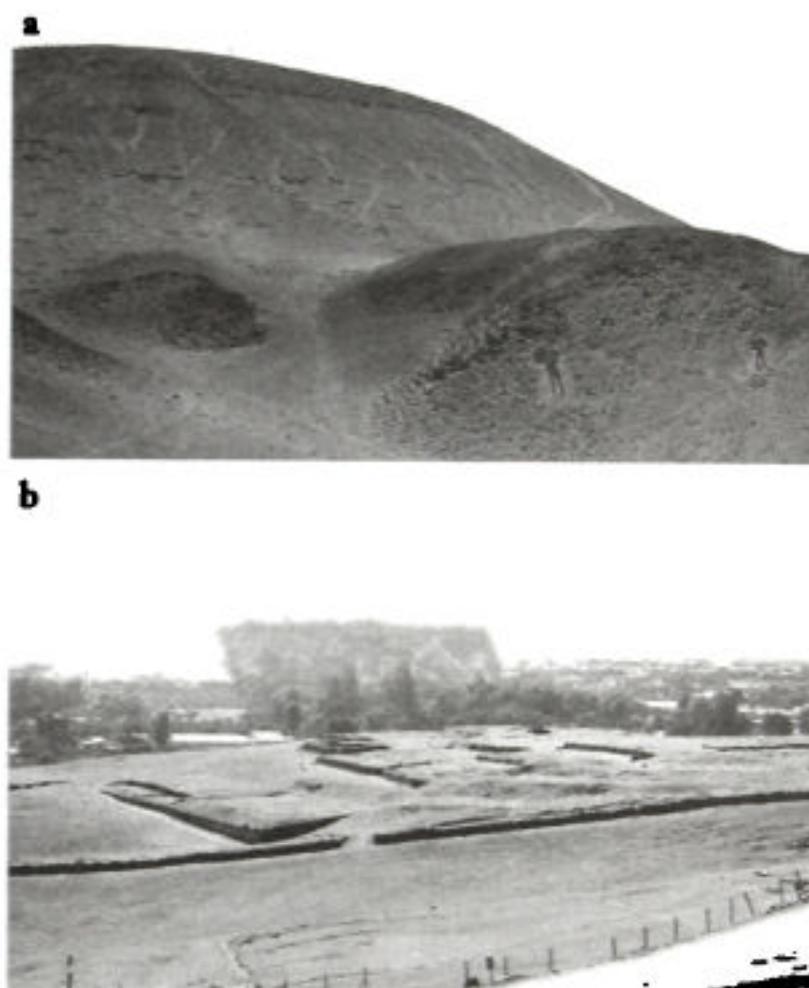
<sup>121</sup> Santos (1989), al analizar evidencias de fogones en la terraza sur de la desembocadura del río Camarones, considerando las condiciones atmosféricas y la existencia de una veta de arcilla, plantea la posibilidad de que dichos fogones fueron utilizados como hornos para cocer cerámica, además, en esta misma desembocadura, Schiappacasse y Niemeyer (1989) plantean que hubo una orientación artesanal basada en la metalurgia, alcanzando cierta importancia a juzgar por los moldes de fundición.

<sup>122</sup> Muñoz 1981.

<sup>123</sup> Muñoz y Focacci 1985; Muñoz 2004b.

<sup>124</sup> Muñoz 2004b.

horizontal, lo cual habría creado un sistema básico de terrazas escalonadas. La ocupación del cerro a través de terrazas permitió que las más altas se utilizaran como espacios ceremoniales realizándose sacrificios de camélidos y entierros humanos en cistas.



*Figura 7. a) Asentamiento Az-28, Cerro Sombrero, Valle de Azapa: sección habitacional oeste asociada con paneles de geoglifos, figuras antropomorfas y zoomorfas; b) Asentamiento Az-11, San Lorenzo, Valle de Azapa: vista de suroeste a noreste de los niveles aterrazados.*

Contemporáneamente, en la desembocadura del río Camarones se conocen dos asentamientos vinculados a la cultura Arica. El primero, denominado Terraza Sur, fue construido con material ligero como la caña; el segundo, denominado Punta Norte, fue construido con cimientos de piedras sobre los que se levantaron las chozas. Ambos poblados habrían sido ocupados por pescadores que mantenían una integración económica y dependencia política con los agricultores de ese mismo valle<sup>125</sup>. En el sector medio del valle de Camarones los poblados se ubicaron cerca de las vertientes, en terrazas, separados unos de otros por 6 a 10 km<sup>126</sup>, en general, sobre elevaciones de difícil acceso y presentando muros defensivos al modo de *puccaras* como Huancarane. Los recintos están aglutinados y sus plantas son de forma rectangular o elíptica; en ellos se distinguen sectores de basuras y corrales. Otros poblados no

<sup>125</sup> Schiappacasse y Niemeyer 1989.

<sup>126</sup> Schiappacasse *et al.* 1989.

presentan disposiciones defensivas, teniendo los recintos plantas de forma circular, aunque están asociados a emplazamientos de cumbre o pucaras, con muros y fosos de defensa. En estos poblados se hallan grandes tinajas y depósitos subterráneos; su entorno está delimitado por un sistema de eras y canales de regadío. La superficie de estos poblados varía de media a cuatro hectáreas y el número de recintos sobrepasa el centenar<sup>127</sup>. Cada uno de estos poblados también fue punto de parada de caravaneros y pastores; se asocian con rutas y caminos que cubrieron extensos transectos entre la puna y la costa. Factores esenciales para unir un punto con otro en este amplio espacio desértico fueron determinadas construcciones ordenadoras o indicadores espaciales como las *apachetas*, *markas*, *pashanas* y *tambos*, que permitieron el descanso y reabastecimiento, así como las imágenes plasmadas en grabados y geoglifos ofrendados a los cerros significativos del paisaje que presentaban una amplia visibilidad.

Los lugares de entierro fueron los faldeos del cerro cercano donde vivía la población; los cuerpos fueron depositados en fosas de forma cilíndrica o ampollar, selladas por lajas de piedra, las cuales conservan en la cara inferior restos de sorona (*Tessaria absinthoides*). Los cuerpos se depositaron a una profundidad aproximada de 1,20 m en posición decúbito lateral con las piernas flexionadas, envueltos en túnicas con decoración de listas y tejidas en lana de camélido, formando fardos amarrados con trenzas de totora. Las ofrendas están constituidas por restos de producción y tecnologías para labores agromarítimas; en especial por cerámica San Miguel, junto con cestería, capachos y bolsas tejidas en lana, conteniendo alimentos en su interior y algunas ofrendas de patas y orejas de camélido depositadas en cestos. Estas tumbas, por lo general, están selladas por una gran piedra plana cubierta con barro y fibra vegetal; algunas presentan un cordel de fibra vegetal, el que en un extremo está amarrado a la altura de la cabeza del difunto, constituyéndose en un elemento representativo de carácter simbólico del patrón funerario de estas poblaciones.

Las tumbas donde se ofrendó cerámica Pocoma Gentilar presentan similitudes con los entierros San Miguel, sin embargo algunas de ellas tienen en su interior restos de argamasa. Los cuerpos están depositados a un metro de profundidad aproximadamente, en posición sentada con las piernas flexionadas, envueltos en túnicas decoradas con listas de colores café claro, rojo y verde. Las ofrendas consisten en artesanías diversas como cerámica, además de bolsas decoradas y cestos con formas de platos y *pucos*. Se halla una variedad de productos agromarítimos y artefactos relacionados como palos aguzados, miniaturas de balsas de totora y de maderas manufacturadas basadas en tres palos, pintadas con franjas rojas formando parte de las ofrendas, así como restos de animales producto de la caza y crianza de estos, tales como cuyes, patas de llamas y restos de huesos de aves.

La población de hombres y mujeres que caracteriza este periodo, tanto en valle como en la costa, mantiene una estatura estándar similar a los periodos Formativo y Medio. Entre las enfermedades y patologías, se observan casos de procesos degenerativos de las articulaciones, siendo la columna vertebral la región corporal más afectada en ambos sexos. Otras patologías las constituyen fracturas que lograron la regeneración del tejido óseo y lesiones de origen infeccioso que determinan casos de osteítis y osteoporosis. Al igual que los periodos

<sup>127</sup> Niemeyer y Schiappacasse (1981) al describir los poblados de Huancarane en el valle de Camarones señalan diferencias entre estos asentamientos: por ejemplo, el poblado Huancarane I vinculado a la cultura Arica a través de la cerámica de estilo San Miguel, Pocoma y Gentilar, se enclava en altura, con un muro defensivo y recintos de formas circulares, aglutinados unos con otros. En cambio Huancarane 2 no presenta recintos aglutinados ni disposiciones defensivas y la cerámica en superficie se caracteriza por el estilo Negro sobre Rojo.

previos, las principales causas de muerte están dadas por enfermedades respiratorias, como bronconeumonía y sus complicaciones. Además hay registros de huellas de *Salmonella* Antigua tipo D, patología originada por la contaminación de comidas, agua o incidencia de animales domésticos. Las enfermedades gastrointestinales aumentaron desde 18% a 25% debido a la introducción de epidemias como la tifoidea o disenterías bacterianas y virales<sup>128</sup>. También se registran niveles de mortandad en mujeres parturientas, posiblemente debido a condiciones de higiene.

Junto con las prácticas agrícolas y marítimas, otro de los rasgos característicos de esta época fue la intensa interacción y movilidad existente entre diversos espacios<sup>129</sup>. Junto con las rutas marinas a través de la navegación, las vías terrestres fueron un medio clave para el transporte de bienes, tanto a través de caravanas de llamas como por medio del transporte pedestre usando capachos, este último usado preferentemente en el tráfico local costa-valle<sup>130</sup>. Uno de los indicadores claves de esta intensa interacción ha sido la presencia de objetos y recursos foráneos tales como minerales y metales, cerámica Chilpe y Charcollo, obsidiana, plumas de aves altoandinas, entre otros. Además, estos circuitos interregionales alcanzaron regiones tan lejanas como las tierras bajas de la vertiente oriental andina, a juzgar por la presencia de semillas de *huairuro*, plumas de aves tropicales, madera de *chonta* (*Iriarte adeltoidea*) y el hallazgo de un mono de la especie *Alouatta seniculus*, posiblemente como resultado de movimientos de poblaciones ganaderas del Altiplano Meridional<sup>131</sup>.

Estas relaciones se hallan documentadas en varios sitios con arte rupestre, incluyendo geoglifos, grabados y pinturas distribuidos principalmente en los sectores medio y bajo de los valles, los que jugaron un rol relevante en los circuitos de movilidad<sup>132</sup>. De ellos se infiere el tráfico que involucró a las comunidades locales y de tierras interiores. Si bien esto debió haber sido operado por grupos de pastores altoandinos, los grupos locales igualmente habrían participado activamente de este proceso. Algunos sitios con petroglifos como Rosario (Lluta 38) en el valle de Lluta y San Lorenzo, Cerro Sombrero y Las Ánimas en el valle de Azapa, Ofragía 1 y 2 en el valle de Codpa, y Huancarane y Pampanune en el valle de Camarones, sugieren que estos sitios pudieron haber funcionado como espacios de agregación y puntos de articulación en este tráfico caravanero (Figura 8). En el mismo valle de Lluta el sitio con grabados Cruces de Molinos (Lluta 43) parece haber sido, en cambio, un lugar ritual exclusivo de caravaneros, debido a su asociación directa con huellas caravaneras, a su iconografía especializada y al hallazgo de una ofrenda de restos de camélidos bajo un bloque rocoso<sup>133</sup>. Otros sitios con grabados como Intine, Sora Norte y Marka Vilavila en Lluta, evidencian un tráfico local que se articulaba directamente con rutas interregionales mayores<sup>134</sup>. En el contexto de este intercambio, las poblaciones del valle de Lluta habrían mantenido vínculos de largo plazo con grupos de tierras altas dentro de un sistema de interacción descentralizado, por lo que el amplio conjunto de elementos externos recuperados de las viviendas puede ser

<sup>128</sup> Allison 1989.

<sup>129</sup> Berenguer 2004a; Briones *et al.* 2005; Nielsen 2006b; Núñez y Dillehay 1979; Núñez 1976b, 2007; Schiappacasse *et al.* 1989.

<sup>130</sup> Horta 2000; Valenzuela *et al.* 2011.

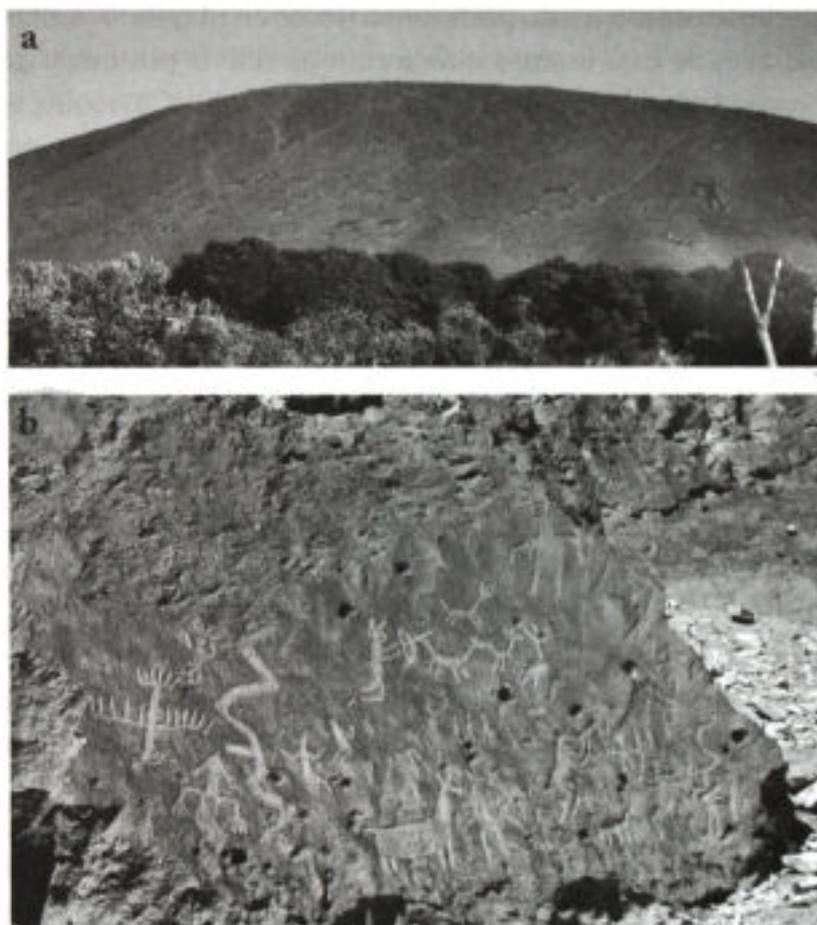
<sup>131</sup> Muñoz 1983; Santoro 1995.

<sup>132</sup> Briones 2006; Muñoz y Briones 1996; Valenzuela *et al.* 2011.

<sup>133</sup> Valenzuela 2013; Valenzuela *et al.* 2011.

<sup>134</sup> Muñoz y Briones 1996; Valenzuela *et al.* 2011.

entendido como el resultado de este intercambio y no por presencia de colonias foráneas<sup>135</sup>. Los patrones de cerámica decorada, tipos de pastas, tipos de asentamiento y arquitectura han permitido postular que el tramo bajo del valle fue controlado por una población local (cultura Arica), mientras que el sector medio habría sido un espacio de ocupación compartida por serranos, altiplánicos y locales<sup>136</sup>. Complementariamente, los geoglifos del sector medio del valle de Azapa, son indicadores de un tráfico caravanero que tuvo ciertos puntos de conexión, como la aldea de Cerro Sombrero, la cual parece haber tenido la función de *marka* donde se habría centralizado el intercambio de productos agrícolas y costeros<sup>137</sup>. En el valle de Camarones esta dinámica está representada en el poblado de Pampanune que correspondería a un punto de descanso en el tránsito entre el valle y la sierra<sup>138</sup>.



*Figura 8. a) Geoglifos La Tropilla en sitio Azapa 63, Cerro Sombrero, valle de Azapa: figuras antropomorfas y zoomorfas en técnica aditiva; b) Petroglifo en sitio Rosario, valle de Lluta: tallado bajo relieve de figuras antropomorfas, zoomorfas y geométricas.*

<sup>135</sup> Santoro *et al.* 2004, 2009.

<sup>136</sup> El estudio de Romero *et al.* (2000) en el valle sobre los patrones de cerámica decorada, tipos de pastas, de asentamiento y arquitectura ha permitido postular que el tramo bajo del valle fue controlado por una población local (cultura Arica), mientras que el sector medio habría sido un espacio de ocupación compartida por serranos, altiplánicos y locales (Santoro *et al.* 2009, 2010).

<sup>137</sup> Muñoz 1981.

<sup>138</sup> Niemeyer y Schiappacasse 1981.

Los aspectos ideológicos de las comunidades del Intermedio Tardío en los valles de Arica se pueden observar a través de una serie de elementos como la cerámica, los tejidos y las representaciones rupestres. En el caso del arte rupestre, por ejemplo, los grabados se localizan en los sectores de asentamientos próximos a los recursos de agua, como es el caso de Cerro Chuño, Las Ánimas, San Lorenzo y Chamarcusiña, en el valle de Azapa, Huancarane y Taltape en el valle de Camarones, Ofragía y Cerro Blanco en el valle de Codpa, y Rosario e Intine en el valle de Lluta<sup>139</sup>. En ellos observamos representaciones de la vida cotidiana como escenas de caza, pastoreo y caravaneo. También es significativa la presencia de figuras con atributos de poder, tales como adornos, tocados y otros atributos corporales, o que portan objetos como báculos o hachas. Las escenas de personajes portando arcos y flechas son comunes en varios de estos sitios, las que pudieron corresponder a enfrentamientos reales o rituales. Animales de importancia simbólica, como cóndores, aves antropomorfizadas, serpientes, lagartos y monos-músicos, son relevantes en las figuras de estos sitios y posiblemente reflejen deidades o seres "sagrados"<sup>140</sup>. Además existe un arte rupestre distintivo del espacio doméstico, análogo a lo que ocurre en el arte rupestre habitacional de Tarapacá<sup>141</sup>. Se trata de bloques de muy baja visibilidad, de tamaños pequeños, localizados dentro de aldeas agrícolas como Millune, Vinto y Sora Sur en Lluta, o Achuyo y Chilpe en el valle de Azapa. Estos bloques se localizan junto a las viviendas y exhiben representaciones de *cochas*, acequias y campos de cultivos, por lo que posiblemente se vinculen con ritos agrícolas asociados con la fertilidad de la tierra y agua<sup>142</sup>.

Las expresiones simbólicas e ideológicas también se reflejan en la textilería que, durante este periodo alcanza su mayor complejidad, especialmente a través de la iconografía con representaciones zoomorfas como serpientes, monos, camélidos, felinos, anuros, arañas, entre otros, junto a figuras antropomorfas y geométricas que se organizan al interior de listas o en toda la superficie de las prendas, en la mayoría de los casos usando la técnica de faz de urdimbre y urdimbres complementarias para las zonas decoradas. Algunas de estas figuras se repiten en la confección de la cerámica especialmente en el estilo Gentilar, aunque ya están presentes en la alfarería San Miguel. Esta riqueza de motivos demuestra que durante el Periodo Intermedio Tardío, los Valles Occidentales fueron puntos clave de convergencia y comunicaciones entre centros de la costa, altiplano y tierras cálidas orientales, donde nuevas ideas como los diseños de animales y figuras antropomorfas se plasmaron en la vestimenta y otros objetos artesanales (Figura 9).

### 1.3.1. La ocupación de la sierra

Las poblaciones de la cultura Arica, asentadas en los valles costeros de Lluta, Azapa, Codpa y Camarones, gradualmente se establecieron en las cabeceras de valles y sierra de Arica, con el propósito de agriculturizar dichas cabeceras situadas sobre 2.800 msnm<sup>143</sup>. Para tal efecto se situaron en la cima de los cerros y laderas de estos. Los poblados de Pubrisa, Pucara de Charpicollo, Huaihuarani, Saxamar, Incauta, Vila Vila 1, 2 y 3, son ejemplos de una extensa red de poblados que en su conjunto forman un eje divisorio y a su vez articulador de los espacios

<sup>139</sup> Muñoz y Briones 1996; Niemeyer y Schiappacasse 1981; Romero 1996; Valenzuela *et al.* 2006.

<sup>140</sup> Muñoz y Briones 1996.

<sup>141</sup> Valenzuela *et al.* 2006; Vilches y Cabello 2006a, 2011.

<sup>142</sup> Valenzuela *et al.* 2004, 2006.

<sup>143</sup> Una interpretación distinta de la ocupación de la sierra se puede ver en Santoro *et al.* (2004) y Romero (2005), quienes plantean la ocupación de la sierra como un proceso independiente de las tierras bajas.

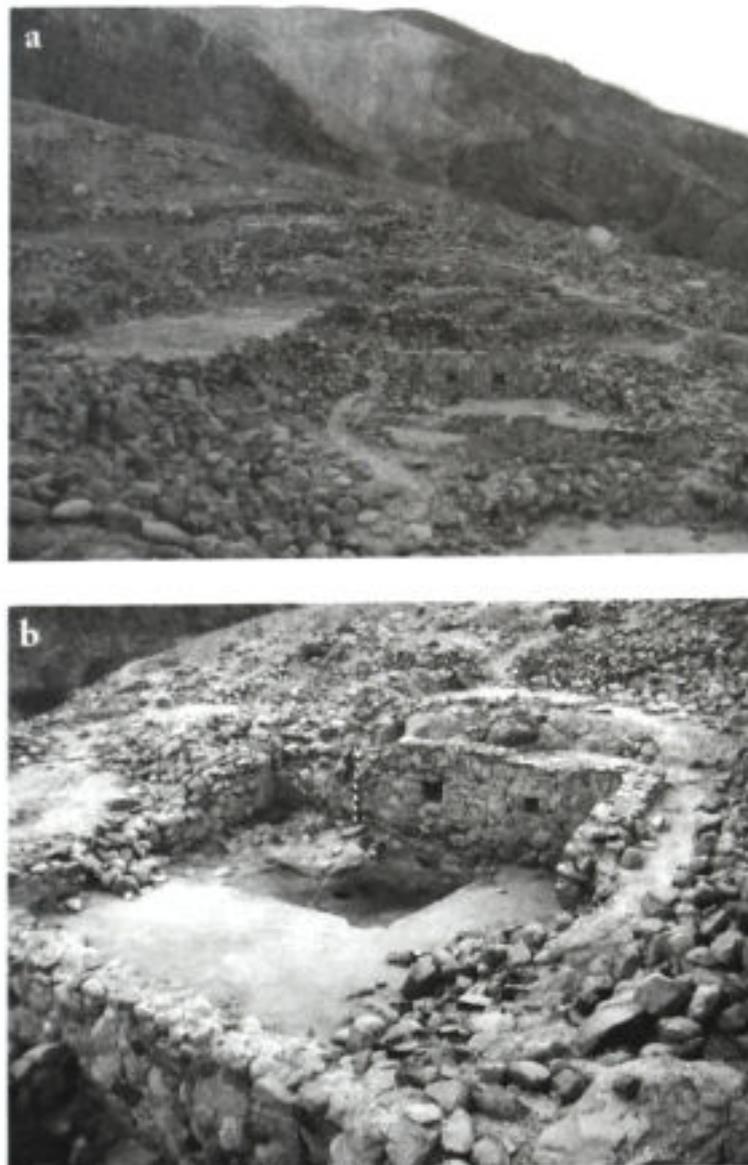
de puna y valles costeros, a través de lo que hemos llamado la Ruta Precordillerana<sup>144</sup> (Figura 10). Sus aldeas fueron construidas con recintos de forma circular con muros simples y dobles, en cuyo interior hallamos distintas áreas de actividad vinculadas a preparación y consumo de alimentos, además de dormir y descansar. Sin embargo, constatamos que gran parte de su actividad cotidiana se generó en las chacras y en las áreas de convergencia comunal como las plazas y recintos ceremoniales<sup>145</sup>. En los sectores laterales a las aldeas enterraron a sus muertos en tumbas cavadas en fosas, algunas recubiertas con piedras y lajas puestas en la superficie.



*Figura 9. Tejidos y deformador facial del Periodo Intermedio Tardío en valles y costa de Arica. a) Sitio Playa Miller (código Masma N° 27204). Bolsa faja de lana con decoración antropomorfa, zoomorfa y geométrica distribuidas en paneles; b) Sitio Playa Miller 9: bolsa chuspa de lana decorada en listados e iconografía antropomorfa y zoomorfa; c) Sitio Playa Miller 9: bolsa chuspa de lana decorada en listados e iconografía antropomorfa y geométrica; d) Masma 43:133: bolsa chuspa de lana decorada en listados e iconografía antropomorfa y zoomorfa; e) Sitio Azapa 11: sección frontal de deformador facial, cañas embarriladas en algodón y lana.*

<sup>144</sup> Fechados obtenidos de muestras cerámicas de estos sitios los sitúan entre los años 1.170 y 1.440 d.C. (Muñoz y Chacama 1988, 2006). La ruta precordillerana fue descrita por Muñoz y Briones (1996).

<sup>145</sup> Muñoz 2007.



*Figura 10. Asentamiento de Pubrisa, quebrada de Livilcar.*

*a) Distribución espacial de recintos, sección este y sur próximos a la Kallanka. Al fondo, bloque con petroglifos; b) Detalle arquitectura y ornamentos en muro nor-noroeste del edificio de la Kallanka.*

La cultura Arica al ocupar los espacios donde había agua habrían provocado momentos de tensión y conflicto por el control de dicho recurso. Quizás esta sería una de las razones de por qué construyeron pucaras o aldeas defensivas en la cima de los cerros. Los asentamientos se insertaron dentro de una red de senderos que conforman la columna vertebral sobre el cual se articularon los poblados. Construyeron extensas terrazas y canales de regadío, lo cual se combinó con la crianza de camélidos, evidenciada por los corrales existentes en torno a las aldeas. Todo ello constituyó su base económica sobre el cual se asentaron los pobladores de la cultura Arica en la sierra y cabeceras de valle entre los años 1.100 y 1.400 d.C.

Organizadas las poblaciones de la cultura Arica en la sierra y cabeceras de valles aproximadamente a partir del 1.200 d.C., diversos grupos humanos provenientes del altiplano comenzaron a ocupar territorios en las cabeceras de los valles de Arica. Tal vez sean los ancestros de grupos de habla aymara que en tiempos de la Colonia fueron identificados como Carangas, Pacajes y Lupacas, cuyos rasgos arqueológicos más diagnósticos corresponden a una cerámi-

ca de engobes rojos con decoraciones negro conocido como horizonte Negro sobre Rojo en el altiplano, edificaciones de *chullpas* de barro y piedra y emplazamientos habitacionales enclavados en cimas de cerros. Estos grupos, una vez que se desprendieron de la hegemonía Tiwanaku, organizaron su economía en virtud de sus necesidades, motivo por el cual las tierras de la vertiente oriental y occidental andina fueron parte fundamental de su estrategia económica, para la cual explotaron dichos valles y la costa del Pacífico, con el fin de obtener frutas, maíz, legumbres, hortalizas, productos marinos y pescado, los que eran secados y llevados a tierras altiplánicas, al igual que el guano de aves del litoral utilizado como fertilizante.

Las poblaciones Carangas al parecer fueron las que tuvieron mayor presencia en las cabeceras de valle y sierra de Arica desde tiempos prehispánicos, según los datos proporcionados por los estudios etnohistóricos y arqueológicos<sup>146</sup>. Aunque los orígenes de Carangas son aún inciertos, se sabe que este grupo étnico constituyó una entidad política de gran alcance y complejidad antes de la instauración del Estado incaico, lo que le ha valido la denominación de señorío<sup>147</sup>. Carangas, al igual que otras organizaciones políticas, como Lupacas y Pacajes, habrían utilizado el control territorial de diversos pisos ecológicos<sup>148</sup>. La ocupación de estas zonas por parte de las poblaciones altiplánicas fue gradual, siguiendo el patrón de ocupar enclaves por colonias o grupos familiares, algunos de los cuales se habrían asentado en espacios inclusive ocupados por las poblaciones de la cultura Arica<sup>149</sup>. Uno de los bienes más representativos de la influencia altiplánica, aparte de la lana, cuero y carne de camélido, fue la alfarería Negro sobre engobe Rojo decorada con líneas geométricas y motivos zoomorfos, cerámica que ha sido definida entre otros estilos como Chilpe, Saxamar y Engobes Rojos<sup>150</sup>. La presencia de estas cerámicas de tierras altas en los asentamientos habitacionales de valles bajos ha sido interpretada como la coexistencia de poblaciones diferenciadas en los valles costeros o bien como producto de interacción y relaciones de intercambio<sup>151</sup>.

Sobre la ocupación del espacio territorial de las tierras altas de Arica por parte de los Carangas en el momento de la Conquista, un testimonio administrativo de 1569 declara que "tienen puestos sus mitimaes en las cabeceras de los valles de Arica para hacer sus sementeras de maíz". Sobre la relación núcleo-colonia, un segundo documento de 1612 señala el reclamo de los curacas del pueblo de Carangas de Turco "sobre el control del pueblo de Belén en la sierra de Arica", el que aún operaba como una colonia altiplánica oficialmente reconocida en plena jurisdicción de un corregimiento costero<sup>152</sup>.

Estas poblaciones altiplánicas construyeron sus viviendas siguiendo el patrón local serrano, lo cual demuestra que hubo una estrategia de tomar el modelo regional como una forma que facilitara la integración con las poblaciones locales. Quizás algunas diferencias en arquitectura se aprecian en la construcción de separaciones interiores, algunas con pasillos en for-

<sup>146</sup> Durston e Hidalgo 1999; Hidalgo y Durston 2004; Muñoz 1996b; Rivière 1982; Santoro *et al.* 2009.

<sup>147</sup> Michel 2000; Rivière 1982. Una opinión distinta sobre los llamados "señoríos altiplánicos" de época post Tiwanaku, se puede ver en Nielsen 2006a.

<sup>148</sup> Hidalgo y Durston (2004) señalan que la intromisión Caranga "[...] correspondería al caso II del archipiélago vertical de la tipología de Murra ejemplificado por el señorío Lupaqa (Murra 1975a: 79-80)". Por otro lado, plantean que: "El modelo de organización étnica de los Carangas al parecer estuvo dividida en unidades segmentarias de distintos niveles los que se organizaron en una compleja jerarquía atravesado por principios de oposición dual" (2004: 510).

<sup>149</sup> Es el caso de los mayores poblados en términos de recintos como Saxamar, Huaihuarani e Incauta (Muñoz 2005a; Muñoz y Chacama 2006).

<sup>150</sup> Muñoz 1996b; Muñoz y Chacama 2006.

<sup>151</sup> Muñoz 1987b, 1989b; Horta 1997; Romero 2005; Romero *et al.* 2000; Santoro 1995; Santoro *et al.* 2004, 2009, 2010; Uribe 1999a.

<sup>152</sup> Hidalgo y Durston 2004:510-511.

ma de coma<sup>153</sup>. Al igual que las habitaciones, trataron de construir sus cementerios similares a los de la cultura Arica, es decir, en cistas; sin embargo, también construyeron *chullpas* de barro y piedras, levantadas sobre el piso. Este tipo de *chullpas* de barro está presente en las localidades de Zapahuira, Caillama, Incauta y Miñita, en la sierra de Arica<sup>154</sup> (Figura 11). A diferencia de los grupos locales, tenían sus centros administrativos en el altiplano enviando sus colonos a poblar los valles serranos y costeros a manera de archipiélagos; al parecer estos grupos estuvieron organizados por jefes que establecieron contacto con los grupos de valles serranos aportando ideas que se materializaron en los trabajos agrícolas y ganaderos. Como parte de esta reciprocidad es probable que estos grupos hayan recibido tierras agrícolas y espacios para asentarse. En la medida que estas poblaciones se fueron asentando y organizando, lograron gradualmente un aumento poblacional en el tiempo, estableciendo alianzas multiétnicas con las poblaciones locales que permitieron poblar más densamente el espacio serrano.



*Figura 11. a) Asentamiento Poblado de Caillama, quebrada de Caillama, área de Chapiquiña. Vista de promontorio, flancos norte y este. En primer plano el sector funerario compuesto de chullpas cistadas y de adobe sobre superficie; b) Vista hacia la quebrada de Millune desde recintos del poblado de Caillama.*

<sup>153</sup> Una reconstrucción hipotética de vivienda del poblado de Chapicollo se encuentra en Muñoz y Chacama 2006:136).

<sup>154</sup> Muñoz y Chacama 2006; Romero 2005.

Un vez establecido este poblamiento altiplánico dentro de un contexto de coexistencia e interacción pareciera ser que un mayor control de los espacios agrícolas comenzó a ser manejado por dichas poblaciones, lo cual condujo a sus jefes o *curacas* a organizar con mayor frecuencia un manejo y control de la economía de la sierra y cabeceras de valles posicionando sus ídolos y ancestros a través de sus *chullpas* construidas en los sectores laterales de sus aldeas. Este sistema de ocupación territorial, según la documentación conocida para la primera parte del siglo XVI, mantuvo además colonias o enclaves en los valles costeros ya que estos espacios ofrecían una gran potencialidad de recursos, entre ellos el maíz, ají, frutos de recolección, peces, mariscos, algas y guano de aves marinas como fertilizante agrícola.

De lo anteriormente planteado, podemos sugerir que entre los años 1.200 y 1.400 d.C. la sierra y cabeceras de los valles de Arica fueron un espacio de mucha interacción social y con un trabajo agrícola intenso, de lo cual son testimonios actualmente las terrazas agrícolas abandonadas; canalizaron grandes extensiones de terrenos, construyendo, a distintos niveles de las laderas, bocatomas para conducir el agua. Los excedentes agrícolas producidos por los grupos altiplánicos al parecer fueron fundamentales para el intercambio con las poblaciones de la costa; además parte de esta producción era enviada a los centros nucleares establecidos preferentemente en el Altiplano Meridional. La presencia de variados y extensos senderos que cruzan los valles serranos son testimonio de las rutas que establecieron las caravanas que se desplazaron hacia la costa y la puna desde las cabeceras de valles y sierra ariqueña<sup>155</sup>. Estos cacicazgos, al parecer, se habrían organizado en la sierra de Arica entre los años 1.100 d.C. y 1.450 d.C. a través de unidades independientes construyendo pucaras y aldeas en lugares estratégicos<sup>156</sup>. Sin embargo, entre 1.450 y 1.550 d.C., si bien continuaron siendo gobernadas por los *curacas* locales, con la influencia incaica se edificaron tambos y se mejora la red vial, principalmente la que atraviesa la sierra, tal vez como una forma de comunicar e integrar a todos los pueblos al sistema económico y social del *Tawantinsuyo*.

Este largo proceso aldeano desarrollado en los valles desérticos del extremo norte de Chile ha permitido reflexionar sobre la importancia de los recursos del mar y el aporte de las plantas especialmente cuando las poblaciones comienzan a adaptarse a la producción de plantas domesticadas. El desarrollo de esta producción agromarítima fue importante pues contribuyó a complementar los recursos alimenticios de las comunidades azapeñas; no obstante, para alcanzar este éxito los grupos tuvieron que pasar por una serie de situaciones complejas respecto a su salud, manifestadas en enfermedades y muertes de sus miembros producto del ajuste a este nuevo sistema económico. Los protagonistas de este proceso fueron las poblaciones locales asentadas en la costa de Arica y regiones aledañas, las que lentamente fueron poblando el valle. Un proceso reactivador con mayor aumento de población se observa a partir del Periodo Formativo y la fase Alto Ramírez, al parecer como consecuencia de los contactos producidos con poblaciones de otros valles y la puna, como pudo ser el altiplano del Titicaca. Sin embargo, es a partir del Periodo Intermedio Tardío cuando emerge la cultura Arica, donde mejor se observan los cambios que caracterizaron la identidad regional. Al parecer, todas las experiencias previas logradas, contactos transcosteros e intervalles, habrían contribuido a la emergencia de esta entidad regional, permitiendo una mayor población con una estructura social tan compleja como consta en San Lorenzo en el valle de Aza-

<sup>155</sup> Muñoz y Briones 1996; Muñoz y Chacama 2007.

<sup>156</sup> Modelo similar al planteado por Hyslop (1992) en el contexto de los reinos altiplánicos.

pa. Así, durante el Intermedio Tardío hubo un gran impulso a las actividades agrarias, lo que se manifiesta en un fuerte desarrollo de las técnicas de irrigación, canales y terrazas agrícolas, cubriendo extensas zonas y vinculando poblados distantes entre sí. Para estos grupos, por lo tanto, el manejo del agua fue el centro de atención, y la ubicación de la mayor parte de sus aldeas en las cabeceras de valles fue en gran medida motivada por esta preocupación. A modo de síntesis, podemos señalar que, a partir de los estudios arqueológicos llevados a cabo, se desprende que cada valle costero (Lluta, Azapa y Camarones) tuvo su propia historia, destacando Azapa por la naturaleza de los recursos hídricos dulces, tanto del río como de vertientes, distintos a los cursos salados de Lluta y Camarones. Es posible que estas diferencias tengan sus fundamentos en una selectividad geográfica<sup>157</sup>, sin embargo, a pesar que pudieron existir distintas historias en cada valle, estas se integraron a través de fuertes lazos ideológicos, visibles sobre todo en la iconografía estandarizada y compartida por su cultura material.

La influencia incaica en la zona, sin embargo, habría generado un fuerte impacto en estas poblaciones; por ejemplo, visualmente es posible percibir una "pérdida" de la riqueza iconográfica presente tanto en la textilería como en la alfarería preincaica, situación que, por normalización y estandarización, refleja la presencia de una nueva y poderosa estructura político-ideológica, cuyos mecanismos de interacción con las culturas locales aún no son plenamente conocidos.

## 2. La región cultural de Tarapacá desde el Formativo a los Desarrollos Regionales

A diferencia de Arica, debido a un estudio más bien intermitente o discontinuo, en las páginas que siguen se examina la historia de la investigación arqueológica de la Región de Tarapacá, principalmente desde dos paradigmas en boga y discusión. Uno que atribuye su desarrollo a influencias externas, principalmente altiplánicas; y otro más reciente que pone énfasis en el desarrollo local y en las diversas relaciones entre la costa, la Pampa del Tamarugal, y las quebradas tarapaqueñas, además de otras influencias de los Valles Occidentales y la Circumpuna de Atacama.

### 2.1. *El Periodo Formativo en la Región de Tarapacá. Antecedentes*

Al igual que en los valles ariqueños, en Tarapacá este periodo se caracteriza por innovaciones en las tradiciones arcaicas locales que generaron transformaciones económicas y sociales que alcanzaron su momento cúlmine hacia 1.000 años a.C. De este modo se habrían iniciado la producción de alimentos, la especialización laboral, el sedentarismo y la vida aldeana, aunque continuaron desarrollándose vigorosamente las prácticas de pesca y recolección marina así como la de algarrobos y sus frutos (*Prosopis*)<sup>158</sup>. La diversidad material observada en los sitios habitacionales y funerarios señala la aparición de nuevas tecnologías, como la cerámica y la textilería, junto con la metalurgia del oro y el cobre, además de plantas cultivadas de origen foráneo como el maíz (*Zea mays*), las cucurbitáceas y el algodón (*Gossypium* sp.), entre otros<sup>159</sup>. Todo ello indica que hubo contactos e intercambios entre diferentes zonas ecológicas<sup>160</sup>, promoviendo un

<sup>157</sup> Álvarez 1991.

<sup>158</sup> Muñoz 1989a; Núñez 1989b.

<sup>159</sup> Pej. Núñez 1979b, 1982a, 1982b; Muñoz 1980; Dauchsberg 1985a; Agüero *et al.* 2006.

<sup>160</sup> Núñez y Dillehay 1979.

proceso creciente de complejidad social, que se hace evidente en la arquitectura doméstica y ceremonial, así como en una diferenciación entre comunidades que se diversificaron dentro de determinados ambientes debido a sus dinámicas sociales particulares<sup>161</sup>. Además, estos localismos habrían generado una movilidad espacial mayor promoviendo el intercambio de bienes a nivel regional<sup>162</sup>. Sin embargo, hasta ahora se entendía que este proceso era consecuencia de la interacción entre las antiguas poblaciones costeras y foráneas, las cuales habrían tenido "interés por cambiar la economía cazadora-recolectora y hacer producir los valles desérticos"<sup>163</sup>.

Es necesario mencionar que la fase ariqueña Faldas del Morro de Arica (820-310 a.C.) fue descrita como una etapa "transicional"<sup>164</sup> y extendida a sitios de Tarapacá como Pisagua, Punta Pichalo y Tarapacá 40<sup>165</sup>. La aparente similitud entre la iconografía de los textiles con la cerámica y escultura lítica Pukara se interpretó como evidencia de la presencia altiplánica en Azapa<sup>166</sup>. Esta visión también permitió formular la fase Alto Ramírez en la región (500 a.C. a 300 d.C.), definida principalmente por la presencia de cementerios de túmulos y tejidos, junto a un patrón aldeano y agrícola, los que fueron explicados por la llegada de poblaciones altiplánicas como Pukara y Wankarani, provenientes de las subáreas Circumtiticaca y Meridional<sup>167</sup>. Así como la evidencia material era compartida con aquella de Arica, el Formativo tarapaqueño fue identificado por elementos que innovaban la ancestral tradición costera local o Chinchorro, generando transformaciones sociales y económicas sustantivas<sup>168</sup>.

En 1971 Núñez señaló que en Tarapacá se produjo un desarrollo continuo desde el Arcaico hasta el Formativo, tiempo en el cual grupos como los del poblado de Caserones y del cementerio Tarapacá 40 habrían interactuado con Wankarani, al mismo tiempo que se mantuvieron sus relaciones con la costa entre los años 470 a.C. y 215 d.C. (p.ej. Pisagua y Caleta Huelén)<sup>169</sup>. Así se explicaba la presencia de túmulos costeros por un temprano proceso de expansión altiplánica hacia los Valles Occidentales y oasis de puna ocurrido entre los años 900 a.C. y 400 d.C., a través de una estrategia complementaria de tráfico caravanero y control de producción directo<sup>170</sup>. En 1983 Núñez y Moragas<sup>171</sup> plantearon que lo más parecido a la cerámica de Cádiz (860 años a.C.) era la de Chiripa I (1.380-860 años a.C.) y Wankarani (1.210-250 años a.C.), sugiriendo evidencias de una conexión altiplánica significativa desde el sur de Camarones hasta el río Loa. Es así como en Camarones 15AB se destaca un contexto fechado en 890 a.C. que incluye cerámica y tapicerías similares a material excavado en Punta Pichalo<sup>172</sup>, mientras que para el interior se describen sólidas aldeas de planta circular fechadas entre 400 años a.C. y 600 años d.C. que fueron vinculadas por su arquitectura a asentamientos aldeanos del Formativo del sur de Bolivia<sup>173</sup>, incluidos aquellos casos como Caleta Huelén 42<sup>174</sup>.

<sup>161</sup> Agüero *et al.* 2001, 2006.

<sup>162</sup> Núñez y Dillehay 1979.

<sup>163</sup> Muñoz 1989a.

<sup>164</sup> Dauelsberg 1972-73a, 1972-73b, 1985b.

<sup>165</sup> Bird 1988 [1943]; Núñez 1969b; Meighan y True 1980; Schiappacasse *et al.* 1991.

<sup>166</sup> Rivera 1976; Mujica 1985.

<sup>167</sup> Rivera 1976, 1984, 1995-96, 2002.

<sup>168</sup> Bird 1988 [1943]; Núñez 1989b.

<sup>169</sup> Núñez 1971.

<sup>170</sup> Núñez 1970, 1976a; Núñez y Dillehay 1979.

<sup>171</sup> Núñez y Moragas 1983.

<sup>172</sup> Muñoz *et al.* 1991; Bird, 1988 [1943].

<sup>173</sup> Lecoq y Céspedes 1997.

<sup>174</sup> Núñez 1971.

En suma, hasta ahora esta región había sido caracterizada como un espacio en el cual se produjo una dinámica de intercambio económico entre diversos grupos culturales, locales y foráneos, donde los del Altiplano Meridional han sido vistos como los más "influyentes". Así, fue aceptado que gran parte de las innovaciones debía provenir de esta zona<sup>175</sup>. De hecho, estas poblaciones cazadoras-recolectoras especializadas en la explotación del mar se perciben como meras receptoras de técnicas para implementar una agricultura inicial para articularse en un sistema generalizado de caravanas de llamas<sup>176</sup>. En efecto, se planteó que en los sitios Chinchorro los cultivos de origen tropical, plumas y semillas, se deberían a los antiguos contactos entre las poblaciones costeras con grupos amazónicos del otro lado de los Andes<sup>177</sup>. Bajo esta óptica y por sus similitudes con Arica, se explicaron los contextos funerarios de Camarones 15 y Pisagua 7, obteniéndose fechas absolutas de 745, 890, 970, 1.000 y 1.100 años a.C., asignables a posibles colonos altiplánicos<sup>178</sup>. Lo mismo ocurre con sitios de la costa de Iquique como Bajo Molle, Patillos, Punta Gruesa y Cañaño 1 con fechas iniciales de 890 y 820 años a.C.<sup>179</sup>; y Galeta Huelén 7, 10, 10A, 20, 42 y 43, dentro de un rango cronológico que fluctúa de 1.800 años a.C. a 820 años d.C.<sup>180</sup> (Figura 12).

### 2.1.1. *El aporte de las nuevas investigaciones: Las particularidades de Tarapacá y su extenso Periodo Formativo*

En el acápite previo vimos cómo, en todos los casos, las nuevas tecnologías asociadas al maíz, las calabazas, el algodón y otros cultígenos fueron interpretados como resultado de la interacción entre grupos altiplánicos y costeros, especialmente de los asentamientos intermedios ubicados en las quebradas de Tarapacá y Guatacondo. Sin embargo, la gran extensión de los bosques de algarrobo de la Pampa del Tamarugal habría sustentado estos "enclaves", entre los cuales la gente se movía desde la costa a las tierras altas y vice versa, siguiendo antiguas conductas arcaicas de movilidad a larga distancia. De hecho, en el curso bajo de la quebrada de Tarapacá, y específicamente en el cementerio Tarapacá 40 (asociado al poblado de Caserones 1), ya existiría un registro inicial de agricultura asociado a una intensiva recolección de algarrobo y acceso al maíz al menos desde el 2.000 a.C.<sup>181</sup>.

Sobre esta base, alrededor del 400 a.C. ya se constituiría una sociedad agraria productora y consumidora de otros productos como calabaza, maní (*Arachis hypogaea*), pallar, papa, quínoa (*Chenopodium quinoa*), zapallo y algodón. Simultáneamente, junto a Tarapacá 40, se emplaza el sitio Pircas con unos 56 conjuntos dispersos de estructuras habitacionales, comunitarias, delimitados por muros, con pozos de ofrendas en espacios abiertos, también con cerámica, cestos, textiles, cucharas de madera, algarrobo, maíz, poroto y algodón, con fechas situadas entre 480 años a.C. y 500 años d.C.<sup>182</sup>. Frente a Pircas y a Tarapacá 40 se emplaza el gran poblado Caserones 1, un conglomerado habitacional de grandes dimensiones cuya construcción se realiza-

<sup>175</sup> Dauelsberg 1992-93.

<sup>176</sup> Núñez 1970, 1984b; Núñez y Dillehay 1979.

<sup>177</sup> Rivera 1976, 1984, 1995-96, 2002.

<sup>178</sup> Muñoz *et al.* 1991; Schiappacasse *et al.* 1991; Aufderheide *et al.* 1994.

<sup>179</sup> Núñez 1976a.

<sup>180</sup> Núñez 1971, 1976b; Zlatar 1983.

<sup>181</sup> Núñez 1982a; Proyectos FONDECYT 1080458 y 1130279.

<sup>182</sup> Núñez 1982b, 1984a.

ría entre los años 400 a.C. y 1.200 d.C.<sup>183</sup> cuando llega a contar con cerca de 600 estructuras<sup>184</sup>. Las fechas que existen para el sitio indican que la ocupación formativa ocurriría entre los años 50 a.C. y 700 d.C., demostrando una amplia profundidad temporal y una alta densidad demográfica<sup>185</sup>. El sitio Caserones 1 presenta una tradición arquitectónica que alcanza incluso el periodo siguiente de Desarrollos Regionales, ya que parte de los rasgos que la caracterizan perduran también en asentamientos tardíos de la quebrada, como Tarapacá 13 y 13a<sup>186</sup>.

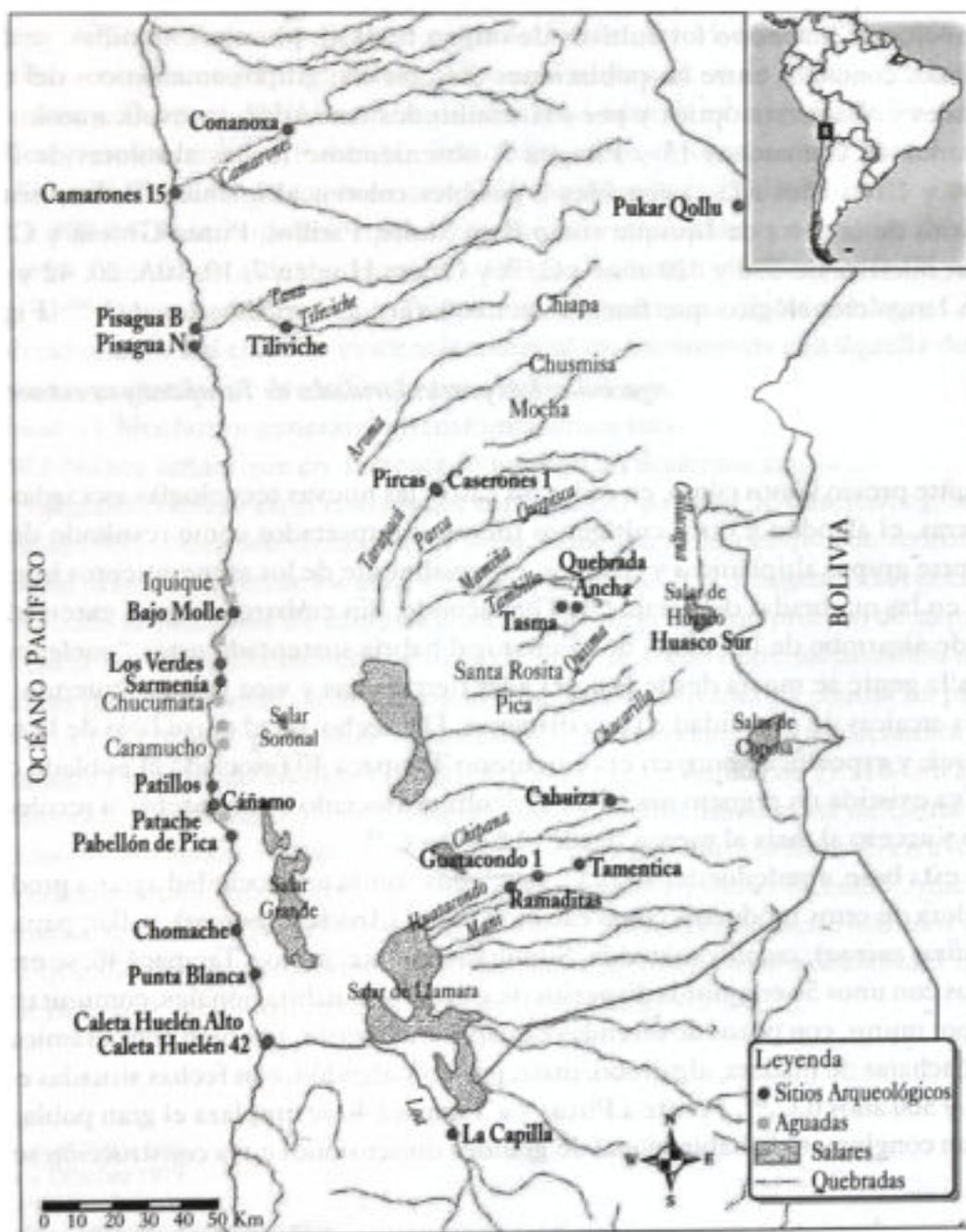


Figura 12. Mapa de la región cultural de Tarapacá, en el cual se señalan los principales sitios formativos mencionados en el texto (Gentileza: FONDECYT 1080458).

<sup>183</sup> Meighan y True 1980; Núñez 1982b, 1989b.

<sup>184</sup> Adán, Urbina y Uribe 2007.

<sup>185</sup> Oakland 2000; Agüero 2012a.

<sup>186</sup> Núñez P. 1983.

Los atributos más relevantes de Caserones son la edificación en plano y trazado de planta rectangular. La variabilidad funcional se infiere por la diversidad de tamaños, así como por los materiales empleados: piedras seleccionadas y trabajadas para vanos, postes en los muros y revoque, indican una importante inversión de energía que sobrepasa los requerimientos de un asentamiento habitacional<sup>187</sup>. En este sentido, un muro perimetral delimita un espacio social, quizás para protegerlo y destacarlo, con inversión y organización de energía comunal, adoptando e implantando una opción de diseño para cumplir requerimientos funcionales a actividades colectivas tanto de grupos suprafamiliares como de unidades de parentesco mayores. Además, los muros dan cuenta de una manera de construirlos bastante regular y normada. Por ello, creemos que las prácticas constructivas han sido implementadas por una comunidad organizada. Esto se puede constatar en el muro perimetral, de galpones adyacentes y de dos patios mayores. Sin embargo, también es posible observar otras construcciones con mayor variabilidad técnica, como ciertos patios más pequeños que probablemente sirvieron para solucionar las necesidades habitacionales de las unidades domésticas. Así, el muro perimetral, patios y galpones, serían de uso comunal situándose en lugares importantes de la aldea, bien diferenciados del espacio habitacional y de los espacios como las plazas o *canchas*, los que seguramente sirvieron para celebrar eventos conmemorativos. Por lo tanto, fueron utilizados por los grupos sociales que deseaban demostrar homogeneidad o diferenciación social, tal como se hace actualmente en las fiestas religiosas en algunos pueblos de la región (Figura 13). A estos lugares accedieron las múltiples poblaciones del litoral y los valles aledaños. Al respecto, así como los túmulos y los cementerios parecieran aunar a dichos grupos culturales en términos de propiedad del territorio y pertenencia étnica a través del ritual funerario, los poblados de Caserones y Guatacondo –al igual que en Arica–, pueden haber servido para unir las diferentes comunidades que articularon de manera macrorregional la Pampa del Tamarugal, donde intercambiar información, recursos y reforzar relaciones sociales y políticas a través de estas celebraciones.

El énfasis dado al almacenamiento se ha relacionado con una sobreproducción de algarrobo y maíz enfocada al consumo e intercambio<sup>188</sup>. Se ha planteado que el sitio fue un lugar de experimentación, donde se produciría la consolidación de la agricultura, al amparo de una movilidad transhumántica y luego caravánica<sup>189</sup>. Pero en esta región, donde las llamadas sociedades de rango, de complejidad emergente o jefaturas<sup>190</sup> estarían comenzando a definirse, es posible que el almacenaje y la acumulación de recursos hayan servido para efectuar esos eventos de congregación social y ritual en los que diversos grupos aprovecharían el acceso y estabilidad de los recursos silvestres y cultivados de la pampa.

En efecto, la quebrada de Guatacondo tiende a repetir este patrón; por ejemplo, en el sitio G-5A se han registrado cultígenos en contextos funerarios de cazadores recolectores, señalando un consumo inicial de calabaza, maíz y quínoa. Por otra parte, en el poblado Guatacondo I (90 d.C.), con al menos 120 estructuras distribuidas alrededor de un patio central, con caras modeladas y un monolito central<sup>191</sup>, también se mantiene persistente la recolección de algarrobo y una agricultura emergente (Figura 14). A este último se asocian Guatacondo

<sup>187</sup> Adán y Urbina 2004.

<sup>188</sup> Núñez 1982a; Núñez y Dillehay 1979.

<sup>189</sup> Núñez L. 1979b, 1984a; Núñez y Dillehay 1979.

<sup>190</sup> Service 1975; Arnold 1996a; Fried 1967, respectivamente.

<sup>191</sup> Mostny 1980.

II y III<sup>192</sup> con construcciones de gran envergadura aunque menos densas, con restos de fundición de minerales, canales de irrigación y campos de cultivo junto a estructuras circulares, artefactos de molienda, palas líticas y cerámica de supuesta influencia altiplánica (Wankarani).

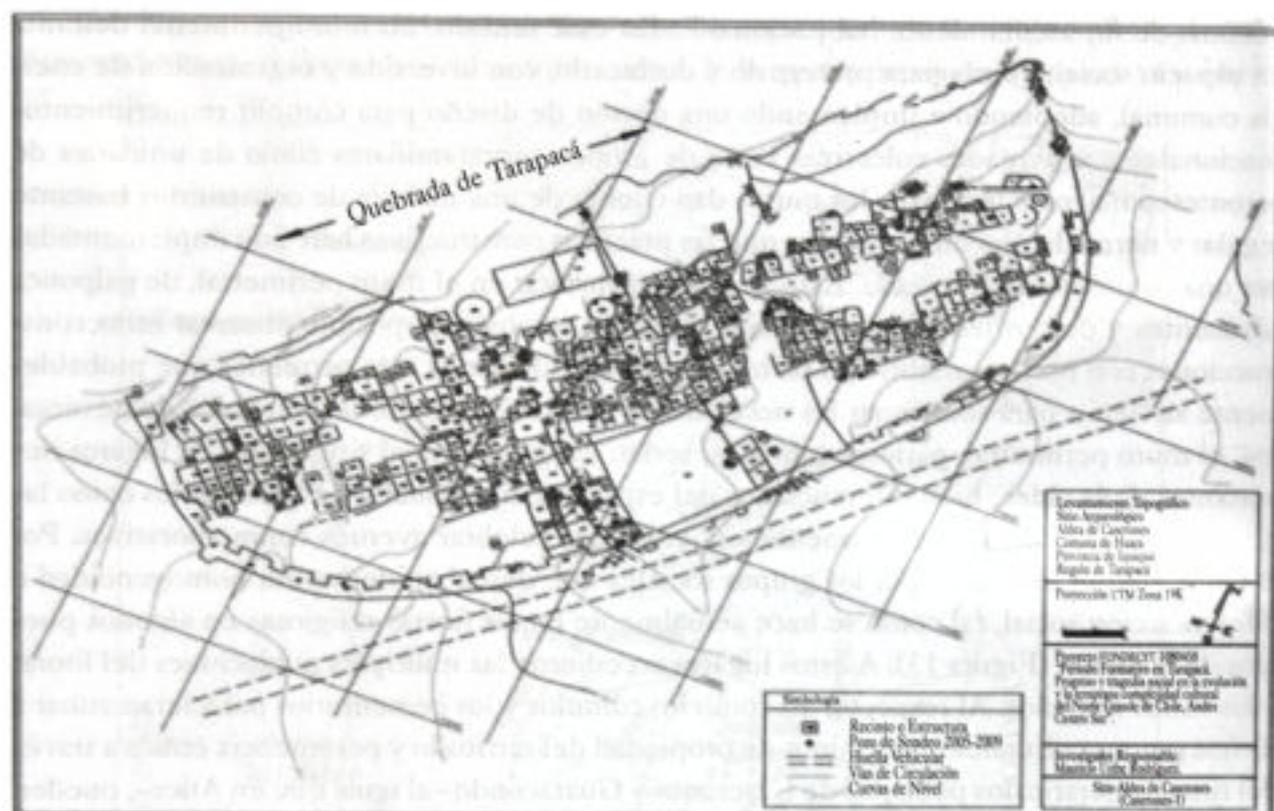


Figura 13. Plano del asentamiento de Caserones (Gentileza: M. Uribe).

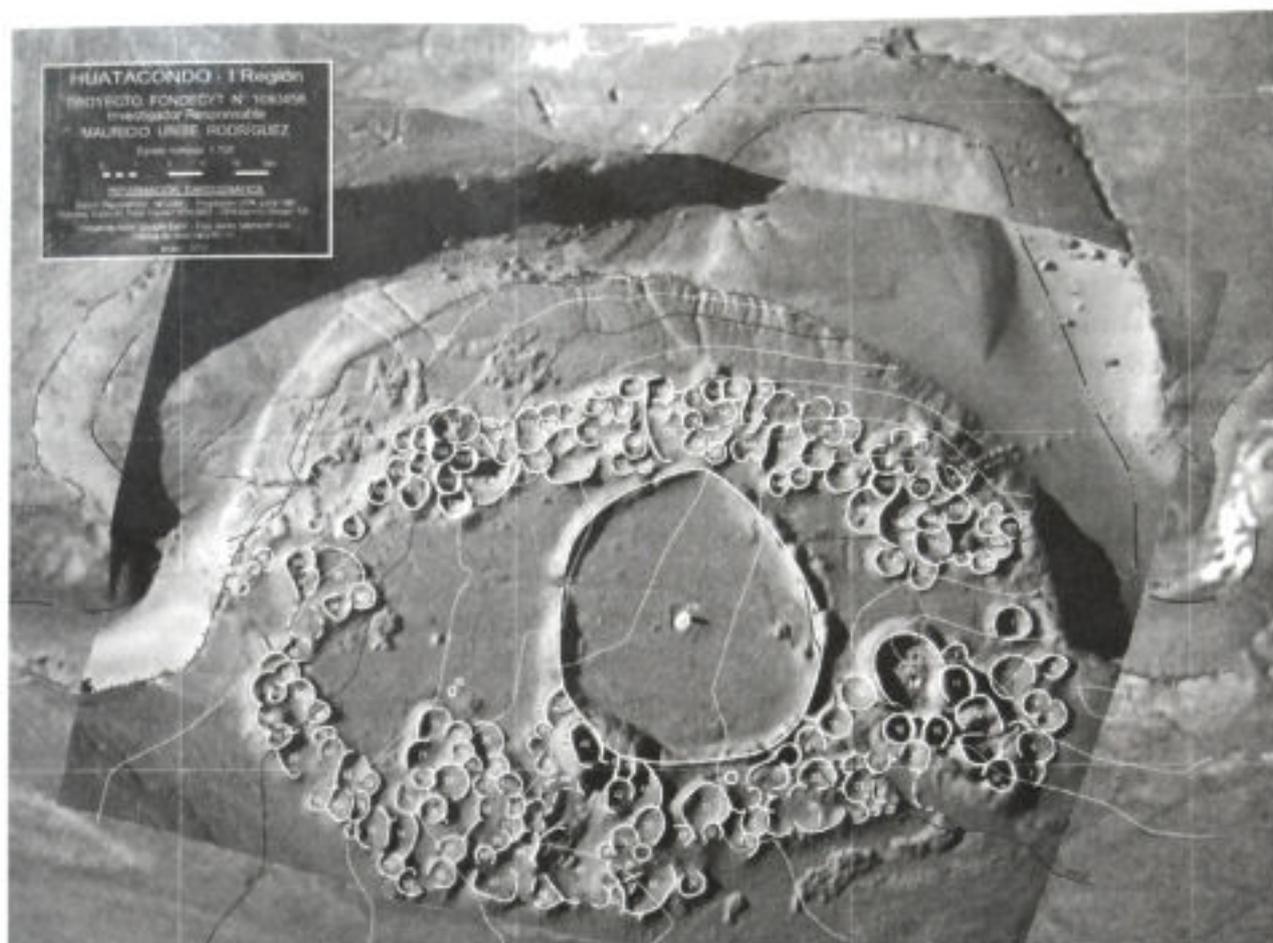
Guatacondo III corresponde al sitio Ramaditas, donde los investigadores<sup>193</sup> han reconocido una extensa red de canales, a partir de lo cual se ha planteado la existencia de un complejo sistema agrícola implementado desde el altiplano como resultado de los cambios climáticos y políticos vividos por estas poblaciones. Incluso se ha propuesto que la organización sociopolítica reflejada por el asentamiento incluiría a varias aldeas lideradas independientemente, pero que antes de Tiwanaku habrían formado una especie de confederación fundamentada en un sentimiento de identidad común con fuertes lazos ideológicos y cosmológicos<sup>194</sup>. En este sentido, se alude al rol fundamental del agua para vivir en el desierto y a una ideología vinculada con el altiplano circumlacustre identificada con la tradición iconográfica *Yaya Mama* del Titicaca<sup>195</sup>. Desde esta perspectiva, los grupos altiplánicos transformarían y absorberían a las poblaciones arcaicas locales, a la vez que habrían conectado estos espacios a una red jerarquizada de unidades políticas cada vez mayores, a través del intercambio y creencias religiosas.

<sup>192</sup> Rivens *et al.* 1995-96. Estos sitios fueron inicialmente informados por De Bruyne 1963.

<sup>193</sup> Rivens *et al.* 1995-96.

<sup>194</sup> Rivens *et al.* 1995-96:224.

<sup>195</sup> Chávez y Mohr-Chávez 1970 y 1975.



*Figura 14. Poblado de Guatacondo.*

En cambio, otros autores proponen que, tanto en Caserones como Guatacondo<sup>196</sup>, la población era más bien pequeña y utilizaba los asentamientos en forma intermitente, dependiendo de las fluctuaciones hídricas de las quebradas tarapaqueñas, mientras que durante tiempos de mayor sequía se replegarían a la costa o a las tierras altas. Esta situación habría promovido por largo tiempo una economía móvil y complementaria de recolección de algarrobo y agricultura creciente en la pampa, junto con la caza de camélidos, peces y mariscos, entre otros recursos silvestres. Por lo tanto, la vida aldeana, la producción agrícola y la complejidad social derivarían de estas antiguas prácticas estacionales y/o transitorias desde la costa a las quebradas interiores<sup>197</sup>. De esta manera, hoy se entiende que la complementación económica entre ambos espacios mantuvo asentamientos en la costa y en las quebradas, formando un régimen costero-recolector-agrícola bastante estable en el interior y que promovería la creación de espacios con arquitectura sólida quizás con el fin de estadías más largas, mayor congregación poblacional, un escenario social y tal vez una marca territorial.

Para la costa varios estudios han insistido en la importancia del sustrato arcaico, sustentado en la caza y recolección bajo un patrón de asentamiento y movilidad longitudinal y de la costa con el interior<sup>198</sup>. La costa desértica, desde Pisagua al sur, posee recursos predominan-

<sup>196</sup> Meighan y True 1980.

<sup>197</sup> Pej., Bird 1988 [1943]; Muñoz *et al.* 1991.

<sup>198</sup> Núñez 1979b; Meighan y True 1980; Olmos y Sanhueza 1984.

temente marítimos, y los recursos vegetales provienen casi exclusivamente del interior. La ausencia de cursos de agua promovió un patrón de asentamiento disperso en lugares cercanos a vertientes de agua<sup>199</sup>. Por otra parte, la humedad ambiental aumenta las neblinas rasantes generando sobre la cordillera una cubierta vegetal con especies comestibles, también útiles para el forraje. Este espacio fue habitado desde fines del Periodo Arcaico, produciéndose en esta primera época una ampliación de los asentamientos habitacionales que estarían destinados a tareas productivas (p.ej., obtención de recursos marítimos, fertilizantes agrícolas, procesamiento de minerales), para facilitar la movilidad longitudinal (p.ej., tránsito entre espacios con recursos hídricos más estables) y probablemente con funciones comunales o públicas (p.ej., Pabellón de Pica).

En los extremos de la costa desértica las desembocaduras de río constituyeron espacios donde quedarían marcados los principales hitos del desarrollo arquitectónico de la costa tarapaqueña. El primero, de carácter aldeano y más tardío hacia el norte (p.ej., Pisagua N), y el segundo más meridional y temprano donde a partir de prácticas funerarias que incorporan a la arquitectura en la tumbas (p.ej., Bajo Molle-2), se observa el inicio de una tradición arquitectónica costera (p.ej., Caleta Huelén 42). Esto refuerza el origen de la arquitectura doméstica en Tarapacá, ya que "la arquitectura, en cuanto innovación tecnológica, parece estar siendo promovida en aquellos significativos ámbitos de la vida social de las comunidades como es la construcción de los espacios para sus difuntos"<sup>200</sup>. Posteriormente ocurren transformaciones en las viviendas que muestran a la sociedad costera dispersa en múltiples agrupaciones familiares y con una cobertura territorial significativa que desarrolla una especialización económica en torno a la obtención de guano, actividades mineras y elaboración de bienes de prestigio. A juzgar por algunas unidades domésticas de Caleta Huelén Alto y Pabellón de Pica, se confirman los nexos entre estos grupos costeros y aquellos de la Pampa del Tamarugal<sup>201</sup>.

En conclusión, a pesar de la aridez del territorio, la amplia distribución de recursos naturales en esta región y el incremento de la productividad en torno a la pampa podrían haber llevado a un aumento de la población favoreciendo formas de manejo sobre dichos recursos como un medio de controlar los conflictos sociales internos y externos. De este modo, la temprana arquitectura costera y luego la arquitectura aldeana definirían un nuevo orden social que avanza hacia una mayor complejidad y desigualdad (p.ej., plazas que contienen una limitada cantidad de gente y se excluye a otra) y una identidad particular a cada quebrada (p.ej., quebradas de Tarapacá y Guatacondo) plasmada en diferentes rasgos arquitectónicos<sup>202</sup>. Desde ellas se fijarían el territorio, la movilidad y la competencia, con los consecuentes resultados de jerarquía o desigualdad social<sup>203</sup>. Las aldeas, la intensificación de la recolección, las conexiones a larga distancia y el intercambio de bienes serían características de un mismo proceso de complejidad desarrollado en forma colectiva a partir de las nuevas relaciones entre los individuos de ese territorio. El surgimiento de esos grandes conjuntos arquitectónicos de la Pampa del Tamarugal sería la expresión de toda esta complejidad formativa de las anteriores comunidades dispersas del litoral y el interior de Tarapacá. A partir de lo argumentado, se desprende una profunda historia local de los habitantes de la Región de Tarapacá, donde

<sup>199</sup> Núñez y Varela 1967-68; Urbina *et al.* 2011.

<sup>200</sup> Adán y Urbina 2007: 26; Urbina *et al.* 2011.

<sup>201</sup> Urbina *et al.* 2011.

<sup>202</sup> Adán, Urbina y Uribe 2007.

<sup>203</sup> Uribe 2006a; Adán, Urbina y Uribe 2007; Agüero 2012a.

la presencia altiplánica y su efecto civilizatorio ha sido una hipótesis que ya no se sostiene<sup>204</sup>; más aún considerando que el altiplano adyacente, un espacio asignado a Wankarani, recién ha empezado a ser investigado de manera más sistemática<sup>205</sup>.

El apogeo de este sistema socioeconómico se consolidaría hacia 200-1.000 d.C., correspondiente al Formativo Tardío e inicios de los Desarrollos Regionales del Periodo Intermedio Tardío. Hacia estos emplazamientos convergieron las poblaciones formativas tardías, manteniendo modos tradicionales de movilidad y prácticas económicas como la recolección, actividad complementada con la agricultura y el consumo de recursos costeros<sup>206</sup>. Especialmente, en lugares como Caserones se desarrollarían actividades rituales y ceremoniales como lo sugiere la gran proporción de alfarería correspondiente a cántaros y vasos presentes en los sitios, lo que se relaciona con las actividades de preparación de alimento y bebidas alcohólicas (*chicha*), necesarias para toda celebración en los Andes<sup>207</sup>. El extenso territorio que abarcaron estas manifestaciones parece indicar que hacia el final del Formativo se logró una integración de las sociedades tarapaqueñas a través de distintos mecanismos. Entre estos, la presencia física de los ancestros reactivada periódicamente en actos conmemorativos a diferentes escalas debió jugar un rol importante, tal como se planteó previamente para la zona de Arica. Todo ello proyectó las bases sobre las que se sustentaría la sociedad Pica-Tarapacá de los Desarrollos Regionales posteriores, pues unificó a la población tarapaqueña a través de un imaginario común y una identidad compartida. De este modo, la sociedad Pica-Tarapacá surgió del desarrollo y articulación de las poblaciones formativas configuradas en grupos autosuficientes, a la vez que articulados, los que se hicieron cada vez más intensos y por lo cual se vieron afectados por presiones sociales del modo de vida comunitario, cuya economía por esta misma lógica se deterioraría y derivaría en las transformaciones entre una y otra época<sup>208</sup>.

La idea de que estos lugares de congregación social no solo estaban presentes en los Andes Centrales o nucleares, sino que también en regiones consideradas periféricas, está avalada por el éxito que habrían tenido en su capacidad de cohesionar a las poblaciones locales, ya que incluso entidades como Tiwanaku aquí no habrían tenido mayor cabida. Esto daría cuenta de sistemas económicos, sociales e ideológicos alternativos en el sur andino y distinto a lo ocurrido en Arica y San Pedro de Atacama.

### 2.1.2. *La ausencia de la influencia Tiwanaku en Tarapacá*

A diferencia de lo que sucede en Arica, la ausencia de la influencia Tiwanaku en este territorio hace que el Periodo Formativo sea excepcionalmente extenso y se enlace directamente con los Desarrollos Regionales. Esta ausencia está avalada por el hallazgo de solo nueve objetos de estilo Tiwanaku. De estos, tres corresponden a túnicas de Tarapacá 40; una tableta y una bolsa de Patillos I (costa sur de Iquique), una túnica, dos bolsas y una banda cefálica o cintillo de Pisagua. Estas piezas, que presentan iconografía Tiwanaku clásica, están insertas en contextos locales, al menos en los casos donde estas fueron registradas, correspondientes al Formativo Tardío, situado cronológicamente entre 370 y 760 cal. d.C. de acuerdo con las fechas de

<sup>204</sup> Agüero *et al.* 2001, 2006; Agüero y Uribe 2009, 2015.

<sup>205</sup> Lecoq y Céspedes 1997; Lecoq 1998, 2001; McAndrews 2001; Rose 2001, entre otros.

<sup>206</sup> Vidal y García 2009.

<sup>207</sup> Adán, Urbina y Uribe 2007.

<sup>208</sup> Uribe 2006a.

radiocarbono calibradas<sup>209</sup>. Según los análisis<sup>210</sup>, estas prendas se relacionarían con la fase Omo de Moquegua (extremo sur de Perú), donde también se reconocen escasos textiles con iconografía figurativa de la fase Tiwanaku IV<sup>211</sup>. Todas ellas son tan estandarizadas que sugieren que fueron confeccionadas en un solo centro de producción, probablemente del lago Titicaca, donde los modelos escultóricos exhiben dicha iconografía. Su presencia ocasional en los contextos locales se debería a la constante movilidad formativa que caracterizó a Tarapacá desde tiempos arcaicos, promoviendo el contacto, la circulación y el traspaso de bienes e ideas, sin necesidad de desplazamientos de población foránea ni de un sistema externo de caravanas.

Complementariamente, otros nueve objetos de estilo Tiwanaku provienen de contextos propios de la primera mitad del Periodo Intermedio Tardío, en particular de los sitios Pica 8, Bajo Molle (Iquique) y Cementerio C de Pisagua, los que pueden relacionarse con las expresiones textiles de los centros secundarios de Moquegua y Cochabamba, adscritas a estilos Tiwanaku Provincial<sup>212</sup>. Es decir, se trata de aquellas piezas que fueron confeccionadas con tecnologías locales o que reinterpretan los patrones textiles altiplánicos. Lo anterior porque Tiwanaku no produjo textiles con diseños figurativos en los Valles Occidentales, sino que desarrolló una producción local dirigida al uso cotidiano<sup>213</sup>, con otros fines que aquellas que portaban la iconografía estatal original. Estos tejidos mostrarían otra faceta del estilo Tiwanaku, de carácter doméstico y menos elitista (incluidas aquellas piezas en tapicería enlazada dentada), las cuales, además, serían más tardías como lo demuestra la fecha de la túnica de Pica 8, relacionadas con las fases V y VI o Chen Chen y Tumilaca de Moquegua, ya impregnadas de las concepciones textiles propias de los valles bajos<sup>214</sup>. Todo esto apoyaría la idea de un proceso particular que conectó al Formativo Tardío y comienzos del Intermedio Tardío de Tarapacá con los bordes regionales del Periodo Medio, pero no con el centro difusor del Titicaca y, en consecuencia, nunca formalizó un proceso de asimilación con esta gran entidad del altiplano del Titicaca.

Las poblaciones tarapaqueñas, por lo tanto, no habrían tenido un contacto directo con las de Tiwanaku, sino que habrían ocurrido en forma intermediada a través de grupos de otras regiones como los de Azapa, pero sin producirse en ningún momento una interacción como la que existió allí, ya que en Tarapacá nunca se permearon los estilos textiles. La misma situación se observa a través de los objetos del equipo psicotrópico, escasos o asociados a tradiciones regionales, por lo que el contacto debió efectuarse de modo indirecto y a través de poblaciones vecinas, más que por algún tipo de alianza directa con los grupos de tierras altas<sup>215</sup>. Igual cosa puede asegurarse para la cerámica, que no exhibe ninguna influencia altiplánica durante el Formativo ni en la primera mitad de los Desarrollos Regionales<sup>216</sup>. Al respecto, algunos estudios en la quebrada de Tarapacá apenas detectan un 0,40% de alfarería asignable al Periodo Medio, correspondiente a no más de cinco fragmentos de origen Cabuza, Chichas y quizás Tiwanaku, reiterando vínculos secundarios y de data más bien tardía<sup>217</sup>.

<sup>209</sup> Fechas proporcionadas por Núñez 1969b y Oakland 2000.

<sup>210</sup> Agüero y Uribe 2015.

<sup>211</sup> Conklin 1985; Goldstein 1989.

<sup>212</sup> Oakland 1986.

<sup>213</sup> Uribe y Agüero 2001, 2004.

<sup>214</sup> Minkes 2008.

<sup>215</sup> Catalán 2006.

<sup>216</sup> Uribe *et al.* 2007.

<sup>217</sup> Uribe 2008.

Recapitulando, dentro de un largo Periodo Formativo que se extendió hasta fines del primer milenio de nuestra era y contactó con los Desarrollos Regionales, más que la coexistencia de poblaciones altiplánicas y vallunas, da cuenta del movimiento de objetos y en particular los de estilo Tiwanaku, los que responderían a contactos con expresiones locales fuera del núcleo. En especial, con aquellas entidades de los Valles Occidentales como Azapa y Moquegua, asignadas a las fases V y VI o Chen Chen y Tumilaca, justo cuando comenzaba a configurarse el Desarrollo Regional de este territorio conocido como complejo cultural Pica-Tarapacá. En este escenario es donde se desarrolla dicho complejo entre los 900 y 1.450 años d.C., comprometiendo todo el perfil altitudinal, así como el espacio entre los ríos Camiña y Loa.

A diferencia de lo generalmente propuesto<sup>218</sup> este no sería el resultado de los acontecimientos del Periodo Medio, sino que su génesis y dinámicas deben ser entendidas desde el interior de las propias comunidades formativas, no como un efecto directo y único provocado por los núcleos civilizatorios altoandinos<sup>219</sup>.

## 2.2. *El Periodo Intermedio Tardío de los Desarrollos Regionales en la Región de Tarapacá (900-1.450 años d.C.). Antecedentes*

Para los Andes Centro-Sur se plantea que luego de la desarticulación de las redes de interacción implementadas por Tiwanaku, ocurrió un proceso de desintegración organizacional que se materializó en una serie de unidades políticas y territoriales que compitieron intensivamente por los recursos<sup>220</sup>, sufriendo importantes cambios sociales y económicos. De este modo, se propuso que en el altiplano surgieron los señoríos<sup>221</sup> aymara que estaban en constante competencia y conflicto entre ellos<sup>222</sup>. Las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas han sugerido que durante este periodo (900-1.450 d.C.), la Región de Tarapacá estuvo socialmente integrada a través de la articulación de recursos de zonas ecológicamente diferenciadas, implementando un patrón de asentamiento disperso y aldeano complementario. Este sistema habría sido operacionalizado a través del tráfico de caravanas, permitiendo la interacción multiétnica entre las poblaciones locales y con aquellas de Arica, Atacama y el altiplano de Bolivia. De este modo, el territorio tarapaqueño habría conformado una unidad sociopolítica que habría reformulado el paisaje social y geográfico<sup>223</sup>, lo que probablemente se basó en la articulación previa ocurrida durante el Formativo y que ya conectaba espacios tan distantes como los valles de Azapa y del Loa<sup>224</sup>.

Esta unidad sociopolítica correspondería al complejo Pica-Tarapacá definido por Núñez<sup>225</sup> como una población típicamente tarapaqueña que ocupó el espacio comprendido entre los ríos Camiña y Loa, desde la costa a los valles bajos y quebradas interiores que desembocan

<sup>218</sup> Rivera 1976; Núñez L. 1984a; Berenguer y Dauchsberg 1989; Rivera *et al.* 1995/96.

<sup>219</sup> Uribe 2006a; Agüero y Uribe 2007.

<sup>220</sup> Berenguer 2004a.

<sup>221</sup> Se ha entendido por "señoríos" o sociedades de rango a unidades sociales que se habrían fundamentado en lazos de parentesco local sin clases sociales, pero con diferencias de estatus adquiridas por prestigio basado en la redistribución de bienes obtenidos por relaciones de reciprocidad. Cada una de estas unidades podía abarcar un valle u oasis, siendo posible que los diferentes valles participaran de una integración mayor sin necesidad de mayores jerarquías (Schiappacasse *et al.* 1989).

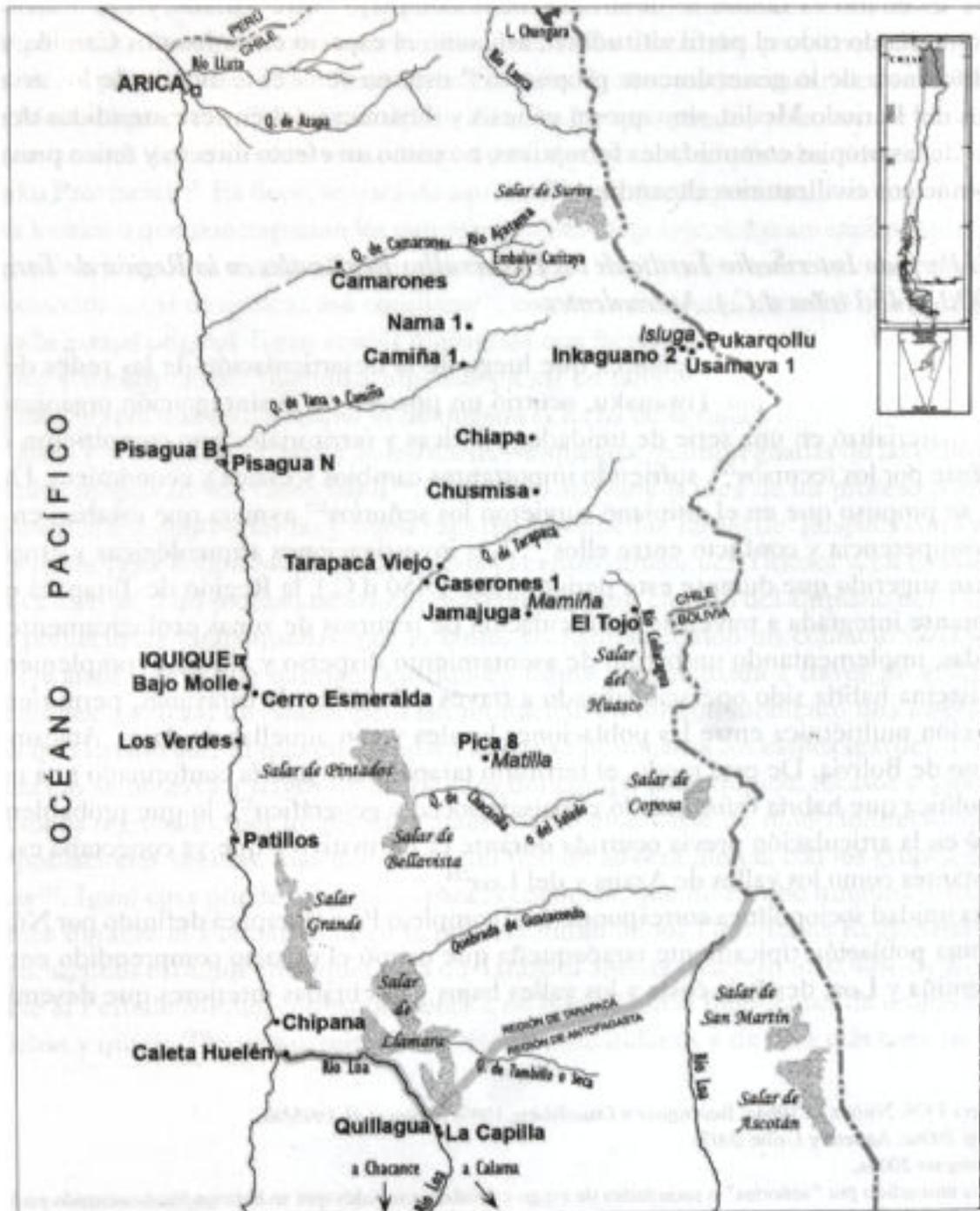
<sup>222</sup> Núñez L. 1984a; Berenguer 2004a.

<sup>223</sup> Núñez L. 1984a.

<sup>224</sup> Agüero *et al.* 2006.

<sup>225</sup> Núñez L. 1965b, 1966, 1968, 1984a.

en la Pampa del Tamarugal bajo los 2.500 msnm. Tal definición se basaba en los contextos de cuatro cementerios y asentamientos del oasis de Pica (Pica 8, Pica 7, Pica 3 o Santa Rosita y Pica 1), con similares características a otros de la parte inferior de la quebrada de Tarapacá como el cementerio Tarapacá 36<sup>226</sup>. Según Núñez<sup>227</sup>, su definición de "complejo" para estos desarrollos intermedios entre Arica y Atacama obedeció a la integración de varios tipos de sitios con cultura material semejante en un territorio cruzado por elementos ariqueños, costeros, serranos, altiplánicos y atacameños, debido a su intenso tráfico interregional (Figura 15).



**Figura 15.** Mapa del área de estudio en el que se señalan los principales sitios de los Desarrollos Regionales mencionados en el texto (Gentileza: FONDECYT 1030923).

<sup>226</sup> Niemeyer 1959; Núñez 1965b, 1968, 1969b.

<sup>227</sup> L. Núñez, comunicación personal 2006.

Dentro de sus principales indicadores arqueológicos se incluyeron la cerámica Charcollo y Chiza de Pica, cultivos del complejo semitropical (p.ej. maíz, calabaza, ají, porotos), algarrobo, molle (*Schinus molle*), tamarugo (*Prosopis tamarugo*), corazas y estuches de cuero para llevar astiles, arcos y flechas, palas y cuchillones de madera, palas y azadones de piedra (andesita), cascos de varillas de madera<sup>228</sup> y una textilera muy particular<sup>229</sup>. Para Núñez<sup>230</sup>, la ausencia de estos indicadores en el altiplano y su presencia ocasional hasta los 3.000 msnm indicaba que se trataba de comunidades de tierras bajas, siendo poco significativa su extensión al altiplano. En cualquier caso, puesto que tanto en la costa, como principalmente en las quebradas intermedias de la pampa, se han encontrado implementos de hilandería y tejeduría (p.ej., torteras, husos, *vichuñas*), la fibra de camélido habría sido traída desde las tierras altas para ser hilada y posteriormente tejida por las comunidades locales. De este modo el autor ha propuesto que esta población se habría organizado en un señorío "jerarquizado" compuesto por autoridades y grupos residentes en cada ambiente diferenciado (costa, oasis, quebradas), manteniendo un control directo sobre ellos, así como vínculos con el altiplano aledaño con el propósito de acceder a la mayor disponibilidad de recursos diferentes<sup>231</sup>. El tráfico de caravanas habría sido la estrategia utilizada para integrar cada territorio y comunidades, a través de una red de caminos señalizados por geoglifos y petroglifos, sobre todo en la Pampa del Tamarugal donde se concentran algunos asentamientos y cementerios de la época como Yungay Bajo 2, Yungay Bajo 3 y Soronal 3<sup>232</sup>.

Este sistema de señoríos<sup>233</sup> habría caracterizado la principal entidad sociopolítica que se mantuvo vigente hasta la llegada de los incas y de la conquista hispana en la región<sup>234</sup>. Estos señoríos o jefaturas, se habrían fundamentado en lazos de parentesco sin clases sociales, pero con diferencias de estatus adquiridas por prestigio basado en la redistribución de bienes obtenidos por reciprocidad e intercambio. Cada una de estas unidades podía abarcar un valle u oasis siendo posible que diferentes unidades, en la costa, tierras altas u otros valles, participaran de una integración mayor sin necesidad de un poder central<sup>235</sup>. Por lo tanto, las principales hipótesis que se han manejado para explicar el surgimiento del complejo Pica Tarapacá, se han basado en la aplicación de las propuestas del control vertical de múltiples pisos ecológicos y en el tráfico de caravanas, como los mecanismos que promovieron la complejidad social de sus poblaciones<sup>236</sup>, dándole un papel prioritario al efecto del altiplano y a la economía en todo este proceso. Arqueológicamente, todo lo anterior se fundamentó en una acotada muestra de los cementerios de Pica y el valle de Quisma, uno de los cuales corresponde al emblemático cementerio Pica 8. También incluiría parte de la ocupación de la aldea de Tarapacá Viejo en el actual pueblo de San Lorenzo y de una densa población que se enterró en el cementerio Tarapacá 2, la que vivió en habitaciones de material perecedero y que sería responsable de un denso campo de petroglifos del sector (Tarapacá 47)<sup>237</sup>.

<sup>228</sup> Núñez L. 1965a, 1966, 1984a.

<sup>229</sup> Agüero 2012b.

<sup>230</sup> Núñez L. 1984a:408.

<sup>231</sup> Núñez L. 1984a:404. El hallazgo en Pica 8 de dos tumbas colectivas, pircaadas, con ajuar y ofrendas compuestas por muchos bienes de estatus y la existencia de contextos diferenciados en el cementerio, sugieren a Núñez (1992b: 62) que la comunidad era dirigida por un grupo de mayor jerarquía sociopolítica.

<sup>232</sup> Núñez 1965a; Sanhueza 1985a.

<sup>233</sup> Hidalgo y Durston 2004.

<sup>234</sup> Núñez 1979b; Moragas 1995.

<sup>235</sup> Schiappacasse *et al.* 1989.

<sup>236</sup> Murra 1972; Núñez y Dillehay 1979

<sup>237</sup> Núñez y Briones 1967-68.

Paralelamente, ya que sitios de la costa de Pisagua y otros de Iquique (Iquique 2, Bajo Molle, Los Verdes, Patillos 1 y Cañaño), además de elementos propios del litoral, presentaban evidencias del complejo Pica-Tarapacá como cerámica Charcollo y Chiza<sup>238</sup>, la situación se interpretó como expresión de colonias piqueñas en la costa<sup>239</sup>, conformando parte del supuesto "señorío" tarapaqueño. Por otra parte, algunos sitios conocidos al interior de los valles pampinos, mostraban elementos característicos del Altiplano Meridional del sur del Titicaca tales como *chullpas*, entierros en cistas, cerámica decorada negro sobre rojo, restos de camélidos y asentamientos defensivos y dispersos, al parecer, sin ocupaciones tarapaqueñas<sup>240</sup>. De este modo, el altiplano adyacente habría dependido de los señoríos aymara, "configurando un borde tensionado e integrado por dos sistemas sociopolíticos diferentes (Carangas y Pica-Tarapacá)"<sup>241</sup>.

Siguiendo los estudios de Cuneo, este autor<sup>242</sup> indicó que en 1565 los indios del oasis de Pica y de la quebrada de Tarapacá compartían identidad y lenguaje, aunque los caciques de Tarapacá tenían poder sobre los de Pica, a partir de lo cual propuso que el control sociopolítico habría radicado en las aldeas del tramo inferior de las quebradas. Así, se habrían configurado dos señoríos: uno bajo el cacique Tuscasanga de Tarapacá que controlaba desde Camiña a Tarapacá entre los 2.370 msnm hasta la costa y extensiones en la precordillera (p.ej., Chiapa a 3.115 msnm); y otro bajo los caciques Carancha y Amastaca que abarcaban desde Pica al Loa Inferior, organizando un cacicazgo dual en Pica hacia 1556. Dentro de este sistema, los asentamientos de la costa dependerían de estos curacas o caciques como parte de la misma unidad sociopolítica<sup>243</sup>. Hacia el Loa habría espacios periféricos a los núcleos sociopolíticos y que fueron compartidos con otras poblaciones (p.ej., Chacance 1, Quillagua 01, Quillagua 02, Caleta Huelén 12).

En suma, se ha planteado que en valles y oasis interiores del desierto costero, entre el río Camiña y el Loa, durante los Desarrollos Regionales se desarrollaba el complejo cultural Pica-Tarapacá, el cual había logrado organizarse en un sistema sociopolítico de "señoríos" que incluían la incorporación de espacios productivos distantes, siendo durante su vigencia cuando se explota la costa desértica con mayor intensidad. Según consta en las fuentes documentales, en 1558 los señores o autoridades de Pica controlaban el territorio desde el oasis al Loa Inferior, en tanto los de Tarapacá lo hacían desde Camiña a Tarapacá, compartiendo ambos varios puntos en la costa. Además, Pica-Tarapacá habría mantenido estrechos nexos con el valle de Azapa, especialmente durante la fase San Miguel.

### *2.2.1. Actuales visiones del complejo Pica-Tarapacá y los Desarrollos Regionales (980-1.400 años d.C.)*

En los años recientes han surgido nuevos planteamientos y datos que discuten y complementan los modelos anteriores considerando no solo aspectos económicos, sino también las consecuencias sociales e ideológicas de la evidencia material del periodo. De este modo, en la actualidad el complejo Pica-Tarapacá se concibe como un caso de sociedades segmentarias, orientadas a mantener una idea de armonía e igualdad para contener el surgimiento de la estratificación social promovida por la complementariedad de recursos y el intercambio

<sup>238</sup> Núñez y Varela 1967-68; Núñez L. 1984a; Sanhueza 1985b; Moragas 1995.

<sup>239</sup> Núñez L. 1984a:276; Sanhueza 1985b; Moragas 1995.

<sup>240</sup> Núñez L. 1984a:278.

<sup>241</sup> Núñez L. 1984a:279.

<sup>242</sup> Núñez L. 1984a:410.

<sup>243</sup> Núñez L. 1984a, 1992b.

caravanero. Las poblaciones formativas previas finalmente habrían conformado grupos autárquicos cada vez más autónomos, densos y afectados por las presiones sociales de un modo de vida aldeano y comunitario, cuya economía se deterioraría por esta misma lógica. Esta tensión se habría regulado a través de la segmentación o fragmentación social y un desplazamiento de las poblaciones hacia la cabecera de los valles, cuya heterogeneidad terminaría con la economía comunitaria del Formativo, desarrollándose una sociedad con claras identidades locales y ciertas desigualdades internas<sup>244</sup>.

Los nuevos estudios han permitido contar con un completo registro de sitios arqueológicos de las cuencas pampinas, los que privilegian diferentes emplazamientos asociados a espacios agrícolas a baja altura, con una alta visibilidad del entorno, en lugares de poca pendiente y de acceso complementario a espacios con recursos silvestres como la costa o la Pampa del Tamarugal<sup>245</sup>. Esta situación es importante para definir un comportamiento diferenciado cronológicamente, ya que los sitios más tempranos muestran un énfasis en los espacios bajos y costeros con recursos silvestres como Caserones y Pisagua (0-1.200 msnm); mientras que los más tardíos se vinculan con lugares altos y propicios para la agricultura entre las cuencas de Camiña y Mamiña (2.400-3.500 msnm).

Según el comportamiento de la cerámica, la mayoría de los asentamientos incluiría ocupaciones desde el Formativo Tardío hasta la llegada de los incas. La gran cantidad de cerámica Pica-Tarapacá, correspondiente a la cerámica Pica-Charcollo, indica que fueron ocupados principalmente a inicios del Intermedio Tardío, y en asociación con los desarrollos de la pampa y de la costa. En particular, la cerámica de Caserones sugiere que el sitio fue habitado por algunas poblaciones locales de la Pampa y la costa, desde el Formativo hasta la primera parte de los Desarrollos Regionales. Los fechados radiocarbónicos sitúan este momento inicial en 980-1.250 años cal. d.C. Posteriormente comenzaría una integración gradual con las quebradas altas, lo que define un segundo momento dentro del periodo que incluye una alta proporción de alfarería altiplánica, en particular del tipo Chilpe-Islluga vinculado al altiplano de Carangas. Así, a partir de 1.200 años d.C., ocurrirían nuevas transformaciones económicas y se consolidarían nexos con el Altiplano Meridional, además de los existentes con Arica y Atacama previamente. Considerando lo anterior, se han propuesto dos fases para el complejo Pica-Tarapacá, las que de acuerdo con las localidades que las ejemplifican, se denominan fases Tarapacá (890-1.250 años cal. d.C.) y Camiña (1.200-1.430 años cal. d.C.), siendo esta última la que predomina a la llegada de los incas en Tarapacá Viejo hacia 1.532 años d.C. En Caserones los niveles inferiores de su ocupación presentan fechas correspondientes al Formativo, con cerámica de aquella época, recursos de la costa y recolección de Algarrobo, mientras que hacia los niveles superiores se integra la alfarería del Desarrollo Regional (Pica-Charcollo). En Camiña, al igual que en Chuamisa, Jamajuga y Tarapacá Viejo, existe una primera y débil ocupación con cerámica formativa que caracterizaría un momento inicial similar al de Caserones, pero la ocupación más significativa incluye indicadores cerámicos de las tierras altas y una intensa producción agrícola basada en el maíz<sup>246</sup>.

La arquitectura<sup>247</sup>, por ejemplo, muestra distintas situaciones. La primera se relaciona con la tradición arquitectónica formativa de Caserones, Guatacondo, Pircas, Ramaditas, que se encuentran en estrecha interdependencia con la explotación de los recursos de la pampa, sus que-

<sup>244</sup> Según Uribe (2006a), teniendo presentes los planteamientos de Albarracín-Jordán (1996), entre otros.

<sup>245</sup> Uribe 2006a.

<sup>246</sup> Uribe 2006a; Uribe *et al.* 2007.

<sup>247</sup> Adán y Urbina 2007; Urbina *et al.* 2011.

bradas y la costa. De esta son herederas las ocupaciones tardías de Caserones y Quillagua (en el Loa), durante la primera mitad de los Desarrollos Regionales, con asentamientos y arquitectura pública relacionada con la regulación social de la recolección y congregación en la pampa.

Posteriormente, entre Camiña y Mamiña los grupos humanos ocuparon las quebradas altas, alejándose de los recursos de la Pampa del Tamarugal y sustentándose de la producción agrícola y la especialización artesanal. En esos momentos cobraron mayor importancia las redes de tráfico que intensificaron el intercambio, lo cual está bien documentado por la cerámica, el material lítico, los textiles, la arqueofauna, los moluscos, los vegetales, el trabajo en metales y el arte rupestre. Ahora aparecen poblados con arquitectura doméstica y pública emplazados en laderas o cerros con el fin de controlar los valles e implementar técnicas de aterramiento para ganar una mayor superficie agrícola; por ejemplo Camiña y Nama con cerca de 600 estructuras, o Chusmisa y Jamajuga con no más de 200 recintos, evidencian grupos sociales cada vez más acotados. Todos estos sitios llegan a formar un eje longitudinal que une la sierra de Arica, el Altiplano Meridional y Atacama. Los lugares públicos se diferencian de los habitacionales, pues en ellos hay pozos o cistas funerarias, arte rupestre y/o *chullpas* que se asocian al culto de los antepasados, vinculando estos lugares con otros del altiplano de Isluga y Carangas.

Como vimos previamente, en forma contemporánea pero siendo más antigua, en la costa existe otra tradición arquitectónica que se distingue por construcciones versátiles hechas por poblaciones marítimas<sup>248</sup>, como las de Pisagua con no más de 25 estructuras mostrando una especialización en caza y pesca marina<sup>249</sup>, aunque dependientes de productos de recolección y agrícolas y manufacturas del interior<sup>250</sup>.

Por su parte, en la Pampa del Tamarugal y quebradas altas los estudios<sup>251</sup> indican la existencia de una producción agrícola que sería la base de la subsistencia y del intercambio, habiendo una especialización en torno al maíz, en desmedro de la explotación de bosques de la pampa y sus quebradas. Esto ocurriría después de 1.200 años d.C., ya que, de hecho, en Camiña destaca la variedad de plantas, como el maíz y quínoa<sup>252</sup>. Además, en un primer momento, en Caserones, la presencia de camélido es importante como animal generador de importantes recursos (p.ej. cuero, lana, pelo, tendones y huesos para instrumentos), así como animal de carga entre la costa e interior, a diferencia de otros sitios quebradeños como Nama a Mamiña, donde la economía, vinculada a tierras altas, se sustenta en las actividades pastoriles.

El trabajo lítico en Caserones, como en momentos más tempranos, evidencia una intensa producción especializada en artefactos de caza, recolección y elaboración de cuentas, dirigida sobre todo a la costa, mientras que más tarde predominan las palas y las manos de moler que aparecen concentradas en algunas habitaciones (p.ej. Nama). Así, en Caserones existiría un sistema organizado de manufactura e intercambio pampa-costa, a diferencia de los sitios tardíos donde predomina la autonomía productiva con un aumento de las relaciones externas a la región. Algunas piezas recuperadas como alfileres de cobre y plata indican vínculos con el altiplano de Isluga (p.ej. Pukarqollu) (Figura 16). En Pica 8, el principal cementerio del complejo<sup>253</sup>, el estudio de sus materiales (p.ej. calabazas, textiles, cestería, espátulas, cerámi-

<sup>248</sup> Schaedel 1957.

<sup>249</sup> Adán y Urbina 2004; Catalán 2006.

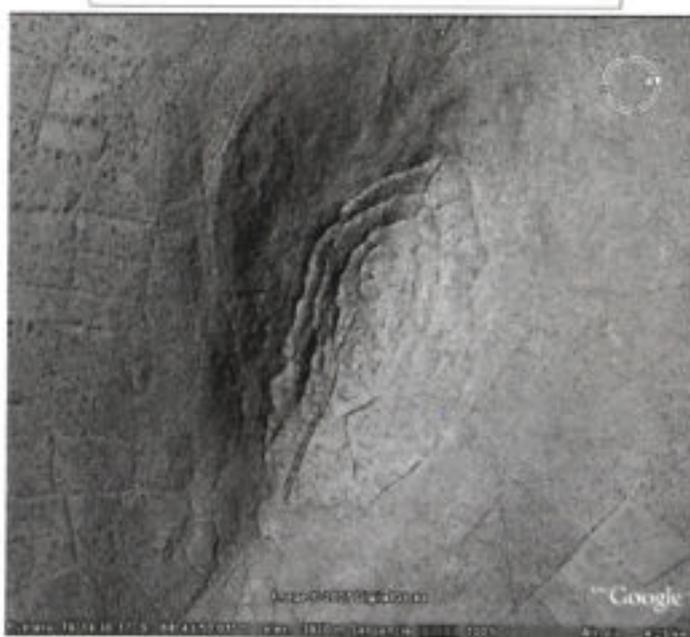
<sup>250</sup> García y Vidal 2006; Uribe *et al.* 2007; Agüero 2012b.

<sup>251</sup> García y Vidal 2006.

<sup>252</sup> García y Vidal 2006.

<sup>253</sup> Zlatar 1984.

ca y capachos) permite plantear un estilo propio tarapaqueño, y sus contextos dan cuenta de una estructura social jerárquica a juzgar por las actividades que realizan los individuos y las relaciones que mantienen. A partir de ello se infiere la existencia de encargados de realizar ritos posiblemente asociados a la agricultura (p.ej., *chuspas* y complejo alucinógeno), seguidos por personas con oficios específicos como los músicos (p.ej., flautas de Pan o *zampoñas*), mientras en la base se encontrarían aquellos dedicados al trabajo de la tierra y otras actividades de subsistencia.



**Figura 16.** Asentamiento Pukarqollu, representante de la tradición arquitectónica de tierras altas.

Hacia el interior las representaciones rupestres bastante pautadas de la figura humana en Chusmisa y Jamajuga hacen referencia directa a la vestimenta y tocados usados por estas poblaciones asignadas al complejo Pica-Tarapacá, y son vinculables a la evidencia textil de la zona como túnicas semitrapezoidales, cascos y gorros con coletas, objetos que se relacionan con situaciones de identidad e interacción con otras poblaciones (Figura 17). El arte rupestre señala que existe variabilidad en el registro en los asentamientos, lo que indicaría una serie de estrategias para manejar diferencialmente las relaciones sociales del periodo, destacándose en el asentamiento Jamajuga, al interior de la quebrada de Mamiña, tres motivos antropomorfos con túnicas trapezoidales de orillas de urdimbre curva, lo que resulta coherente con una fecha de 1.160-1.290 años cal. d.C. La diversidad de representaciones rupestres y de técnicas con que se realizaron avalarían la idea de un complejo cultural integrado por sociedades segmentarias y no homogéneas<sup>254</sup>.

Los sitios de las quebradas, por lo tanto, formaban parte de una ruta que articulaban los valles intermedios de Tarapacá, las regiones septentrionales y el altiplano<sup>255</sup>, pero no solo como punto de tránsito sino como asentamientos permanentes y autónomos, de identidad, diferencia e integración privilegiados para el encuentro social y étnico, a la vez que coincidente con cierta información etnohistórica sugerente de este sistema diverso y versátil para la integración regional que representa el complejo Pica-Tarapacá. Con el tiempo se produjo la fusión y segmentación de las poblaciones de Tarapacá de acuerdo con su acercamiento y explotación del ambiente en que se insertan, culturalmente visible en la reducción de los asentamientos y en su variabilidad funcional, lo que puede interpretarse como múltiples comunidades no centralizadas aunque competitivas y al mismo tiempo ideológicamente integradas<sup>256</sup>.

Para finalizar, nos parece relevante rescatar cierta documentación del siglo XVI<sup>257</sup>, la cual justamente refiere a identidades dentro de un marco étnico compartido, aunque heterogéneo. Se señalan prácticas corresidenciales documentadas entre grupos de quebradas (Tarapacá) y oasis (Pica) instalados en el litoral desértico entre Pisagua y el río Loa, que aluden al modo tradicional de uso del espacio en Tarapacá a partir del siglo IX a.C. Justamente, el complejo Pica-Tarapacá respondería a estas sociedades segmentadas en parcialidades de distinto tamaño que habitaron los oasis, las quebradas que desembocan en la Pampa del Tamarugal, la costa y las tierras altas, todas las cuales compartirían durante los siglos previos a la invasión europea (siglo XV d.C.), elementos de la cultura material tan significativos como la vajilla doméstica y ceremonial, las prendas textiles cotidianas, festivas y funerarias<sup>258</sup>. Además desplegaron caminos longitudinales a lo largo de los valles, atravesados por una densa red de rutas caravaneras y senderos peatonales que unían los poblados del altiplano, las quebradas y valles bajos, mientras otros accedían a localidades costeras como Camarones, Pisagua, Iquique, Cavanha, Los Verdes, Chucumata, Caramucho, Patache, Chomache, Chipana y el río Loa<sup>259</sup>. En suma, el panorama sociopolítico que hemos descrito fue el que dominaron los incas y aquel con el que debieron enfrentarse los españoles a su llegada a la región.

<sup>254</sup> Vilches y Cabello 2006a, 2006b.

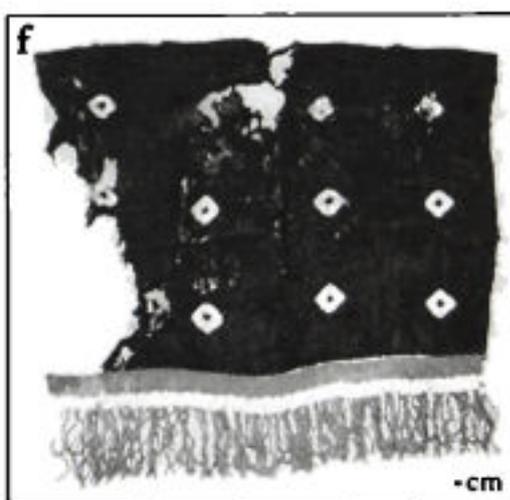
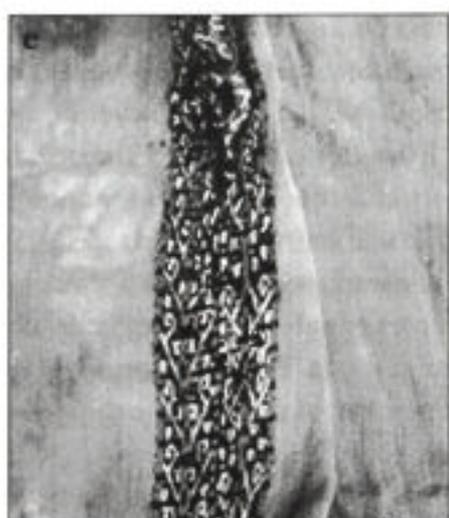
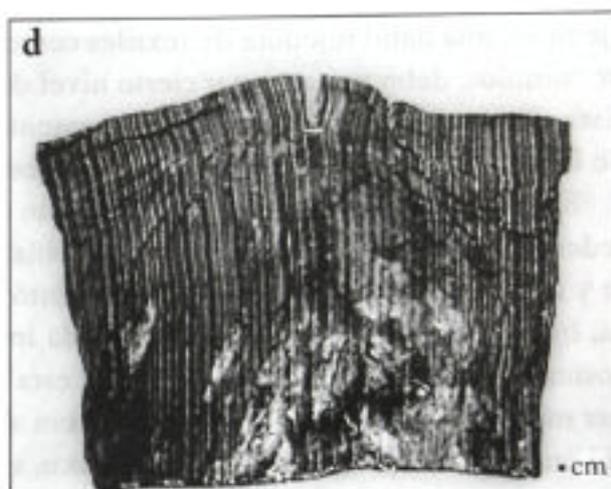
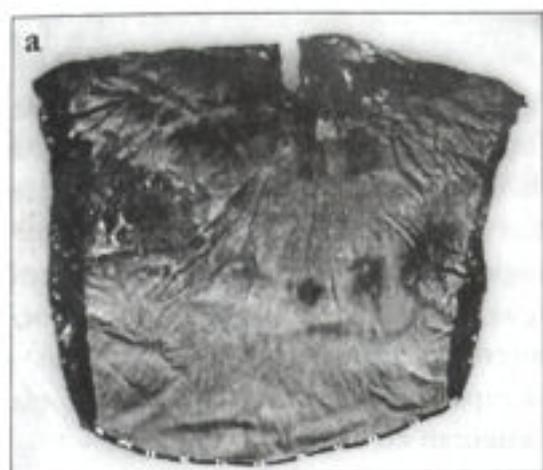
<sup>255</sup> Núñez L. 1976b, 1984a.

<sup>256</sup> Albarracín-Jordán 1996.

<sup>257</sup> Urbina y Uribe 2011.

<sup>258</sup> Núñez L. 1984a; Uribe 2006a.

<sup>259</sup> Briones *et al.* 2005:197; Urbina *et al.* 2011.



**Figura 17.** Ejemplos de túnicas del complejo Pica-Tarapacá y sus diferentes decoraciones: a) *Túnica semitrapezoidal de base curva con listas laterales*; b) *Detalle de las listas laterales de la túnica anterior*; c) *Túnica semitrapezoidal de base recta con listados laterales*; d) *Túnica semitrapezoidal de base recta completamente listada*; e) *Detalle lateral de túnica decorada por la técnica de urdimbres complementarias*; f) *Túnica teñida por amarra y con aplicación de flecadura*.

### 3. Epílogo

Al margen de lo complejo del proceso descrito, el éxito alcanzado por los cultivos complementado con las actividades de colecta a fines del último milenio antes de Cristo nos muestra un escenario de valles áridos transformados, según la disponibilidad de agua, en verdaderos vergeles con variados cultivos como frutales, tubérculos, gramíneas, leguminosas, entre otros. El éxito alcanzado en la producción agrícola sugiere un control de los espacios territoriales especialmente donde brotaba y escurría el agua. Dichos espacios tuvieron un fuerte componente ceremonial, puesto que allí fueron enterrados los ancestros (cementeros) y se ofrendaron a los cerros. A su vez, se evidencia una especialización de ciertas tecnologías como la alfarería, textilería y cestería, cuyas raíces se asientan en el Periodo Arcaico.

Al parecer, la especialización ayudó a la conformación de una sociedad con ciertos niveles de jerarquización, donde los liderazgos recaían posiblemente en distintos líderes comunitarios (hombres y mujeres), asociados a distintas actividades propias de la vida comunitaria. Por ejemplo, una hábil tejedora de textiles ceremoniales, un avezado agricultor o un constructor de túmulos, debieron ostentar cierto nivel de liderazgo y autoridad dentro de la comunidad. Este sistema debió sustentarse, seguramente, en el respeto y confianza que cada miembro de la comunidad entregaba a cada uno de estos especialistas.

El manejo productivo de los valles hizo que durante el Periodo Medio se ampliaran las redes de interacción entre las distintas poblaciones de los valles. En el Norte Grande de Chile y áreas vecinas esta dinámica se sustentó en el tráfico caravanero que, en el caso de Arica, habría desembocado en una profunda interrelación con Tiwanaku a través de los valles costeros como Azapa y Moquegua. En esta relación cada comunidad habría optado por tener mayor o menor influencia de la cultura altiplánica. Por lo tanto, sugerimos que no habría sido un proceso promovido por Tiwanaku, sino más bien una interacción de naturaleza más compleja y desigual. En efecto, este proceso no se presentó en los valles tarapaqueños, cuyo desarrollo privilegió la dinámica local. Tal vez la naturaleza geográfica que ofrecen estos valles y su propia economía autosustentable hicieron que los habitantes tarapaqueños fueran menos permeables a la influencia externa, a diferencia de los valles ariqueños que fueron un punto clave de convergencia y comunicaciones entre la costa, el altiplano y las tierras cálidas orientales desde tiempos tempranos. A partir del año 1.000 d.C. y entendiendo que la organización aldeana estaba plenamente establecida en los valles de Arica y Tarapacá, nos encontramos con las bases de un proceso regional propio y diferenciado, que arqueológicamente está dado por la cultura Arica y el complejo Pica-Tarapacá. Esto conllevaría al surgimiento de un proceso independiente de influencias externas, desembocando en la formación de cacicazgos locales, lo que para la cultura Arica habría representado la existencia de una serie de pequeños señoríos o cacicazgos interactuando entre sí y con los pescadores del litoral. Para Tarapacá los datos etnohistóricos muestran la existencia de, al menos, dos caciques con áreas de influencia diferenciadas a lo largo y ancho del territorio.

Desde esta perspectiva, entendemos que, para los valles de Arica, monumentos como los túmulos formativos se posicionaron como íconos identitarios regionales; en cambio, el elemento identitario para Tarapacá en este periodo estaría dado por la existencia de complejos poblados como Ramaditas, Caserones y Guatacondo, los que se constituyeron en la expresión manifiesta de pobladores de la cultura del desierto. Por lo tanto, los elementos identitarios que definieron a estas culturas habría que buscarlos en el Periodo Formativo, donde gracias a las investigaciones arqueológicas sabemos cada vez más de la importancia de los ras-

gos culturales e históricos que marcaron la impronta de las comunidades agrícolas de los valles desérticos del norte de Chile. Con este escenario multicultural, plasmado de improntas locales e identidades regionales milenarias, con diferencias de poder a nivel de cacicazgos, el *Tawantinsuyo* se encontró a su arribo a los Valles Occidentales; al parecer, los incas supieron amalgamar estas historias regionales a favor de sus intereses políticos y económicos en el amplio territorio de lo que hoy en día es el norte de Chile.

